

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**BEATO JUNÍPERO SERRA
APÓSTOL DE CALIFORNIA**

LIMA – PERÚ

BEATO JUNÍPERO SERRA, APÓSTOL DE CALIFORNIA

Nihil Obstat
P. Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE: VIDA EN ESPAÑA

Ambiente social. Su familia.
Infancia. Vida religiosa.
Profesor y predicador.
Ansias misioneras.

SEGUNDA PARTE: VIAJE A AMÉRICA

Viaje a Málaga y Cádiz
Viaje a México. Un poco de historia.
Una historia singular.
Viaje a México capital.
Colegio San Fernando.

TERCERA PARTE: MISIONERO

Misionero en sierra Gorda.
Regreso a México.
Masacre en San Sabá.
Misionero entre los fieles.
Baja California. Alta California.

CUARTA PARTE: FUNDADOR DE MISIONES

Misión de Velicatá. Viaje a San Diego.
Misión de San Diego.
Misión de San Carlos de Monterrey.
Problemas con las autoridades.
Misión de San Antonio.
Misión de San Gabriel.
Misión de San Luis obispo.
Viaje a México.
La ciudad de México. Entrevista con Bucareli.
El regreso. Llegada a Monterrey.
Expediciones al Pacífico norte.
Destrucción de San Diego. Reconstrucción de San Diego.
Nueva insurrección.
Misión de San Juan de Capistrano.

Misión Dolores o de San Francisco.
Misión de Santa Clara.
Problemas con Neve. La tragedia.
Nuestra Señora de los Ángeles.
Misión de San Buenaventura.
Los dominicos.

QUINTA PARTE: SU MUERTE Y HERENCIA

Enfermedad y muerte.
Semblanza de fray Junípero.
Vida espiritual. Nuevas misiones.
México independiente. Beatificación.

CONCLUSIÓN
BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida del beato Junípero Serra es la vida de un gran misionero. Algunos lo llaman el último de los conquistadores españoles; otros dicen que fue el más santo de los conquistadores. Hay quienes lo nombran como el apóstol de California, pues fue el pionero en la evangelización y civilización de esta gran región del Estado de California en los Estados Unidos.

Fray Junípero fue un sacerdote franciscano que vivió el espíritu de san Francisco con radicalidad. Llevó una vida de pobreza y sacrificio hasta el punto de ser un modelo y ejemplo para todos los que lo conocieron.

Siempre estaba dispuesto a perdonar a todos. Amaba a los indios con tal intensidad que quería verlos a todos cristianos y, cuando ellos mataban y asaltaban las misiones, siempre pidió que fueran moderados en el castigo y que los perdonaran, porque de otro modo se alejarían definitivamente y no podrían convertirlos a la fe cristiana.

Varias veces se encontró en peligro de muerte, pero nunca retrocedió en sus planes de llevarles el mensaje cristiano. Con frecuencia se enfrentó a las autoridades que le ponían trabas y denunció los abusos de algunos soldados contra sus amados indios.

El fundó nueve misiones pero, después de su muerte, Dios bendijo tan abundantemente las misiones que, en pocos años, se fundaron otras doce y las conversiones aumentaron en gran número. Además, ya no había penuria de medios o de alimentos como al principio, y todas las misiones estaban bien abastecidas y muchos indios trabajaban, estudiaban y aprendían nuevos oficios con los misioneros.

Por algo la nación americana ha colocado su estatua entre los 96 padres fundadores de la patria en el Capitolio de Washington. Ojalá que su vida y ejemplo nos estimule a llevar una vida cristiana auténtica y a sentirnos misioneros en todo momento con nuestro ejemplo, palabras y obras.

Nota.- Al citar *Escritos* nos referimos a los *Escritos de Fray Junípero Serra*, 5 tomos, Petra, Mallorca, 1984.

PRIMERA PARTE

VIDA EN ESPAÑA

AMBIENTE SOCIAL

Nuestro santo nació en la isla de Mallorca (España), que tiene una extensión de 3.400 kilómetros cuadrados y, en tiempo de Junípero, contaba unos 140.000 habitantes. Había en la isla 317 iglesias y 500 sacerdotes diocesanos. En la capital, Palma de Mallorca, existían unas veinte comunidades de religiosas y once grandes monasterios de religiosos. Los franciscanos, a los que perteneció nuestro santo, junto con los capuchinos, tenían quince casas. Los franciscanos eran los principales profesores de la gran universidad de la Palma, llamada universidad Luliana o del beato Raimundo Lulio.

Los mallorquines fueron desde antiguo famosos como honderos. Constituían un pueblo trabajador, muy dotado para el comercio. La mayor parte de sus habitantes se dedicaba a la agricultura, a la ganadería y a la pesca. En sus tierras florecían especialmente los cereales, viñedos, higueras, olivos, naranjos y almendros. Sus costas eran ricas en toda clase de peces.

La figura más importante de su historia fue el beato Raimundo Lulio (1235-1315) que había nacido en Palma y fue un gran filósofo y místico, terciario franciscano y misionero. Escribió sobre casi todas las ciencias humanas conocidas, mereciendo ser llamado el *Doctor iluminado*. Formó en la isla un Instituto para formar misioneros.

SU FAMILIA

Sus padres fueron Antonio Serra y Margarita Ferrer ¹. Se casaron con 31 y 29 años respectivamente el 7 de agosto de 1707 en la iglesia de San Pedro de Petra donde vivían. Tuvieron cinco hijos. Los dos primeros, Miguel y Juana Rosa María, murieron muy niños. El tercero es nuestro santo y después nació Juana María en 1716 y Martina María. Esta última murió siendo jovencita. Juana María se casó con Miguel Ribot y tuvo tres hijos; uno de ellos murió de niño; Miguel se hizo capuchino y a él le dirigirá nuestro biografiado algunas de sus mejores cartas. Otra de las hijas, también de nombre Juana María, se casó con Benito Vadell y su único hijo se hizo sacerdote y murió en 1839, siendo párroco de Santanyí en Mallorca.

¹ Serra es la forma catalana del castellano Sierra. En mallorquín se dice Serre como aparece en el registro bautismal. Los nombres de sus padres en dialecto mallorquín son Antoni y Margalida.

Los padres, según nos dice fray Francisco Palóu, el gran compañero de nuestro santo durante 40 años, *fueron labradores honrados, devotos y de ejemplares costumbres* ². Formaban parte de la Orden franciscana seglar.

INFANCIA

Nuestro santo se llamaba Miguel José Serra (Miquel Joseph Serre) y nació en Petra (Mallorca) el 24 de noviembre de 1713. Según las costumbres religiosas del lugar, su madre se preparó para el parto, visitando el santuario cercano de la Virgen de Bon Any (del Buen año, es decir, de la buena cosecha), donde rezó a santa Ana, madre de Santísima Virgen, para pedirle un buen parto, encomendándose también a san Ramón Nonato, extraído del seno materno después de muerta su madre, y que también era muy venerado en la comarca.

Miguel José fue bautizado el mismo día de su nacimiento en la parroquia San Pedro. Fueron sus padrinos Bartolomé Fiol y Sebastiana Serra, hermana de Antonio y tía paterna de Miguel José. Al año y medio, el 20 de mayo de 1715, recibió el sacramento de la confirmación por el obispo de Mallorca.

Como sus padres pertenecían a la Orden franciscana seglar y eran muy amigos de los padres franciscanos del convento de San Bernardino de Petra, desde niño comenzó a frecuentar su iglesia y allí fue a estudiar sus primeras letras. El convento tenía 16 religiosos y tenía una escuela para niños. Los frailes se dedicaban a dar clase y misiones por toda la isla.

El joven Miguel José estudió en esta escuela franciscana: religión, latín, matemáticas, lectura, escritura, solfeo y canto gregoriano, entre otras materias. Se destacó en el canto por su buena voz y perteneció al coro de niños, que cantaba con la comunidad.

A los quince años, pensando en ser religioso, sus padres lo llevaron a estudiar filosofía a Palma de Mallorca. Lo encomendaron a un canónigo de la ciudad a quien en sus ratos libres le ayudaba como criado. De este piadoso sacerdote aprendió a rezar el Oficio divino y lo recitaba con él. Durante el año 1729-1730, mientras vivía en casa del canónigo, iba a estudiar al convento de San Francisco. Después de un año de estudios, pidió formalmente al provincial franciscano ingresar en la Orden, pero fue pospuesta su entrada por su pequeña estatura y su aspecto enfermizo. Sin embargo, los sacerdotes que lo trataban y

² Palóu Francisco, *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable Fray Junípero Serra*, México, 1787, p. 1.

conocían sus grandes cualidades humanas y espirituales, intercedieron en su favor y fue aceptado.

VIDA RELIGIOSA

Ingresó en el noviciado franciscano del convento de Jesús, de Palma de Mallorca, extramuros de la ciudad, vistiendo el hábito franciscano el 14 de setiembre de 1730. En el convento se llevaba una vida de intensa oración: unas seis o siete horas diarias de oración y el resto del tiempo dedicado al estudio.

Los sacerdotes se dedicaban a la enseñanza, estudio y trabajos pastorales, incluidas misiones por los pueblos. A Miguel José le gustaba leer mucho la vida de los santos para enfervorizarse con sus hazañas e imitar sus virtudes. De manera especial, le agradaba leer la vida de los misioneros de lejanas tierras que habían ido a convertir a los paganos.

El padre Francisco Palóu declaró que antes de dejar la patria para ir de misionero a las Indias le dijo: *No ha sido otro el motivo que revivir en mi corazón aquellos grandes deseos que tuve desde novicio, leyendo las vidas de los santos, los que se me habían amortiguado con la distracción de los estudios, pero demos muchas gracias a Dios que empieza a cumplir mis deseos y pidámosle sea para mayor gloria suya y conversión de las almas*³.

Después del año de noviciado, profesó el 15 de setiembre de 1731 pronunciando sus votos de pobreza, castidad y obediencia y cambiando su nombre por el de Junípero⁴.

Según Francisco Palóu: *Fue tanta la alegría que le causó la profesión que en toda su vida no lo olvidó, sino que renovaba sus votos y profesión todos los años, no sólo el día de la profesión de N. P. S. Francisco, sino también siempre que asistía a la profesión de algún novicio. Y siempre que se acordaba del gozo que tuvo en su profesión decía: “Me vinieron con ella todos los bienes. En el noviciado estuve casi siempre enfermizo y tan pequeño de cuerpo que no alcanzaba al facistol ni podía ayudar a los connovicios en los quehaceres*

³ Palóu Francisco, *Relación*, p. 4.

⁴ Fray Junípero fue un compañero de San Francisco del que dijo este santo: *Llegó al grado perfecto de paciencia por el perfecto conocimiento de su propia vileza que tenía siempre ante sus ojos y por el supremo deseo de imitar a Cristo en el camino de la cruz* (Espejo de perfección 85; San Francisco, Escritos y biografías, documentos de época, BAC, 2003, Madrid, 2003, p. 764). Fray Junípero era tan humilde y sencillo que a veces se hacía pasar por loco para compartir las humillaciones del Señor, pero San Francisco, que conocía su santidad, solía decir: ¡Quién me diera un bosque Juníperos! Santa Clara lo llamaba el juglar de Dios y quiso que estuviera a su cabecera a la hora de su muerte en 1253. Él falleció en Roma en 1258.

precisos del noviciado, por cuyo motivo todas las mañanas el padre Maestro me empleaba en ayudar las misas. Pero con la profesión logré la salud y fuerzas, y conseguí crecer hasta la estatura mediana. Todo lo atribuyo a la profesión de la que doy infinitas gracias a Dios”⁵.

Aquel día de su profesión prometió ante su provincial, el padre Antonio Perelló: *Yo fray Junípero Serra prometo solemnemente a Dios todopoderoso, a la siempre bienaventurada Virgen María, al bienaventurado Padre San Francisco, a todos los santos y a Vos, Padre, observar por todo el tiempo de mi vida la Regla de los frailes menores, confirmada por su Santidad el Papa Honorio III, viviendo en obediencia sin propiedad y en castidad.*

También hizo otro juramento que en aquel tiempo se acostumbraba en la provincia de Mallorca. El religioso recién profeso decía así: *Yo, fray Junípero Serra, bajo juramento, prometo sostener y defender la proposición de que la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios y Señora Nuestra, fue concebida sin pecado original desde el primer instante de su existencia y fue preservada del pecado original por los méritos de su Santísimo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo⁶.*

En cuanto profesó, lo mudó la obediencia al convento principal de la ciudad (de Palma) a estudiar los cursos de filosofía y teología. Y de tal manera aprovechó que, antes de ordenarse de sacerdote, ya lo eligió la provincia como lector⁷ de filosofía para el mismo convento, en donde leyó (enseñó) los tres años (de filosofía), logrando tener más de 60 discípulos entre religiosos y seculares... Antes del año de concluir la filosofía, obtuvo el grado de doctor en sagrada teología por la universidad luliana, en la que regentó la cátedra de Prima del “Sutil Maestro” (Duns Scoto) hasta la salida de la provincia⁸.

Sobre sus años de estudiante, podemos decir que siempre fue un alumno sobresaliente. Estudiando teología, él con otros compañeros fue ordenado de subdiácono el 18 de setiembre de 1734 y de diácono el 17 de marzo de 1736 con otros 27 más. Al año siguiente, el 23 de junio de 1737 escribió en sus apuntes: *Hoy he terminado mis estudios.*

Sus compañeros diáconos fueron ordenados sacerdotes el 31 de mayo de 1737, pero no aparece su nombre, porque todavía no había cumplido los 24 años requeridos.

⁵ Palóu Francisco, *Relación*, p. 4.

⁶ Geiger Maynard, *Vida y época de fray Junípero Serra*, Palma de Mallorca, 1987, pp. 21-22.

⁷ Se llamaba lector al religioso que obtenía el título de maestro para enseñar en los conventos.

⁸ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 4-5.

El 29 de noviembre de ese año 1737 pasó brillantemente los exámenes para ser nombrado lector o profesor de la Orden. Probablemente fue ordenado sacerdote antes de la Navidad. El 19 de marzo de 1738 recibió las facultades para predicar, que sólo recibían los religiosos mejor preparados. Sus Superiores le encargaron oficialmente la enseñanza en su convento el 9 de enero de 1740, confiándole el curso de filosofía durante los tres años siguientes.

Comenzó las clases el 9 de setiembre de ese año. Dos de sus discípulos fueron brillantes misioneros con él en las misiones de California: Juan Crespí y Francisco Palóu.

PROFESOR Y PREDICADOR

Mientras enseñaba filosofía se inscribió en los cursos académicos de la universidad luliana donde recibió el título de doctor en teología. Y el 16 de octubre de 1743 fue elegido como profesor titular de la universidad en la cátedra de teología escotista (de Duns Scoto), llamada de Prima, comenzando sus clases como catedrático en enero de 1744.

Durante su carrera universitaria, ocurrieron en Mallorca algunos sucesos dolorosos. El año 1744 hubo una epidemia que provocó más de 10.000 muertos. De 1747 a 1750 hubo una sequía que causó muchos sufrimientos, hambre y muertes. Y a la sequía le siguió el sarampión. Él aprovechaba los tiempos libres de la universidad para ir a predicar por diferentes lugares de la isla, infundiendo en todos confianza en Dios y en su divina providencia. Era muy estimado como predicador.

En una de sus visitas a Petra, su pueblo natal, en 1749, su hermana Juana María estuvo a punto de morir, pero gracias a Dios se recuperó. En otra ocasión, su padre estuvo gravemente enfermo y había recibido ya el sacramento de los moribundos. Estando los dos solos, su padre le dijo: *Junípero, hijo mío, lo que te pido es que seas un buen religioso de tu Padre San Francisco*. El recordaría, estas palabras de su padre toda la vida.

En una de las Cuaresmas que predicó en 1747 en la Villa de Selva, estando en pleno sermón, *se levantó una mujer del auditorio, que estaba obsesa, y encarándose con él, llena de cólera, dijo en alta voz que oyó el auditorio: “Grita, grita que por esto no acabarás la Cuaresma”. Estuvo tan lejos de aflojar en el fervor de sus sermones ni dar crédito el dicho del demonio o de la mujer endemoniada que antes bien creyó lo contrario, pues, al escribirme aquellos días, me puso esta cláusula: “Gracias a Dios gozo de salud y espero acabar la Cuaresma, porque el padre de la mentira ha publicado que no la acabaré; y*

como no sabe decir verdad, espero concluir la sin novedad en la salud". Y así sucedió⁹.

ANSIAS MISIONERAS

Teniendo ya 35 años y siendo un brillante catedrático de la universidad y un gran predicador por pueblos y ciudades, el año 1746 sintió en su corazón la voz de Dios que lo llamaba a ir a predicar a lejanas tierras.

Primero oró intensamente, poniendo por intercesores a María Santísima y a san Francisco Solano, apóstol de América del Sur, pidiendo que alguien lo acompañase en la empresa. Estas mismas inquietudes tenía en ese mismo tiempo su discípulo Francisco Palóu, quien un día se atrevió a comunicárselas a su Maestro, que al oírle lloró de alegría, sintiendo que el Señor respondía a su inquietud.

Y le contestó: "Mi pena era estar sin compañero para un viaje tan largo. Acabo de hacer dos novenas a la Purísima Concepción de María y a san Francisco Solano, pidiéndoles tocasen en el corazón a alguno para que fuese conmigo... No obstante, encomendémoselo al Señor y haga lo mismo que yo he practicado de las dos novenas y guardemos ambos el secreto. Así lo practicamos y, concluidas, resolvimos seguir la vocación y correr las diligencias para el efecto¹⁰.

El último gran sermón que predicó fue en la fiesta patronal de la universidad, que se celebraba con misa solemne en el convento de San Francisco en honor de Raimundo Lulio. La fiesta era el 25 de enero del año 1749. Le eligieron a él para predicar el panegírico. Y fue tanto el impacto que causó, que un ilustre ex-catedrático de mucha fama dijo: *Digno es este sermón de que se imprima con letras de oro¹¹.*

Mientras tanto, seguía esperando noticias, ya que había pedido oficialmente ser inscrito como misionero para la conversión de los paganos en América, pero los dos Comisarios encargados de reclutar misioneros ya tenían los cupos completos, aunque le respondieron que tendrían en cuenta su petición y la de Francisco Palóu. Por su parte, confiando en la providencia de Dios, continuó sus clases y en la Cuaresma de 1749 fue a predicar a su pueblo natal. Se hospedó en el convento de San Bernardino, pero iba a visitar a sus padres y

⁹ Palóu Francisco, *Relación*, p. 6.

¹⁰ Palóu Francisco, *Relación*, p. 8.

¹¹ Palóu Francisco, *Relación*, p. 5.

sobrinos. Mientras estaba predicando, Palóu recibió la noticia, del padre Comisario general Matías Velasco, quien les había remitido la orden de ir al puerto de Cádiz para unirse a sus compañeros de viaje. Eran 33, pero a última hora cinco se habían retirado y había escrito que fueran los dos.

Esa carta alguien la había secuestrado y no había llegado a sus destinatarios. Por ello, escribió una segunda vez por conducto más seguro y llegó a manos de Francisco Palóu, mientras Junípero estaba predicando en Petra. Palóu nos refiere: *Recibidas las patentes el día 30 de marzo a tiempo que iba a la bendición de las Palmas, luego que salimos del refectorio (comedor), con la bendición y licencia del padre provincial, caminé para la villa de Petra entregando aquella misma noche la patente al R. P. Junípero. Fue para él mayor gozo y alegría que si hubiera llevado Cédula para alguna mitra (obispado)*¹².

Y Junípero se despidió de sus padres sin decirles que se iba para siempre para no hacerles sufrir y evitar que quisieran retenerlo, pues sus padres tenían ya 73 y 71 años¹³.

Antes de marcharse del pueblo visitó el santuario de la Virgen de Bon Any, como acostumbraban a hacerlo todos los predicadores cuaresmales, yendo con el pueblo en peregrinación de penitencia.

Nunca se olvidó de su tierra. Al celebrar su primer bautismo en Monterrey, California, el 26 de diciembre de 1770, impuso a un indio el nombre de Bernardino de Jesús en honor del convento de su pueblo. El 3 de setiembre de 1782, en la misión de San Carlos Borromeo, bautizó una india de 13 años y le puso por nombre María del Buen año (del Bon Any en mallorquín), recordando el santuario de la Virgen de su pueblo.

El domingo 13 de abril de 1749, Serra y Palóu se despidieron de los religiosos de su comunidad de Palma de Mallorca. Recibieron la bendición del padre guardián (Superior) y Serra quiso pedir perdón a todos besando los pies a sus hermanos con humildad. Después de los abrazos y despedida, Serra y Palóu se dirigieron al puerto para embarcarse en una pequeña nave inglesa, que iba a zarpar para Málaga. Apenas estuvieron a bordo, Serra le dijo a Palóu *que no le tratara de doctor o Maestro. Ya somos en todo y por todo iguales. Llámame Junípero y yo te llamaré Francisco*. Así rompía con el pasado y pensaba en un futuro prometedor de mieses doradas al servicio del Señor.

¹² Palóu Francisco, *Relación*, p. 16.

¹³ Su padre murió en 1753 y su madre en 1754 y fueron enterrados en la cripta de la iglesia franciscana del convento de San Bernardino.

SEGUNDA PARTE VIDA A AMÉRICA

VIAJE A MÁLAGA Y CÁDIZ

El capitán del barco inglés era *un hereje protervo y tan provocativo que en los quince días que duró la navegación hasta Málaga no nos dejó quietud. Con trabajo podíamos rezar el oficio divino por querer continuamente argüir o altercar sobre dogmas que, aunque no sabía más idioma que el inglés y algo de portugués en el que medio se explicaba, formaba en éste sus argumentos y teniendo la Biblia en la mano leía algún texto de la Escritura que interpretaba a su antojo. Pero como nuestro fray Junípero estaba tan instruido y versado en lo dogmático y sagrada Escritura, lo mismo era percibir su error y la mala inteligencia del texto que citaba que luego le mencionaba otro con que plenamente la deshacía... De esto se siguió el irritarse tan demasiado contra nosotros, y principalmente contra mi venerado fray Junípero por ser el que lo confundía, que en varias ocasiones nos amenazó con que nos echaría al mar. No dudo que lo hubiera hecho a no temer la resulta, pues en una de ellas le dije que no tenía miedo, pues veníamos seguros por el pasaporte que había firmado y que, si no nos ponía en Málaga, nuestro rey pediría al de Inglaterra por nosotros y su cabeza lo pagaría. No obstante, una noche, enfurecido de la disputa, llegó a ponerle a nuestro padre lector un puñal en la garganta con intenciones (al parecer) de quitarle la vida y, si no lo verificó, fue porque Dios tenía reservado a su siervo para más dilatado martirio y para la conversión de tantas almas.*

*Tiróse el capitán en su cama para desfogar la ira y, por si pasase adelante sus intentos, cuidó el venerado padre de despertarme diciéndome como lleno de gozo, que no era tiempo de dormir, pues podría ser que antes de llegar a Málaga consiguiésemos el oro y plata en cuya solicitud pasamos a las Indias. Y se desahogó diciendo: “Me queda el consuelo de que jamás le he movido la conversación ni disputa por ser tiempo perdido, pero me parece que en conciencia, debo responder por el crédito de nuestra religión católica”. Pasamos la noche en vela, previniéndonos para lo que podía acontecer, animando mi tibieza y pusilanimidad el ardiente celo de mi venerado padre lector, pero se contuvo la ira de aquel perverso hereje y ni aun en el resto del camino fue tan molesto como antes*¹⁴.

El 28 de abril llegaron a Málaga. A pesar de los trastornos del viaje, fray Junípero no se dispensó de los actos comunes del convento de San Francisco y,

¹⁴ Paláu Francisco, *Relación*, pp. 11-12.

después de cinco días, en un pequeño barco de pesca se dirigieron a Cádiz. Finalmente, llegaron a Cádiz el 7 de mayo. Cádiz era en ese tiempo el principal puerto de comunicaciones entre España, América y Filipinas. Era un verdadero emporio mundial.

Se alojaron en el convento de San Francisco de la ciudad. Allí encontraron al padre Comisario, fray Pedro Pérez de Mezquía, un veterano misionero de Texas y Sierra Gorda en Nueva España (México). Allí saludaron a sus compañeros de viaje y se enteraron que, para completar el número de 33 fijado, faltaban tres, que se habían desanimado. Ellos dieron los nombres de tres voluntarios que se les habían ofrecido al salir de Palma. Eran Juan Crespí, Rafael Verger y Guillermo Vicens, que fueron llamados de inmediato, ya que al ir en dos expediciones distintas, todavía tenían tiempo para la segunda expedición.

Lo primero que hizo Junípero fue escribir en dialecto mallorquín a sus padres una carta de despedida, dirigida a su sobrino capuchino Francisco Serra, pues sus padres no sabían leer. Entre otras cosas le decía: *¡Jesús, María y José! Me faltan palabras para despedirme y repetirle la súplica de consolar a mis padres en su gran aflicción. Yo quisiera infundirles la gran alegría que siento y pienso que me instarían a seguir adelante y no retroceder nunca. Ellos deben darse cuenta de que el cargo de predicador apostólico es lo más que ellos podían desear para verme establecido, Ellos son ya viejos y su vida breve. Si la saben comparar con la eternidad, verán claramente que no puede ser más que un instante... Dígales que sufro inmensamente por no encontrarme junto a ellos, como antes, para consuelo de su vejez. Pero todos sabemos que lo primero es lo primero y lo primero es hacer la voluntad de Dios. Los he dejado por el amor de Dios... Que mis padres se alegren por tener un sacerdote que, aunque malo y pecador, todos los días en la misa ora por ellos con todo su corazón. Incluso a menudo celebro misa aplicándola sólo por ellos para que el Señor los asista, les dé lo necesario para el sustento y, sobre todo, les dé paciencia en las pruebas, resignación para resistir las tentaciones y, cuando llegue el momento, una muerte santa...*

Que mis padres, mi hermana Juana y mi cuñado Miguel, me encomienden mucho a Dios para que sea un buen religioso y sacerdote como ya me lo encarecía mi padre: “Hijo mío, lo que te recomiendo es que seas un buen religioso del Padre San Francisco”. Estas palabras las tengo siempre muy presentes. Por otra parte, mi madre siempre me encomendó a Dios para que yo fuese un buen religioso. Por esto, madre mía, si Dios me ha puesto en este camino por tus oraciones, alégrate con lo que Dios dispone y, en todos los trabajos, repite siempre: “Bendito sea Dios”. Y “Hágase su voluntad”. ¡Adiós,

*padre mío! ¡Adiós, madre mía! ¡Adiós, Juana, hermana mía! ¡Adiós, Miguel, cuñado mío!*¹⁵.

VIAJE A MÉXICO

De Cádiz zarpó el barco Villasota el día 28 ó 29 de agosto de 1749. Iban veinte franciscanos y siete dominicos. Dice Palóu: *En el dilatado viaje de 99 días que tardamos en llegar a Veracruz, se ofrecieron bastantes incomodidades y sustos... En los quince días antes de llegar a Puerto Rico se experimentó escasez de agua y se nos aminoró tanto la ración, que la que nos daban en las 24 horas de cada día, poco pasaba de un cuartillo, y no se podía hacer chocolate. Fray Junípero padeció estos trabajos con tanta paciencia que jamás se le oyó la menor queja, ni se le advirtió tristeza alguna con lo que, admirados los compañeros, solían preguntarle si no tenía sed. Pero su respuesta era: “No es cosa de cuidado”. Y, si alguno se quejaba, de que no podía aguantarla, le respondía con mucha gracia y mayor doctrina: “Yo he hallado algún medio para no tener sed, y es el comer poco y hablar menos para no gastar la saliva”. En todo el tiempo de la navegación jamás se quitó el Santo Cristo del pecho, ni aun para dormir. Todos los días, salvo los de temporal, celebraba la misa. Ocupábase de noche en confesar a los que le solicitaban: Venerábanlo todos como a muy perfecto y santo por el grande ejemplo que les daba con su humildad y paciencia.*

Llegamos a hacer aguada a la isla de Puerto Rico. San Juan de Puerto Rico tenía entonces unos 4.000 habitantes. A mediados de octubre, y desembarcados, fuimos a hospedarnos a una ermita titulada de la “Purísima Concepción”, la cual tenía su capilla con tres altares y bastante vivienda para toda la misión. Entrada ya la noche nos convidó el ermitaño o sacristán que cuidaba la capilla, si queríamos asistir al rezo de la corona al que concurría la gente por ser sábado... Asistimos y cantamos el “Tota Pulchra” (Toda hermosa) y, concluida esta canción, dijo fray Junípero: “Mañana, para consuelo de los moradores de esta ciudad, se dará principio a la Misión que durará el tiempo de detención del navío. Convido a todos para mañana en la noche en la catedral, donde se comenzará... La mayor parte de aquella gente no se había confesado desde que estuvo allí la otra Misión y practicó lo mismo hacía nueve años... Quince días se detuvo allí el navío y de éstos fueron ocho a pedimento de la ciudad, para que la Misión siguiera. En este tiempo, empleándonos todos en confesar de día y la mayor parte de la noche, se consiguió que todos los vecinos se confesasen y ganaran el Jubileo; pues, según se dijo, no quedó persona alguna sin confesar, atribuyendo todo este espiritual fruto al fervoroso celo de

¹⁵ Carta al padre Francisco Serra desde Cádiz el 2 de agosto de 1749. *Escritos*, tomo 1, pp. 119-125.

nuestro venerable Padre. Concluida la Misión, salimos de aquel puerto para el de Veracruz el 2 de noviembre. Estando ya a la vista de él, se levantó un norte tan furioso... y sobrevino una desecha tempestad, que duró los días 3 y 4 de diciembre. En la noche del último día, dándose todos por perdidos, no tenían más recurso que disponerse para la muerte, pero nuestro fray Junípero se mantuvo en medio de tanta tempestad con tan inalterable paz y quietud de ánimo, como si se hallara en el día más sereno, de suerte que, preguntándole si tenía miedo, respondió que algo sentía, pero que, en haciendo memoria del fin de su venida a las Indias, se le quitaba luego.

La misma fue su tranquilidad cuando, en la misma noche nos avisaron que se había sublevado la tripulación del navío contra el capitán y pilotos, pidiendo ir a varar (encallar) para que algunos se salvaran, ya que ni el barco podía aguantar, ni las bombas eran suficientes para agotar la mucha agua que hacía. De estos dos peligros nos libró Dios por intercesión de Santa Bárbara que en aquel día celebra anualmente la Iglesia. Habiendo todas los religiosos que veníamos de las dos Misiones puesto en una cédula el santo de su devoción, y uno de los nuestros en la suya la expresada Santa Bárbara, salió sorteada por patrona y clamando todos a una voz: ¡Viva santa Bárbara!, cesó en aquel mismo instante la tempestad y el viento adverso se mudó tan benigno que dentro de dos días, el seis de diciembre, dimos fondo en Veracruz ¹⁶.

Los 18 días pasados en San Juan de Puerto Rico varios caballeros mallorquinos regalaron y trataron espléndidamente a sus paisanos y a todos los religiosos en general, pues había varios mallorquines ricos y distinguidos en la ciudad. Al llegar a Veracruz es digno de notarse que fray Junípero no se había mareado ni una sola vez, como escribió en una carta desde allí a sus queridos y ancianos padres: *Me encuentro bien de salud y no he tenido novedad alguna, antes bien he sido el único de todos los religiosos que no me he mareado. Y, cuando los demás estaban casi muertos, yo nunca he sabido si estaba en el mar*¹⁷.

¹⁶ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 14-16.

¹⁷ Carta a Francisco Serra desde Veracruz el 14 de diciembre de 1749, *Escritos*, tomo 1, p. 139.

UN POCO DE HISTORIA

Fray Junípero había llegado a tierras mexicanas, al territorio del virreinato de Nueva España, que tenía entonces unos seis millones de habitantes, de los que 70.000 eran españoles, un millón cien mil criollos (descendientes de españoles nacidos en México), dos millones cuatrocientos mil indios y otros tantos mestizos. La ciudad de México tenía entonces 100.000 habitantes y era la ciudad más importante de América del Norte, como Lima lo era de América del Sur.

La epopeya misionera franciscana en México había comenzado el 30 de agosto de 1523, cuando llegaron al puerto de Veracruz los tres primeros franciscanos flamencos: Fray Juan de Tecto, confesor del emperador Carlos V, Juan de Ayora y Pedro de Gante, que era hermano no sacerdote. Refiere Pedro de Gante: *Mis compañeros se fueron con el gobernador Hernán Cortés en la expedición a las Hibueras (Honduras) y allí murieron agobiados de trabajo por el amor de Dios*¹⁸.

Fray Pedro, dotado de gran cultura, se puso al servicio de los indios y fundó escuelas de letras, artes y oficios, y es llamado *el primer maestro de América*, defensor de los indios y organizador de actividades misionales, fundador de un hospital e impulsor de la música y del canto. Menos de un año después de su llegada, el 13 de mayo de 1524, llegaron a Veracruz los llamados Doce Apóstoles, doce franciscanos españoles a quienes se les conoce como padres y fundadores de la Iglesia mexicana. Otro de los primeros fue fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, obispo de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, impulsor de la universidad, protector de los indios y patrocinador de la imprenta.

Con la aparición de la Virgen de Guadalupe en 1531, según refiere fray Toribio de Benavente, llamado Motolinía, se convirtieron en los primeros diez años unos nueve millones de aztecas y él personalmente había bautizado a 300.000.

El conquistador de México, Hernán Cortes, fundó la ciudad de Veracruz en honor de la Santa Cruz y conquistó la ciudad de México el 13 de agosto de 1521. Uno de sus compañeros de armas, Bernal Díaz del Castillo (1496-1584) en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* refiere que por todas partes se elevaban templos para los sacrificios humanos. En México, en la Ciudad sagrada, había ciento catorce gradas para subir al santuario de Huichilobos, dios de la guerra, y de Tezcatepuca, diosa de la Luna. Allí mataban a miles cada año, pero los muslos y otras partes del cuerpo se los comían. Según

¹⁸ Miglioranza Contardo, *Fray Junípero Serra*, Buenos Aires, 1988, p. 57.

cuenta Bernal Díaz no había banquete entre los aztecas que no comprendiera carne humana. Para aprovisionarse, hacían la guerra a los países vecinos para conseguir esclavos y tener disponible carne humana.

Dice fray Toribio de Benavente (Motolinía): *Los indios amigos de los españoles comían de los que mataban, porque no todas las veces los españoles se lo impedían*¹⁹. *El año 1485, en la fiesta en honor del dios Hvitzilopoctli, habían sido sacrificados 84.000 indios*²⁰.

Y para citar a un autor imparcial, el primer obispo de México, Juan de Zumárraga, afirmó en una carta dirigida al capítulo franciscano, reunido en Tolosa, que *los indios tenían la costumbre de sacrificar 20.000 hombres cada año*²¹.

Los misioneros tuvieron mucho que trabajar para humanizar a aquellos indios caníbales. En cada convento establecieron una escuela y un hospital. En el siglo XVI había 300 conventos en México con escuelas externas para niños del pueblo común y otra interna para los hijos de los indios principales. En 1540 fray Toribio Motolinía escribe: *Hay tantos alumnos indios que, en determinados conventos, hay 300, 400, 600 y hasta mil alumnos*²².

Evidentemente, los franciscanos no fueron los únicos misioneros que emprendieron la conquista espiritual de los indígenas para Cristo. En la primera hora llegaron también los agustinos y los dominicos, los mercedarios y más tarde los jesuitas y otros.

Todavía en el siglo XVIII, cuando en 1749 llegó fray Junípero y sus 32 compañeros a Veracruz, había muchos miles de indios en California baja y alta que todavía no conocían el evangelio y a ellos se dedicó nuestro santo con el fervor de los primeros misioneros.

¹⁹ Motolinía fray Toribio, *Memoriales o libro de las cosas la Nueva España*, Ed. UNAM, México, 1971, p. 33.

²⁰ Alva Ixtlilxochitl (1578-1650), *Historia de la nación chichimeca*, Ed. Germán Vásquez, México, 1985, p. 60.

²¹ Citado por Jerónimo Mendieta, *Historia eclesiástica indígena*, BAE, Madrid, 1973, Capítulo V, 30.

²² Fray Toribio Motolinía, *Historia de los indios*, México, 1969, p. 108.

UNA HISTORIA SINGULAR

La Madre María de Jesús de Ágreda (1602-1665) fue una religiosa concepcionista del convento de Ágreda (Soria) en España. Llegó a ser Superiora y allí vivió hasta su muerte. Desde los primeros tiempos de su vida en el convento, comenzó a tener carismas extraordinarios y un deseo muy intenso de salvar almas. Ella fue la principal misionera de algunos territorios norteamericanos de Nuevo México, parte de Texas, Colorado y Arizona.

Durante los años 1620 a 1631 fue repetidas veces a aquellos territorios en bilocación y evangelizó a los indios, obrando la conversión de unos 500.000 indígenas. Un caso singular en la historia de la Iglesia y, sobre todo, extraordinario, dadas las enormes distancias y la oposición de muchos indios rebeldes.

Ella nos habla también de la presencia sobrenatural en aquellas tierras de dos misioneros franciscanos ancianos, que no eran españoles.

Los misioneros franciscanos se quedaron asombrados al ver multitud de indios que acudían a ellos espontáneamente para que fueran a su tierra a bautizarlos, hablándoles de la *Dama azul* (por el color de su hábito). El padre Benavides regresó a España en 1631 y pudo hablar personalmente con la Madre Ágreda, quien le confirmó que había sido ella la misionera. El padre Benavides escribió un Memorial sobre la evangelización de la Madre Ágreda.

Dice el padre Benavides: *Escribo aquí parte de las maravillas que la divina Majestad ha obrado y va obrando en las conversiones de Nuevo México por ministerio e instrucción de la dichosa Madre María de Jesús...*

Los indios xumanas habían venido a pedir que fuese a bautizarlos el padre fray Juan de Salas; algunos años antes ya habían pedido cada año. Preguntándoles qué motivo tenían de pedir con tanta insistencia el bautismo dijeron que una mujer parecida a un retrato que allí había de la Madre Luisa de Carrión, pero más moza y hermosa, les andaba predicando en su tierra, y les dijo que viniesen a llamar a los padres de San Francisco para que fueran a bautizarlos; y los reprendían de flojos y perezosos porque no venían.

Fueron el padre fray Juan de Salas con su compañero fray Diego López, entrambos sacerdotes y predicadores, hijos de la provincia del Santo Evangelio, y en su compañía fueron dos soldados españoles y otros dos mozos, a los cuales salieron a recibir los indios en su tierra con cruces altas en procesión y allí pidieron a voces el bautismo y hasta las mujeres que tenían a sus criaturas de pecho les alzaban los bracitos tiernos, pidiendo por ellas a voces el bautismo.

Vinieron también allí los de la nación Sapie y los de la Gabatoa y pidieron el mismo bautismo por haberlo enseñado así la misma mujer, y viendo que estaban bien dispuestos los indios y que la mies era mucha y los obreros pocos, se determinaron a volverse de donde salieron que hay más de ciento doce leguas para llevar más religiosos y lo necesario para fundar iglesia; y despidiéndose de la gente, les dijeron que tuviesen siempre gran fe en aquella cruz que allí les dejaban, que en todas sus necesidades hallarían en ella remedio.

Los indios les dijeron que antes que se fuesen les curasen sus enfermos y así los fueron trayendo luego; sería esto a las tres de la tarde y permitió Nuestro Señor que hubiese tantos que hubo que hacer hasta el otro día a las 10 y con sólo hacer los religiosos la señal de la cruz sobre el enfermo y decir el Evangelio de san Lucas y la oración de nuestra Señora “Concédenos” y la de Nuestro Padre san Francisco, quedaban sanos de todas sus enfermedades.

Cuando los religiosos querían partir, despidiéndose de las sobredichas naciones, llegaron también allí los embajadores del reino de Quivira que dista de allí seis o siete jornadas al Oriente y dijeron que de parte de los suyos venían también a llamar a los religiosos, porque también la mujer que allí andaba enseñándoles la fe, andaba en su reino de Quivira, haciendo lo mismo; y como los religiosos estaban ya de partida, respondieron a los embajadores que a la vuelta acudirían de buena gana a darles el bautismo, porque traerían más religiosos para todos, con lo cual los embajadores quedaron contentos y algunos de ellos desde allí se volvieron a su tierra de Quivira para avisar de lo que pasaba, y los otros se vinieron con los dichos dos religiosos a donde estábamos para volver con ellos y guiarlos a sus tierras. Yo los vi y dejé a un muchacho en el Nuevo México para que aprendiese la lengua española.

Habiendo, pues, sucedido grandiosas conversiones como tengo dicho de más de quinientas mil almas, a donde pocos años antes todo era idolatría; y todos ahora adoran al Señor y Creador universal...

Cuando comenzamos a tratar (con la Madre María de Jesús) de las conversiones de Nuevo México, le pregunté si había sido ella la que andaba por allá, predicando nuestra santa fe católica entre aquellas bárbaras naciones. Me dijo que sí, que Nuestro Señor había sido servido de enviarla allá por ministerio de sus ángeles y que es verdad que envió a los indios xumanas para encontrarse con los religiosos en el camino. Y que ella enseñó y dispuso a los demás indios cómo habían de salir con cruces altas y recibir a los religiosos y asistió con ellos al recibimiento y a sus predicaciones y a los milagros que hicieron, y dio las señales verdaderas de los religiosos en la forma que yo los conozco, diciendo que eran blancos y de rostros colorados como en efecto lo son los dichos padres,

y también dio señas del capitán de los indios que era tuerto, aunque no le faltaba el ojo.

Todo esto es así y me lo dijo el mismo padre fray Juan de Salas y estas cosas no hay quien las sepa; y la Madre María de Jesús me las dijo como ellas pasan por allá, y que aquella gente toda andaba vestida de pellejos de animales con pelo y que es gente bien inclinada y dócil; y que los indios pintaban mantas y las hilaban para dar a las mujeres y que ellos también las vestían, no al modo que se visten los españoles, sino rodeando aquellas mantas al cuerpo y que en las caras solían traer unas rayas y que los indios solían traer el cabello compuesto y cortado a su modo, y unas conchas en la cabeza para gala; y preguntándole yo si estaba cierta de estas cosas, me respondió:

- Si, Padre, me acuerdo muy bien y aun he tenido por ello también mis reprehensioncitas, porque estando yo mirando a un indio cómo estaba vestido y la cabeza y cabellos de aquel modo, me reprendió uno de mis ángeles, porque son más de dos los de mi guarda y custodia, y me dijo que no me divirtiese en aquello. Dijo haber sido ella propiamente la que envió desde el reino de Quivira aquellos embajadores a los religiosos para que fuesen a predicarles y que, por aquella parte a donde salieron aquellos embajadores, es lo último del reino de Quivira, el cual estaba al Oriente de allí; y que la gente de este reino, es muy dócil y mucha, y el reino muy grande y que está al Oriente del Nuevo México, donde dice que ha estado muchas veces; unas, presencialmente; otras, sus ángeles en su lugar y forma, predicando nuestra santa fe católica, y todo esto lo hemos sabido allá de los mismos indios que la han visto personalmente, porque nosotros no lo hemos merecido, aunque ella sí nos ha visto a todos...

Le pregunté si había visto aquel río grande donde el padre Ortega llegó, cuando pasó aquellas señales en los caminos, y me dijo que sí lo había visto y que era verdad que pasaba de donde se pone el sol a donde nace, hasta salir a la mar, y se holgó de que el padre Ortega le puso nombre “de San Francisco”; y que por aquella parte estaba el reino de Quivira y mucho más adelante el reino de Siclar, que es mayor que el reino de Quivira y de gente negra y muy feroz y muy belicosa; y que a este reino, a su parecer, milagrosamente aportaron dos religiosos de nuestro padre san Francisco, viejos, que ya son muertos o los martirizaron, y que le parece no eran españoles sino de otra nación y que bautizaron allí mucha gente.

Le pregunté si había estado en los pueblos de Nuevo México ya cristianos, donde estamos los religiosos de un lado y otro del río del Norte, y dijo que sí y que había asistido con nosotros algunas veces a los bautismos, y me dio las señales de algunos religiosos, en particular del padre fray Cristóbal de Quiroz, mediano de cuerpo, algo flaco, carilargo y colorado y, aunque es ya de edad,

tiene pocas canas y es todo así como lo dice la Madre. Este religioso estaba una vez bautizando y mucha gente estaba entrando en la iglesia y la Madre con sus propias manos los iba desviando, haciendo entrar y acomodar en la iglesia, y los indios, cuando no veían quién lo hacía, se reían. Dice que se acuerda muy bien de haberme visto y asistir conmigo en el bautismo y, antes que me viese, me dijo todas las señales como que era alto de cuerpo y pocas canas en la cabeza y otras cosas, y esto me lo dijo en el confesionario, donde no podía verme ni me había visto antes por acá...

Me dijo que en el reino de Tidar hay todavía muchos cristianos bautizados y que no hay vivo ya ningún religioso, que quizás los han martirizado los indios infieles y que allí la mies y la viña del Señor es grandísima, porque es infinita la gente. Este reino de Tidar es el que hace la guerra al reino de Quivira y se la hacía cuando los Quiviras vinieron a pedir socorro a los españoles del Nuevo México, siendo gobernador Don Pedro de Peralta.

Todas estas cosas que aquí refiero me dijo nuestra Madre María de Jesús, desde el jueves primero de mayo hasta el jueves ocho, las cuales cosas nadie las ha oído en España y son de Nuevo México; sin revelación milagrosa, no pudo saberlas ni yo hasta ahora me había acordado de decirlas, y dice que ha estado allá muchas veces personalmente por ministerio de sus ángeles, y otras los mismos ángeles representaban allá su persona y que hará mes y medio que estuvo allá la postrera vez... Y dijo que una vez un indio la había asido de un escapulario y se lo quería quitar por devoción, y ella le dijo que no se lo podía dar porque no podía andar sin él y que le dio un rosario; y a otros muchos les dio rosarios, cruces e imágenes que les había llevado de acá...

Estas son las cosas que he merecido oír de nuestra Madre María de Jesús y las escribo con toda verdad y puntualidad, y he entendido con cuidado lo que oía tanto para mi consuelo como por haberlo mandado nuestro Reverendísimo Padre General... Doy fe y testimonio. Fray Alonso de Benavides ²³.

²³ Este Memorial se encuentra más resumido en el tomo V de la *Mística Ciudad de Dios*, Madrid, 1985, pp. 131-134; Véase también *Annales Minorum*, tomo XXVII, Firenze, 1934, pp. 230 ss.

VIAJE A MÉXICO CAPITAL

A pesar de tantos miles de indios evangelizados en Nuevo México por la Madre Ágreda en el siglo XVII y de tantos convertidos por las apariciones de la Virgen de Guadalupe en el siglo XVI, todavía quedaban miles y miles sin convertir, sobre todo en California. Y allí lo destinaba Dios a nuestro padre Junípero en el siglo XVIII. Él llegó a Veracruz el seis de diciembre de 1749 y debía ir a la ciudad de México.

Junípero, deseando hacerlo sin descanso alguno pidió al padre presidente le permitiese caminar a pie, supuesto que se hallaba con salud y fuerzas para ello... y le dio licencia juntamente con otro misionero de la provincia de Andalucía que también lo solicitaba. Salieron sin más guía ni viático que el breviario y su firme confianza en la divina providencia ²⁴.

Mientras tanto, sus compañeros hacían en mula o caballo los 500 kilómetros hasta México. Los dos viajeros salieron el 15 de diciembre de 1749 de Veracruz, después de visitar la capilla del Santo Cristo del Buen Viaje, para pedir la protección del Señor. Y ciertamente no quedaron defraudados.

En una de las jornadas llegaron a la orilla de un río que tenían que pasar antes de llegar al pueblo donde habían de parar. Reconocieron luego lo crecido que era y el peligro que amenazaba a quien intentase pasarlo sin conocimiento del único vado que tenía. Estos motivos, lo tenebroso de la noche y la absoluta falta de quien les enseñase el vado, fueron la rémora que detuvo a nuestros caminantes para entrar en el agua. Esperando del cielo el socorro de aquella necesidad, se pusieron a rezar “la Benedicta” a Nuestra Señora. Concluyéronla y luego les pareció que miraban un bulto que se movía; pero para cerciorarse de si era cierto o no, fray Junípero dijo en voz alta: “Ave María Santísima, ¿hay algún cristiano a la otra banda del río?”. Respondiéronle que sí y qué se le ofrecía. Dijeron que deseaban pasar el río y no sabían el vado. Y diciéndoles que subiesen por la orilla, hasta que les avisase, caminaron un gran trecho, y luego el guía que no veían les dijo que ya podían pasar. Hiciéronlo sin peligro alguno y hallaron al que les hablaba, que era un hombre español, bien vestido, muy atento y de pocas palabras, el cual los llevó a su casa, sita a gran distancia del río; les dio de cenar y camas en que dormir. Cuando por la mañana salieron de la casa para la iglesia a decir misa, en todo el camino no pisaron más que hielo por el mucho que aquella noche había caído y conocieron el beneficio tan grande que Dios les había hecho de proporcionarles abrigo por medio de aquel bienhechor, pues sin él, hubieran perecido al inclemente rigor del frío.

²⁴ Palóu Francisco, *Relación*, p. 17

El haber hallado a este hombre en aquel lugar, a una hora tan intempestiva, y en noche tan oscura, no pudo menos que causar admiración a ambos padres; pero habiéndole preguntado el motivo de hallarse tan apartado de su casa a aquella hora, les respondió que había salido a diligencia con lo cual no quisieron ser más curiosos. Todo esto pudo ser casualidad, pero no lo atribuyeron nuestros peregrinos sino a singular beneficio de María Santísima... Y despidiéndose de su bienhechor, siguieron su camino.

Habiendo andado ya un gran trecho, y hallándose sumamente fatigados del cansancio y no menos molestados de los ardores del sol, cuando un hombre que encontraron a caballo, después de saludarlos y preguntarles adónde iban, les dijo: “Vuestras reverencias vendrán cansados y sedientos, tomen una granada y los refrescará algo”. Dio a cada uno una granada y, habiéndose despedido, siguió él su camino y los padres el suyo. Comieron esta aquella fruta y no sólo los refrescó y apagó la sed que padecían, sino que les dio fuerzas para seguir su jornada sin demasiada fatiga hasta la hacienda a donde iban a parar y, habiendo sentido este efecto, hicieron reflexión sobre el sujeto que los había regalado, pues por su aspecto y modo de hablar les pareció ser el mismo que la noche antecedente les había enseñado el vado del río y hospedado en su casa.

Varias veces hizo mención de estos casos el venerable Junípero y decía que aquel bienhechor o fue el patriarca san José o algún devoto hombre a quien este santo tocó el corazón para que les hiciera estas obras de caridad.

Otro suceso semejante les aconteció en la siguiente jornada. Habían hecho noche en una hacienda y por la mañana, después de haber uno dicho misa, se despidieron del dueño o administrador, quien, por si llegasen tarde a la posada, les dio una torta de pan. Pusiéronse en camino y, a poco rato encontraron un pobre, que les pidió limosna. Diéronle lo único que tenían, que era aquel pan, confiados en que llegarían temprano al lugar donde habían de parar y que, en caso contrario, no les faltaría la divina providencia. Así lo vieron cumplido, pues, habiéndoseles hecho larga la jornada, se sentaron a descansar un rato en el camino. Pasó por él un hombre a caballo quien, viendo a los padres allí, después de saludarlos y preguntarles adónde iban a posar, sacó un pan, y partiéndolo, dio mitad de él a cada uno. Nuestros peregrinos, habiendo recibido su limosna y visto aquel pan, no se atrevían a comerlo, porque les pareció que era de solo maíz, mal amasado y crudo, por cuyo motivo les podría hacer daño, pero la flaqueza que padecían y necesidad de tomar algún sustento les obligó a probarlo y, habiéndolo hecho, les pareció un pan sabrosísimo y de gusto extraordinario, como si estuviera amasado con queso. Comiéronlo y se reforzaron para seguir su camino hasta completar la jornada.

Continuaron después su viaje y, con la fatiga de él, se hincharon los pies al padre Junípero, de suerte que llegó a una hacienda sin poderse tener, atribuyéndolo a picadas de zancudos por la mucha comezón que sentía y, habiendo descansado un día, cuando estaba durmiendo aquella noche, sin sentirlo, se estregó (restregó) demasiadamente un pie y a la mañana le amaneció ensangrentado todo, con cuyo motivo se le hizo una llaga que le duró toda la vida... En la tarde del último día de diciembre de 1749, llegaron al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe y allí pasaron la noche. Y habiendo la mañana dicho misa de gracias a la gran Señora, se fueron para el Colegio de San Fernando ²⁵.

COLEGIO SAN FERNANDO

Llegó al Colegio apostólico de San Fernando de México el día primero de enero de 1750, como a las nueve de la mañana, al tiempo en que la comunidad se ocupaba en el rezo. Pasó inmediatamente a la iglesia a tomar primero la bendición del Señor Sacramentado y, habiéndose detenido allí el tiempo que tardaron los religiosos en rezar, salió lleno de júbilo, diciendo al compañero: “Padre, verdaderamente podemos dar por bien empleado el venir de tan lejos con los trabajos que se han ofrecido sólo por lograr la dicha de ser miembros de una comunidad que con tanta pausa y devoción paga la deuda del Oficio divino.

Entraron luego al Colegio y tomaron la bendición al padre guardián, quien los recibió con abrazo de amoroso padre y lo mismo hicieron los demás religiosos ²⁶.

Los Colegios apostólicos franciscanos formaron parte de la historia misional de América. Fueron fundados para la formación de un cuerpo selecto de hombres de exaltados ideales espirituales, preparados para difundir el cristianismo entre los aborígenes americanos. No era un Centro educacional, sino un gran convento de un centenar de religiosos, que preparaba los religiosos que venían de España para la gran empresa misionera entre los indios paganos y también entre los fieles. Eran pues, centros de propagación de la fe. El primero fue el de Querétaro, que comenzó a funcionar el año 1683, y el de San Fernando en 1733.

El Superior tenía jurisdicción independiente y era como un provincial para sus religiosos. Normalmente los misioneros trabajaban durante seis meses fuera del Colegio y regresaban a descansar y reponer fuerzas. El Colegio debía tener

²⁵ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 18-20.

²⁶ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 20-21.

por lo menos 33 religiosos, de los cuales cuatro debían ser hermanos no sacerdotes. Estos últimos se ocupaban, sobre todo, de la cocina, de la huerta y de la portería; recogían limosnas y hacían de enfermeros u otros oficios no sacerdotales. Los religiosos, que venían de España, debían servir durante diez años, antes de volver a la patria.

Los religiosos residentes, además de cumplir con las normas de la comunidad y los horarios de oración, comidas, reposo etc., podían recibir algunas clases prácticas como idiomas de los indígenas, modo de dirigir las misiones o de teología mística. Los venidos de España, normalmente se preparaban durante un año antes de emprender las tareas misionales entre los infieles, aunque se podía dispensar de este tiempo, como se lo dispensaron a fray Junípero, pues a los cinco meses se fue de misionero.

Dice el padre Palóu: *Una tarde, estando el padre guardián de asueto en la huerta con otros padres de los que habíamos venido de España, siendo uno de ellos el venerable fray Junípero, expresó el Prelado el gozo que había tenido con nuestra llegada, pues esperaba con esto salir de ahogos y dejar de mendigar operarios de otros Colegios, porque de Vuestras Reverencias algunos se animarán a trabajar a las misiones de los infieles de Sierra Gorda. Al oír esto nuestro fervoroso padre, dijo con el profeta: “Padre guardián, Ecce ego, mitte me (Aquí estoy yo, envíeme a mí)”²⁷. Y a su ejemplo hicieron lo propio otros muchos, con lo que tuvo sobrantes el Prelado para proveer las cinco misiones. Nombró a ocho de los que habíamos venido de España y entre ellos a fray Junípero y a mí, su compañero, dándonos aviso de ello para que nos dispusiéramos, y estuviésemos prontos al primer aviso²⁸.*

²⁷ Is 6, 8.

²⁸ Palóu Francisco, *Relación*, p. 22.

TERCERA PARTE MISIONERO

MISIONERO EN SIERRA GORDA

Fray Junípero iba destinado a Sierra Gorda, a la misión de Jalpán, una región habitada por los indios jonaces y pames. Los primeros tenían fama de indómitos, nómadas y belicosos. Los segundos más dóciles, sedentarios y pacíficos, pero renuentes a toda civilización; en su mayoría paganos, a pesar de hallarse rodeados de pueblos de españoles. Algunos habían recibido el bautismo como un rito cuando eran niños, pero su conducta era de paganos. Estaban acostumbrados a no trabajar y sólo se dedicaban a pescar, cazar o recoger algunos frutos silvestres para vivir. A veces, azuzados por los brujos y hechiceros, se dedicaban a robar y asaltar a los colonos y pueblos vecinos. En 1743 habían sido sometidos por la fuerza de las armas, y entonces comenzó seriamente la labor de los misioneros de evangelizarlos. En abril de 1744 habían sido enviados 10 sacerdotes y dos hermanos para esta gran tarea de civilización y evangelización. Se consiguió reagruparlos en cinco asentamientos o cinco misiones con un total de 7.406 personas, pero dos epidemias diezmaron a los indios, quedando sólo 2.477. Cuatro misioneros murieron también de paludismo o exceso de trabajo.

El día designado para la partida a Sierra Gorda fue el 1 de junio de 1750. Iban en caravana indios cristianos, soldados y bestias de carga. Junípero prefirió una vez más ir a pie y Palóu lo acompañó. Llegaron a su destino el día 16 de julio. Y Palóu refiere: *Tuvimos gran consuelo al ver la alegría con que nos recibieron los indios de dicha misión, que pasaban de mil entre chicos y grandes, pero todos ellos se hallaban tan a los principios por la falta de inteligencia de nuestro idioma, que ninguno cumplía con el anual precepto de la Iglesia de confesar y comulgar... Fray Junípero se aplicó a aprender su lengua; para lo cual fue su Maestro un indio mexicano, que se había criado con los pames. Conseguido tan importantísimo medio para el adelantamiento espiritual, tradujo en el idioma pame las oraciones y texto de la doctrina de los misterios más principales y así se empezó a rezar con los indios, alternando por días en que se hacía también en castellano, con lo cual, en breve tiempo, se impusieron en los misterios de nuestra santa fe y empezaron a confesar en su lengua y a comulgar cumpliendo anualmente con los preceptos de la santa Iglesia; y el siervo de Dios los movía con sus fervorosas pláticas a que confesasen y comulgasen en las principales festividades, dándoles ejemplo, confesándose él públicamente en el presbiterio, cuando ya estaba en la iglesia toda la gente para la misa mayor los días festivos. Con esto logró el deseado fin... Hubo día en que pasaron de ciento*

las comuniones, otros de cuarenta y cada año en el tiempo del precepto casi todos lo verificaban en solos los nueve años que estuvo en las citadas misiones, en cuyo tiempo bautizó un crecido número de gentiles ²⁹.

Un punto importante en la gran tarea de la evangelización era enseñarles a los indios a trabajar. Los mismos misioneros eran sus maestros en todo género de trabajos. Manejaban la sierra, el pico, el machete, derribaban árboles, roturaban el terreno para la siembra, hacían adobes para construir casas y conseguían de las autoridades toda clase de ganado para enriquecer la misión y tener alimentos para todos. Conseguió mulas para los viajes, vacas, bueyes, ovejas, cabras, puercos, gallinas y toda clase de aperos de labranza para cultivar la tierra.

También construyeron acueductos de mampostería para llevar agua a los sembríos. Además hacían de profesores para enseñarles el castellano, poniendo especial interés en los niños para que aprendieran a leer, escribir y contar, formando con ellos un coro para las misas... Era todo un pueblo que estaba dirigido y ordenado por los sacerdotes.

Cuando fray Junípero vio a sus hijos los indios en estado de trabajar con mayor afición que a los principios, trató de que hiciesen una iglesia de mampostería con bastante capacidad para encerrar tanta gente... La iglesia se adornó con retablos, altares, y colaterales dorados; y en el coro se puso órgano, buscando maestro que lo enseñase a tocar a los indios en las misas cantadas. Con el ejercicio de estos trabajos, quedaron habilitados para varios oficios como de albañiles, carpinteros, herreros, pintores, doradores. Y no olvidándose de apartar del ocio a las mujeres, las empleaba en las correspondientes tareas de su sexo como hilar, tejer, hacer medias, calcetas, coser, etc ³⁰.

El sistema de evangelización estaba regulado por unas *Instrucciones*, emanadas del Colegio San Fernando. Veamos algunas de ellas: *Procuren los misioneros que cada día, al salir el sol, se congreguen en la iglesia al son de campanas todos los indios e indias grandes, tanto paganos como neófitos, sin que ninguno falte. Uno de los misioneros rece con ellos las oraciones y texto de la doctrina cristiana y les explique en castellano los misterios principales. Después que hayan salido los grandes, practiquen lo mismo por la mañana y por la tarde, antes de ponerse el sol, con los niños y niñas de más de cinco años, sin permitir que ninguno falte a este santo ejercicio. Los catecúmenos, los novios que se van a casar o los que han de cumplir el precepto pascual de la confesión, asistan también a él mañana y tarde, para que se instruyan antes de recibir los*

²⁹ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 28-29.

³⁰ *Ib.* p. 34.

santos sacramentos. Igualmente se obre con los que olvidaron la doctrina, a pesar del diario ejercicio.

Los días de fiesta vigilen cuidadosamente que ninguno falte a la misa del pueblo ni a la plática que en ella se hace para explicar el Evangelio o los misterios de la fe. Procuren acomodarse con prudencia y discreción a la rudeza y necesidad de los indios. Uno de los misioneros los llame a todos por el padrón según sus nombres y que uno a uno se le acerquen para besarle la mano.

Exhorte a los más capaces y hábiles a la frecuencia de los santos sacramentos —además del cumplimiento del precepto de la Iglesia— principalmente en las grandes solemnidades, y a oír misa aun en los días feriales, aunque dejándolos siempre en libertad.

En sus enfermedades procuren visitarlos a menudo y que sean curados y asistidos con el mayor cuidado, según lo permitan las posibilidades locales; que reciban los santos sacramentos de que son capaces, los auxilien en su muerte y que el pueblo asista al entierro.

Asimismo pongan esmero en reconciliarlos en sus enemistades y litigios, enseñándoles a vivir en la paz y caridad cristianas, sin permitir escándalos o malos ejemplos en la misión³¹.

REGRESO A MÉXICO

Las misiones de Sierra Gorda estaban ya florecientes, cuando llamó el padre guardián del Colegio de San Fernando a nuestro venerable fray Junípero para que se alistase a la conquista espiritual de los indios apaches en el río de San Sabá. Luego que recibió la carta, salió de aquella misión en que había trabajado nueve años, dejando a los indios con la instrucción que se ha dicho y se llevó consigo como despojo al principal ídolo que adoraban como dios. Éste era una cara perfecta de mujer, que tenían en lo más alto de una encumbrada sierra, en una casa como adoratorio o capilla, a la que se subía por una escalera de piedra labrada... El nombre del referido ídolo en su lengua nativa era el de Cachum, esto es, Madre del Sol³².

El ídolo Cachum se lo habían entregado al padre Serra los indios ya cristianos. Él lo llevó a México y lo colocaron en los archivos del Colegio San Fernando. En la biblioteca nacional de México hay un documento en el que

³¹ Miglioranza Contardo, *Fray Junípero Serra*, Buenos Aires, 1988, p. 74.

³² Palóu Francisco, *Relación*, pp. 35-36.

puede leerse que *había un ídolo que trajo el padre fray Junípero consigo en el año 1752 de su misión de Jalpán*. Al salir definitivamente de Jalpán en setiembre de 1758, se llevó consigo entre otras cosas un violín, el libro *La Mística Ciudad de Dios de la Madre María de Jesús de Ágreda*, y algunos carpinteros. Quería tener gente preparada para empezar en su próxima misión. Pero los planes de Dios eran diferentes y debió permanecer nueve largos años en la ciudad de México antes de emprender la gran aventura de California.

MASACRE EN SAN SABÁ

De acuerdo con las disposiciones del virrey de México y con el apoyo económico de Pedro Romero, dueño de las minas de plata de Pachuca, los Colegios de San Fernando y de Querétaro unieron fuerzas para fundar una misión entre los apaches y los comanches en Sabá, territorio de la actual Texas.

Es importante anotar que los apaches y comanches comían carne humana. Según la descripción del padre Santa María, primero flagelaban a los prisioneros para activar su circulación y después los mataban uno por uno, lo ponían a asar en la lumbre y empezaban a bailar a su alrededor. Los danzantes, hombres y mujeres, se acercaban unos tras otros para darle una dentellada a la víctima. Eran belicosos y casi todos paganos. El año 1757 se fundó la misión de San Sabá para evangelizarlos. Llegaron seis misioneros: dos del Colegio San Fernando y cuatro del de Querétaro. Edificaron la misión, llamada Santa Cruz, en compañía de unos diez neófitos y de una escolta de diez soldados. Como no venían los apaches para evangelizarlos, tres misioneros del Colegio de Querétaro se regresaron y quedaron solamente el padre Terreros, Santisteban y Molina, que ya pensaban en regresarse, cuando en la mañana del 6 de marzo de 1758 apareció un millar de comanches pertrechados con armas de fuego, compradas a los franceses de Nueva Orleans a trueque de pieles.

Venían en son de guerra, pero aparentaron venir para hacerse cristianos. Veamos lo que dice Palóu: *Los padres los recibieron con demostraciones de cariño; pero los gentiles, disimulando sus malos intentos, dijeron que venían por la paz de los españoles, pidiendo que uno de los padres fuese con ellos para que no les hiciesen daño... El padre Terreros se determinó a ir, aunque ya creyó iba a recibir la muerte; pues, al despedirse de sus compañeros, les dijo lo encomendasen a Dios y se encomendasen también, porque en breve estarían en la otra vida. El padre Santisteban se retiró a un cuartito con el santo Cristo de pecho y quedó afuera el padre Molina, agasajando a los indios y despidiéndose del padre Alonso Terreros. El cual, luego que se apartó como treinta pasos de las casas, acompañándolo toda la chusma, le dispararon una arma de fuego con*

cuya herida cayó el padre Terreros, y sobre él todos los indios para acabarlo de matar y quitarle el santo hábito.

Viendo esto el padre Molina, y que no podía socorrer a su compañero, se retiró a la casa, y con él un soldado que había quedado, con la pena de que su compañero el padre Santisteban estaba en otro cuarto, sin poderse juntar. Y, entrando en él los indios le cortaron la cabeza, cuyos golpes oyó desde el otro cuarto el padre Molina y, como desde allí disparaba el soldado, no se atrevieron a arrimarse a aquel sitio y pegaron fuego a la casa. Viéndola el padre arder, se quitó del cuello una cera del “Agnus” y, echándola a la llama, se apagó de repente el fuego como si le hubiera echado un río. Luego que los gentiles advirtieron esto, pensaron en arrimarse a la puerta del cuarto, pero en cuanto lo hicieron cayeron muertos o heridos por el soldado que se portó con militar esfuerzo. Los indios disparaban también, por cuyo motivo le tocó al padre una bala que se le quedó dentro del brazo y vivió cargándola muchos años. Al valeroso soldado le hicieron pedazos las piernas a balazos, pero así herido mató a muchos y defendió al padre hasta la noche en que se retiraron...

El soldado, viéndose tan gravemente herido y ya sin fuerzas para defender al padre, ni poderse tener en pie para escapar y, dándose por cierto en breve tiempo muerto, dispuso y aconsejó al padre probase fortuna de irse para avisar al presidio (fortín con soldados que estaba cerca) y lo mismo encargó a su mujer y que llevase un hijito que tenían, diciéndoles: “Si se quedan, ciertamente mueren, y, si salen, tal vez se librarán...”

Confiado en Dios y en María Santísima, salió el padre Molina por una ventana y pudo sin ser visto pasar por entre dos lumbradas (hogueras) y después de tres días llegó al presidio desangrado y sin fuerzas por la falta de sustento, pues no había comido más que yerbas crudas del campo, caminando solamente de noche. El capitán del presidio despachó luego tropa, pero cuando llegó ésta ya los indios se habían marchado y quemado cuanto había y el valeroso soldado perecido, quien hirió o mató no menos de cuarenta gentiles.

Dióse luego cuenta de todo lo acaecido a México y el Colegio, lejos de enfriarse, nombró otros dos ministros para que pasaran a fundar la misión. Uno de ellos fue el padre Junípero..., pero no habiéndose logrado como se deseaba (la pacificación y el castigo de los culpables) y habiendo sucedido prontamente la muerte del Virrey, se suspendió aquella reducción, siendo esto de mucho sentimiento para el celoso padre Junípero³³.

³³ Paláu Francisco, *Relación*, pp. 41-43.

Los indios se habían llevado todo el ganado y habían decapitado a los padres Terreros y Santisteban, pero fray Junípero estaba ansioso de ir a fundar la misión, aunque le costase la vida. Sólo pensaba en la salvación de sus almas. Escribiendo a su sobrino capuchino le dice: *Al padre Terreros le dieron un fusilazo y después le cortaron la cabeza, desollaron, etc. Después fueron al padre Santisteban, quien hincado de rodillas rogaba con un crucifijo en la mano por su alma y por sus perseguidores. Lo hirieron con lanzas, le cortaron la cabeza, lo desnudaron y recortaron, etc.*

*Al padre Molina le dieron un balazo y, con la confusión, no bien se sabe cómo quedó vivo y vive hoy y está recién traído a este Colegio (de ciudad de México) donde lo están curando... Intervinieron varios casos o circunstancias que indudablemente parecen milagrosos y, omitiendo otros, digo: Después de desamparado por los bárbaros el campo, fueron los cristianos del cercano presidio en busca de los cadáveres para darles sepultura y a los seis días fue hallado el padre fray José (Santisteban), respirando un muy suave olor, destilando de las cortaduras sangre fresca. La cabeza un poco separada del cuerpo con las mismas circunstancias. Su cuerpo ceñido de tres cilicios de hierro. Enterráronlo allí mismo, cubriéndolo con tierra, sobre la cual salió después una muy lozana macolla (tallos) de maíz, prodigio que a mi ver puede significarnos que el grano de trigo, que está bajo aquella tierra muerto, nos promete mucho fruto en el logro de las almas de aquellos indios. Amén*³⁴.

MISIONERO ENTRE LOS FIELES

Al no reanudarse la misión por falta de seguridad, Junípero hubo de quedarse en México durante nueve años sin poder evangelizar a los paganos, dedicado a ser misionero viajero entre los fieles. Recorrió las diócesis de México, Puebla, Valladolid (hoy Morelia), Oaxaca... Y siempre iba caminando a pesar de que su pie se le hinchaba con facilidad y debía andar cojeando. Caminó en estos nueve años unos 10.000 kilómetros.

En uno de los sermones en la ciudad de México *sacó una cadena y, dejándose caer el hábito hasta descubrir las espaldas, después de haber exhortado a la penitencia, empezó a azotarse tan cruelmente que todo el auditorio se deshacía en lágrimas, y, levantándose de él un hombre, fue a toda prisa al púlpito, le quitó la cadena, bajó con ella y, tomando ejemplo del predicador, se desnudó de la cintura para arriba y empezó a hacer pública penitencia, diciendo con lágrimas y sollozos: “Yo soy el pecador ingrato a Dios*

³⁴ Carta a fray Miguel de Petra, su sobrino, del 29 de setiembre de 1758 desde México; *Escritos*, tomo 1, pp. 143-144.

que debo hacer penitencia por mis muchos pecados y no el padre que es un santo". Fueron tan crueles y sin compasión los golpes, que a vista de toda la gente cayó, juzgándolo todos por muerto... Para acercarse a Oaxaca, donde le llamaba su ilustrísima (el obispo), hubo de navegar ocho días por el gran río, llamado de los Miges, donde tuvo que padecer tanto él como sus compañeros muchos trabajos por los excesivos calores, molestia de zancudos y peligro de caimanes, sin poder salir de la canoa a tierra por los tigres, leones, víboras y demás animales ponzoñosos de que están abundantes aquellos lugares³⁵.

Cuando regresaba al Colegio de San Fernando, cumplía con las normas establecidas como el menor de los religiosos. Todo un trienio lo tuvo la obediencia empleado de maestro de novicios, pero esto no le impidió salir a predicar a los pueblos cristianos... Y (estando en el convento) el tiempo que le quedaba desocupado después del coro, lo empleaba en el confesonario... Lo mismo hacía en los conventos de religiosas, donde lo pedían al prelado algunas almas afligidas y de conciencias escrupulosas para su consuelo. Y al paso que para sí era rígido, se mostraba con los demás muy benigno, explayándoles el corazón³⁶.

Cuando hizo misión en la provincia de la Hasteca, faltaron muchos vecinos del primer pueblo donde predicó por algunos pretextos que, careciendo de justicia, abundarían de negligencia; y habiendo salido para otros pueblos a continuar la predicación, entró una epidemia en el referido pueblo, de que murieron como sesenta vecinos, y los demás sanaron, pero reparó el señor cura párroco que sólo habían muerto los que faltaron a la misión... Sabiendo que sólo habían muerto los que no asistieron a los sermones, concurrían después muy puntuales, no sólo los vecinos de los pueblos, sino también de las haciendas y ranchos, que distaban muchas leguas. Y hubo alguno que dijera no había visto iglesia ni sacerdote, ni oído misa, ni misión en dieciocho años...

Una vez, en una jornada a tiempo que ya se ponía el sol, pensaba dónde irían a parar aquella noche dando por cierto que lo harían en el campo. Esto consideraban, cuando vieron a poca distancia y cerca del camino real una casa donde entraron a pedir posada. Hallaron un hombre venerable con su esposa y un niño, quienes muy gustosos los hospedaron, y dieron de cenar con especial aseo y cariño. Despedidos los padres por la mañana y dando las gracias a sus bienhechores, siguieron su jornada, donde a poco trecho encontraron unos arrieros que les preguntaron ¿dónde habían parado aquella noche? Y diciéndoles que en la casa inmediata al camino, respondieron: "¿Qué casa? En todo el camino que anduvieron ayer ni hay casa ni rancho en muchas leguas".

³⁵ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 44-45.

³⁶ *Ib.* p. 47.

Quedaron los padres admirados, mirándose unos a otros y los arrieros ratificándose en lo dicho de que no había tal casa en el camino. Los misioneros atribuyeron a la divina providencia el haberlos favorecido con aquel hospicio y que, sin duda, serían los que lo habitaban Jesús, María y José, pensando, no sólo en el aseo y limpieza de la casa (aunque pobre) y el cariño afectuoso con que los habían hospedado y regalado, sino en el consuelo interior y extraordinario que allí habían sentido sus corazones...

En otro pueblo experimentó en sí la promesa que hizo Jesucristo a los apóstoles y que refiere el evangelista san Marcos (16, 18): “Y si beben veneno, no les hará daño”. Celebrando misa el siervo de Dios, le pareció que al tiempo de consumir el sanguis (sangre de Cristo) que le había caído en el estómago un gran peso como si fuese plomo; en términos que lo inmutó todo y en parte lo trabó. No obstante puso el vino para la purificación, pero lo mismo fue tomarlo que quedar totalmente trabado, y si no ha estado tan pronto uno de los que asistían a la misa, hubiera caído en tierra. Lleváronlo luego a la sacristía y, quitándose los ornamentos lo pusieron en cama, creyendo todos que le habían puesto veneno en la vasija del vino, para quitarle la vida.

Luego que lo supo un caballero asturiano muy afecto a los religiosos, acudió al convento con una bebida eficaz contra el veneno..., pero el padre sonriéndose dio a entender que no la quería tomar. Entonces le dijo, si quería tomar aceite para deponer el estómago y, haciendo la seña de que sí, lo tomó y entonces ya pudo articular algunas palabras, siendo las primeras las citadas por san Marcos. No le causó basca alguna el aceite, ni vomitó, pero sí lo sanó, bien fuese por virtud del medicamento o por la fe del paciente. Lo cierto es que aquella misma mañana fue a la iglesia a confesar como si tal cosa no le hubiera sucedido³⁷.

BAJA CALIFORNIA

Por orden del rey de España Carlos III, el 2 de abril de 1767 fueron expulsados todos los jesuitas de los territorios españoles. Esta orden se ejecutó en México el 22 de junio, cuando los 178 jesuitas de la Nueva España fueron tomados prisioneros para encaminarlos a Veracruz y de ahí llevarlos a Córcega. Entonces era visitador general de España en México, José Gálvez, de origen humilde y con una gran capacidad de trabajo. De 1767 a 1771 fue la verdadera autoridad de México en nombre del rey, por encima del virrey. Este gran hombre apoyó mucho las misiones y tuvo un gran afecto y respeto por el padre Junípero. Era buen cristiano, no olvidando nunca que, siendo niño, un anciano sacerdote le

³⁷ Paláu Francisco, *Relación*, pp. 48-50.

había iniciado en el latín y había sufragado sus estudios. El rey lo nombró en 1771 ministro universal de las Indias y, antes de morir en 1786, lo nombró marqués de Sonora.

Pues bien, Gálvez ordenó que, para sustituir a los jesuitas de la Baja California, fueran otros 16 franciscanos del Colegio San Fernando. Otros franciscanos del Colegio de Querétaro y de Jalisco los sustituirían en Sonora. Por este motivo, los franciscanos dejaron las misiones de Sierra Gorda a los sacerdotes diocesanos y así pudieron hacerse cargo de la Baja California. El padre Junípero iría a la Baja California como Superior o Presidente de los franciscanos.

El 14 de julio de 1767 salió el padre Junípero con sus compañeros y llegaron a Tepic el 21 de agosto, después de cinco semanas de viaje. Allí debieron detenerse, porque los dos paquebotes (barcos) que debían transportarlos a la Baja California iban a tardar unos meses en salir de los astilleros.

Entonces, nos dice Palóu: *El fervoroso celo del padre Junípero no permitió que tantos religiosos como allí estábamos, ociosos por detenidos, perdiésemos el tiempo que se podía emplear en la conversión de muchas almas; y así luego que descansamos de aquel largo viaje, dispuso el que hiciésemos misión en las cercanías del Puerto de San Blas, repartiéndolo a todos por los pueblos, quedándose él en Tepic con otros compañeros, haciendo misión allí, en cuyo ejercicio nos ocupamos hasta principios de marzo del año de 1768 en que nos embarcamos*³⁸.

*Salimos el día 12 de marzo de dicho año... y, sin haber tenido novedad alguna, el paquebote dio fondo en la rada de Loreto la noche del 1 de abril, que aquel año era Viernes Santo. Al día siguiente, Sábado de Gloria, desembarcamos todos. Antes de repartirnos y caminar cada uno a la misión que le había sido señalada, dispuso el padre Presidente que primero celebrásemos todos juntos los tres días de Pascua con misa cantada a Nuestra Señora de Loreto, patrona de aquella península, en acción de gracias por el viaje de mar y para implorar su patrocinio para el de tierra, que para la mayoría fue de cien leguas (500 kilómetros) y, para otros más*³⁹.

El padre Junípero se quedó en Loreto, que era en ese momento el centro militar, marítimo y religioso de la Baja California, donde residía el gobernador. Había una guarnición de 12 soldados más un capitán y un teniente con unas chozas de barro para 120 indios. Eso era todo.

³⁸ Palóu Francisco, *Relación*, p. 56.

³⁹ Palóu Francisco, *Relación*, p. 57.

Al llegar cada uno a su misión correspondiente, las encontraron devastadas. Después de haber sido abandonadas por los jesuitas expulsados, el gobernador había encomendado su administración, hasta la llegada de los nuevos misioneros, a soldados-comisarios para evitar que los indios las saquearan, pero ellos lo hicieron en su lugar. Vaciaron graneros y bodegas; y algunos de ellos, salvo raras excepciones, se enriquecieron vendiendo carne y comiéndola sin control. En poco más de seis meses, hubo quien mató 600 reses, otro 400 y otro 300. Al llegar los franciscanos, los soldados seguían siendo los administradores económicos y daban una ración a los religiosos. Esto ocasionó graves dificultades prácticas, pues los indios, al ver que los misioneros no tenían autoridad y no podían darles nada, se alejaron de la misión y regresaron a sus rancherías.

Esta fue una de las principales causas de los muchos atrasos y problemas que hubo entre los religiosos y los jefes militares de las misiones y que retardaron la evangelización y colonización.

Al llegar los nuevos misioneros había un total de 7.149 indios, según el censo realizado. Las sequías eran frecuentes y las plagas de langosta devastadoras. La tierra era pobre y montañosa, sin árboles y sin agua en la mayor parte. Los indios vivían únicamente de la caza, pesca y recolectar semillas de los árboles. Eran nómadas por naturaleza. El menú comprendía cosas como raíces, hierbas, simientes, pájaros, lechuzas, serpientes, murciélagos, hojas de nogal y ciertos tipos de madera comestible.

Los hombres iban completamente desnudos, mientras que las mujeres llevaban vestidos hechos de fibras o de pieles. No tenían casas. Vivían al aire libre día y noche o se refugiaban en cuevas de la montaña en el mal tiempo; otros excavaban agujeros de varios pies de profundidad para meterse o levantaban enramadas. Eran tipos de buena presencia, ágiles y sin miedo. Eran conversadores y con sentido del humor y muy aficionados a la burla. No tenían religión propiamente organizada.

Al dispersarse por sus rancherías y alejarse de las misiones habían perdido mucho de lo que habían ganado con los jesuitas, y habían vuelto a sus antiguas costumbres y modo de vivir. De todos modos es preciso enaltecer la labor de los jesuitas.

Ellos habían sido los exploradores y colonizadores de la península de Baja California. Ellos la conquistaron para Cristo y para México sin expediciones militares y sin costo para el erario público. Uno de sus más gloriosos miembros fue el padre José Kino (1654-1711), matemático, cosmógrafo, explorador y,

sobre todo, misionero audaz y emprendedor que llegó a la Baja California en 1697, después de haber trabajado entre los indios de Sonora, que le tenían verdadero amor. Según decían, él valía más que mil soldados para contener a los indios. Él participó en más de 40 expediciones en Sonora, Sinaloa, Arizona y Baja California. Fundó 20 misiones y en la actualidad su estatua se halla en el Capitolio de Washington, representando al Estado de Arizona, entre los fundadores de la patria norteamericana.

Los jesuitas estuvieron misionando en la Baja California durante 70 años y fundaron y mantuvieron 16 misiones. Ellos unieron material y espiritualmente a México con la península de la Baja California. Ellos llevaron a los indios la fe y el idioma, la cultura y los bienes de la vida civilizada. Abrieron caminos, poblaron de ganado el desierto, plantaron trigo, maíz, olivos, vides; establecieron telares, vistieron y alimentaron a los indios, crearon pueblos, erigieron iglesias, construyeron presas y canales, y exploraron mares y costas ¡Bendita sea su memoria!

Algo muy importante que hicieron fue la Fundación Pía, organización económica para ayudar a las misiones por parte de particulares y así no tener que depender en todo del erario real. Este fondo llegó a reunir un millón doscientos mil pesos, cuyos intereses iban a parar a las misiones. Los franciscanos, sucesores de los jesuitas, pudieron disponer de ese dinero. En tiempo de la independencia, el gobierno mexicano dilapidó el capital e intereses, pero todavía en 1902 la corte internacional de La Haya discutía a quién le correspondía el dinero, si a Estados Unidos (que había ocupado las regiones de la Alta California y otros lugares de Texas) o a México.

ALTA CALIFORNIA

A los pocos días de llegar a sus destinos los nuevos misioneros de Baja California, el visitador general José Gálvez recibió órdenes de Madrid de tomar medidas urgentes para frenar la expansión rusa por las costas del Pacífico. Se tenían noticias de haber visto naves rusas por la California Norte. Este fue el detonante político para la gran empresa misionera de fray Junípero, que dejará huella en la historia universal. Si Rusia no hubiera amenazado con apoderarse de los puertos del Pacífico Norte, pues tenían factorías en Alaska y en algunos puntos de Norte de Canadá, quizás nunca se hubiese preocupado España de fundar misiones y evangelizar a los indígenas de la Alta California; pero Dios se sirvió de la política para llevar el mensaje del Evangelio a aquellos pueblos.

Gálvez fue el impulsor de esta gran empresa de la conquista material y espiritual de la Alta California, pero quien animó el proyecto y lo defendió,

cuando parecía que todo iba a terminar en un fracaso, fue fray Junípero, que siempre confiaba en la providencia de Dios. Gálvez le comunicó sus proyectos al padre Junípero y él se ofreció, comenzando a visitar a los misioneros para animarlos en esta empresa.

Gálvez por su parte también comenzó a recorrer las misiones y se dio cuenta de que estaban en malas condiciones económicas y debía traer víveres y conseguir ganado para las expediciones por tierra o por mar con el fin de poblar las regiones en que se fundarían nuevas misiones y pueblos.

Tanto Junípero como Gálvez se reunieron para estudiar las expediciones. Decidieron organizar cuatro expediciones: dos marítimas y dos terrestres; y que se fundarían tres misiones: una en San Diego, otra en Monterrey con el nombre de San Carlos en honor del rey y del Virrey, y la tercera con el título de San Buenaventura entre ambos puertos. Una vez decidido todo sobre el papel, comenzaron los preparativos. Hacían falta vituallas, herramientas, carpas, útiles de labranza, animales de carga, campanas, armas, regalos para los indígenas... El mismo Gálvez ayudó a los padres Junípero y Parrón a encajonar los ornamentos y vasos sagrados; y decía en una carta con buen humor que era mejor sacristán que el padre Junípero. Ambos con sus esfuerzos estaban escribiendo una página de oro en el libro de la historia universal.

En los barcos se colocaron cañones grandes y chicos, cajas de pólvora, tinajas de aceite y aguardiente, cubas de vino, costales de harina y frejoles, montones de carne acecinada y galletas, semillas, esquejes de árboles frutales.

La partida se fijó para el 9 de enero de 1769. Fray Junípero preparó a todos con la confesión y comunión, celebró la misa en honor de san José, a quien nombró patrono de la expedición y procedió a bendecir el barco y las banderas.

El día siete (de abril de 1769) tomé mi camino de madrugada hacia la siguiente (misión) de Guadalupe. Anduve todo el día con menos de una poca demora que hice al mediodía para tomar un bocado y descansar. Al entrar la noche, llegué a un paraje del Cardón donde dormí en campo raso. Allí me hallé con unas diez familias de indios, hombres y mujeres, niños y niñas, y, preguntándoles la causa de estar allí, me dijeron con mucho dolor ser de la misión de Guadalupe y no de alguna rancharía; y que el padre, por falta de alimentos, se había visto obligado a despedirlos a los montes a buscar comida y que, como no estaban acostumbrados, no se amañaban bien. Era mucho su trabajo, principalmente de ver padecer y oír llorar a los chicuelos. Compadecíme bastante... y se hizo una olla de atole bueno, que fue para las mujeres y niños; y después se volvió a repetir la diligencia, llenándola por segunda vez para los hombres, con que quedaron consolados y más cuando les

*dije que se encaminasen a su misión que ya al padre le iba maíz por mar en la canoa de Mulegé. Me eché a descansar y ellos a rezar juntos y concluyeron cantando una letra del amor de Dios muy tierna y, como los de aquella misión con razón tienen la fama de cantar con especial dulzura y habilidad, tuve, con oírles, un buen rato de consuelo*⁴⁰.

CUARTA PARTE FUNDADOR DE MISIONES

MISIÓN DE VELICATÁ

La primera misión establecida fue en el lugar llamado por los naturales Velicatá. Se fundó el 14 de mayo de 1769. *Los mozos, soldados y arrieros comenzaron (la víspera) a limpiar la pieza que había de servir de iglesia interina, y a adornarla según la posibilidad que había: colgaron las campanas y formaron una gran cruz. El día siguiente se bendijo agua y con ella el cirio y la capilla e inmediatamente la santa Cruz, la que, habiendo sido adorada por todos, fue enarbolada y fijada en el frente de la capilla. Se nombró por patrono de ella y de la misión al santo rey de Castilla y León San Fernando. Y, habiendo cantado la primera misa, hizo fray Junípero una fervorosa plática de la venida del Espíritu Santo. Se cantó el “Veni Creator Spiritus” (Ven Espíritu Creador), supliendo la falta de órgano y demás instrumentos músicos los continuos tiros de la tropa, que disparó durante la función. El humo de la pólvora suplió al del incienso que no tenían... Habiéndose mantenido allí fray Junípero tres días, quiso el Señor enseñarle una cuadrilla de gentiles que en breve tiempo recibieron el bautismo, causándole grande regocijo*⁴¹.

Junípero escribió en su Diario: *Acabadas las dos misas, me avisaron que venían ya cerca gentiles. Alabé al Señor, besé la tierra, dando a su Majestad gracias de que después de tantos años de desearlos me concedía ya verme entre ellos, en su tierra. Salí prontamente y me hallé con doce de ellos, todos varones y grandes, a excepción de dos que eran muchachos, uno de diez y otros de dieciséis... Iban enteramente desnudos... A todos, uno por uno, puse manos sobre sus cabezas en señal de cariño. Les llené ambas manos de higos pasos que luego comenzaron a comer, y nos presentaron una red de mescales y cuatro peces más que medianos y hermosos; aunque, como no tuvieron la advertencia de destriparlos y mucho menos salarlos, dijo el cocinero que ya no servían... Yo,*

⁴⁰ Diario en *Escritos*, tomo 1, p. 158.

⁴¹ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 70-71.

*con el intérprete, les hice saber que echasen la voz de que no había que tener miedo ni recelos y que el padre sería muy su amigo... Que ellos no hurtasen de las reses que iban por el campo, sino que en teniendo necesidad viniesen a pedir al padre Campa y les daría siempre lo que pudiese*⁴².

VIAJE A SAN DIEGO

*Al día siguiente, 15 de mayo, hicieron una jornada de tres leguas (15 kilómetros) camino de San Diego y su pierna se le hinchó de tal manera que no podía caminar ni tenerse en pie. El día 18 ni pudo subir al altar para celebrar misa, pero el 19 estaba completamente bien. ¿Qué había pasado? El gobernador, al ver su estado y que no podía seguir la expedición, le pidió que se regresara a Velicatá. Pero él le respondió: “No hable usted de esto, porque yo confío en Dios que me ha de dar fuerzas para llegar a San Diego, como me las ha dado para venir hasta aquí y, en caso de no convenir, me conformo con su santísima voluntad. Aunque muera por el camino, no vuelvo atrás, ya me enterrarán y quedaré gustoso entre los gentiles, si es la voluntad de Dios”*⁴³.

El gobernador mandó que le hicieran una parihuela para que, acostado, así lo llevasen cargado los indios neófitos, pero esto lo contristó por el gran trabajo que esto ocasionaría a los indios y le pidió a Dios que le diese una mejoría. *Aquella tarde llamó al arriero Juan Antonio Coronel y le dijo:*

- *Hijo, ¿no sabrás hacerme un remedio para la llaga de mi pie y pierna?*
- *Padre, ¿qué remedio voy a saber? ¿Acaso soy cirujano? Sólo he curado las mataduras de las bestias.*
- *Pues hijo, haz cuenta que yo soy una bestia y que esta llaga es una matadura de que ha resultado la hinchazón de la pierna. Los dolores son tan grandes que no me dejan dormir. Hazme el mismo medicamento que aplicarías a una bestia.*
- *Sonriéndose, el arriero y todos los que lo oyeron, le respondió:*
- *Lo haré, padre, por darle gusto.*

Y trayendo un poco de sebo, lo machacó entre dos piedras, mezclándole las yerbas del campo que halló a mano y, habiéndolo frito, le untó el pie y

⁴² Diario en *Escritos*, tomo 1, p. 173.

⁴³ Palóu Francisco, *Relación*, p. 73.

*pierna, dejándole puesto en la llaga el emplasto. Y obró Dios de tal suerte que se quedó dormido aquella noche hasta el amanecer, que despertó tan aliviado de sus dolores y llaga que se levantó a rezar maitines y Prima como tenía por costumbre y, concluido el rezo, dijo la misa como si no hubiera padecido tal accidente. Quedaron admirados así el gobernador como los demás de la tropa, al ver en el padre tan repentina salud y alientos para seguir la expedición, sin que por su causa hubiese la más mínima demora*⁴⁴.

El 18 de mayo escribía fray Junípero: *Tuve un gran consuelo con carta que me llegó de Velicatá, en que me hacía saber el padre de aquella misión que el mismo capitán gentil, que yo había visto y agasajado con su once más, había ya ido con mayor número de hombres, mujeres, niños y niñas, todos en número de 44, ya que todos pedían el santo bautismo y que aquel mismo día habían entrado en instrucción. Me alegré infinito y le escribí en respuesta al padre mil enhorabuenas. Le supliqué que, capitán tan honrado, fuese el primero que se bautizase y se llamase Francisco, en reverencia de nuestro seráfico padre, de cuya intercesión píamente creí provenir aquella feliz novedad, como cumplimiento de la palabra que le tiene dada Dios Nuestro Señor en estos últimos siglos (según afirma la venerable Madre María de Jesús Ágreda) de que los gentiles, con sólo la vista de sus hijos, se han de convertir a nuestra santa fe católica*⁴⁵.

El 21 de mayo, después de la misa en honor de la Santísima Trinidad, la expedición, con más de 70 personas y unos 200 animales, se puso en marcha. Iban a lo desconocido sin más guías que el astrolabio y alguna indicación de los indios. Caminaban de tres a cinco horas diarias, unos 20 kilómetros por día.

Tuvieron que ser muy precavidos, pues debieron pasar por tribus hostiles. También en el camino desertaron varios de los indios amigos de la Baja California, temerosos de que los dejaran para siempre en San Diego. Escribe fray Junípero: *El 25 de mayo se asomaron desde un montecito tres gentiles. Enviamos dos indios de la comitiva para que los convidasen, que éramos sus amigos, pero huyeron y nada se logró.*

El 26 de mayo se volvieron a atisbar dos gentiles y nuestros indios, más advertidos que ayer, les fueron con cautela para que no se les escapasen y, aunque se les escapó uno de entre las manos, el otro lo amarraron fuertemente con un cabestro de cerdas y todo fue menester, pues aún así se defendía para que no lo trajesen. Me lo pusieron delante e hincándolo de rodillas le puse las manos sobre la cabeza y recé el evangelio de San Juan, lo persigné y lo desamarré. Él

⁴⁴ Ib. pp. 73-74.

⁴⁵ Diario en *Escritos*, tomo 1, p. 173.

estaba asustadísimo y muy turbado... Preguntado por su nombre, dijo llamarse Axajuí. Pusímosle delante a nuestro Axajuí, higos pasos, carne y tortilla para que comiese. Algo comió, pero poco siempre, con su turbación, y tomando con la mano un puñado de polvo y, encaminándose a la boca, dijo “pinole”. Nos admiramos de dónde sabría de pinole. Se le sacó un jarro de él en polvo, tomó un poco y parece que no le gustó. Se le hizo otro jarro desleído en agua, que se sorbió todo... Dijo que venía enviado de su capitán para que nos espíase para que al salir del camino adelante, dicho capitán con su ranchería y otros cuatro con las suyas, que ya todos estaban convocados, escondiéndose tras de unas peñas, saliesen a matar al padre y su comitiva, aunque fuesen muchos. Le perdonamos muy gustosos sus tales intenciones y, bien regalado, lo despachamos a que contase a su gente el cómo lo habíamos tratado y lo que habíamos dicho y que viniesen a verse con nosotros, pero ninguno llegó; aunque esta tarde se han divisado algunos en la misma cumbre...

El 28 los gentiles parece quisieron mostrar verídica la declaración de Axajuí, pues nos iban siguiendo por los cerros de la contra-costa, de suerte que en toda la jornada veíamos continuamente gran enjambre de ellos, siguiendo por dichas eminencias nuestro rumbo... Los soldados se pusieron sus cueras y ellos y los arrieros, manos a las armas. Todo el mundo abría todo el ojo, pero el enemigo no apareció...

Para templar el disgusto nos deparó Dios prontamente otros de muy distintos modales... Les envié su regalo de higos y carne con recaudo de que podían seguramente llegarse a saludarnos a todos, que éramos sus amigos... Bajaron con sus redes de mescales aderezados y todas sus armas. Y poniéndolas en el suelo, nos empezaron a explicar una por una el uso de ellas en sus batallas. Hacían todos los papeles, así del heridor como del herido, tan al vivo y con tanta gracia que tuvimos un bello rato de recreación... Entre estas fiestas se aparecieron dos mujeres... La una más moza, que dijeron ser la mujer del capitán, traía sobre su cabeza el regalo para mí nunca visto, que era una gran torta de cosa como amasada, pero llena de unas gruesas hebras. Yo que fui a ponerle las manos sobre la cabeza, me dejó en ellas el amasijo; y luego ella y su marido me empezaron a explicar cómo se comía. La vieja hablaba también a gritos más que todos... Al capitán le dimos con que pudiese regalar a su mujer y a todos su agasajo; y lo despedimos y se fueron obedientes y contentos, pero diciendo que querían pasar con nosotros adelante y seguirnos como amigos⁴⁶.

En la jornada de hoy (19 de junio) un criado del gobernador, de nación genovés, y de oficio, cocinero, ha mostrado el valor de su espada, atravesando con ella una burra por entre las nalgas, dejándola muerta a su pies, porque se le

⁴⁶ Diario en *Escritos*, tomo 1, pp. 179-183.

*ponía delante y retardaba el andar de su cabalgadura. Y certificado el gobernador por testigos de vista y confesión del reo del burricidio, le privó del oficio, mandó quitarle las armas, lo condenó a seguir la expedición a pie y a que pague la burra cuatro veces, esto es, en 40 pesos. Aquí una yegua parió una hermosa mulita y, considerando que el tierno animal no podría seguir a los demás, se adjudicó a los indios, quienes prontamente la desollaron y, puesta en pedazos a la lumbre, empezaron a regalarse con sus frescas y tiernas carnes*⁴⁷.

El día 23 de junio... vimos una numerosa ranchería de gentiles con quienes hemos estado con sumo gusto. Su bello talle, porte, afabilidad y alegría nos han enamorado a todos. Nos han regalado pescado y almejas, han ido con sus canoítas a pescar a propósito para nosotros, nos han bailado a su modo y nos decían que durmiésemos aquí dos noches. Cuanto les decíamos en castellano nos lo repetían con toda claridad. A fin, todos los gentiles nos han cuadrado, pero estos en especial me han robado el corazón... Las mujeres van honestamente cubiertas, pero los hombres, desnudos como todos. Traen su cárcaj en los hombros como suelen pintarlos; en su cabeza los más traen su género de corona de piel de nutria o de otra de pelo fino. Su cabello, cortado en forma de peluquín y embarrado de blanco, verdaderamente con aseo. Dios les dé el del alma.

*El día 24, después de la misa, los soldados y gentiles estuvieron cambalachando pañitos blancos, que sumamente apetecen, con varias sartas de pescados frescos, en que bien demostraron no ser nada bobos; porque, si el trapo era chico, también eran menos los pescados que daban por él, sin que contra esto valiesen replicas ni regateos; y, si el paño era la mitad mayor, le correspondían con doblada cantidad de pescado*⁴⁸.

El día 26, a más de innumerables hombres, se me sentó en rueda gran número de mujeres y niños y a una le dio la gana de que le tuviese un rato en mis brazos su niño de pecho y así lo tuve con buenas ganas de bautizarlo hasta que se lo devolví. Yo a todos los persigno y santiguo, les hago decir “Jesús y María”, les doy lo que puedo, los acaricio como mejor puedo, y así vamos pasando, ya que por ahora no hay forma de mayor labor. Lo que a estos pobres se les puede tener de recelo y obligar a ir con alguna cautela entre ellos es la suma ansia que tienen por cosa de ropa o cualquiera friolera que imaginen conducente para su adorno. Comida poco la apetecen porque están hartos y, como tales, gordos... Por cosa de pañitos o cualquier trapo, son capaces de salir de sus casillas, como suele decirse, y atropellar con todo. Cuando les doy de comer me suelen decir con bien claras señas que aquello no, sino que les dé el santo hábito, que me

⁴⁷ Diario en *Escritos*, tomo 1, p. 203.

⁴⁸ Diario en *Escritos*, tomo 1, p. 206.

*cogen de la manga. Si a todos los que me han propuesto esta su vocación, lo hubiera concedido, ya tendría una comunidad grande de gentiles frailes*⁴⁹.

*El 27 salimos de buena mañana... Fue una jornada por la orilla del mar... Se nos fueron juntando más y más gentiles, hombres, mujeres y niñas hasta un grandísimo número que no conté. Su afabilidad ya declinaba en llaneza porque, si en muestra de cariño se les ponía la mano sobre la cabeza o espalda, ellos iban a hacer lo mismo con nosotros y, si nos veían sentados, allí se nos sentaban pegados. Siempre con el deseo de que se les diese cuanto veían sin pararse en poquedades. A mí me pedían el hábito, al gobernador la cuera, chupa, calzones y cuanto traía puesto; y así a los demás. A mí me molestaron bastante para que les diese los anteojos. A uno, cuyas acciones me pareció que sólo significaban el que se los presentase para ver lo que era aquello, se lo solté y sabe Dios lo que me costó el volverlos a recobrar, porque se escapó con ellos. En fin, con mil trabajos los recobré después de haber allá andado en manos de las mujeres y de quienes se les antojó*⁵⁰.

*El 30 de julio llegamos a una ranchería muy populosa de gentiles y, aunque por lo cansados, ya nos inclinábamos a ir allá, pero informados del sargento de ser insolentes, ya que por el interés de la ropa que le veían vestida le provocaron a él y a su compañero con mujeres y a que durmiese allá, y porque se resistieron se vieron en gran peligro y les fue preciso darles los trapos que tenían sueltos como servilleta y pañitos, etc. Por eso y para poder llegar más descansadamente a San Diego al día siguiente, pasamos adelante con ánimo de llegar a otra ranchería*⁵¹.

MISIÓN DE SAN DIEGO

El 1 de julio de 1769, después de cuarenta días de viaje, llegaron al puerto de San Diego. Allí se encontraron las cuatro expediciones y fue un gran acontecimiento y una gran alegría para todos. Allí estaban también los padres Juan Crespí, Fernando Parrón, Juan González Vizcaíno y Francisco Gómez. Pero su gozo se vio entristecido por malas noticias.

Del barco *San Antonio* habían perecido ocho marineros. El *San José* había naufragado con todos sus pasajeros y carga. La tripulación del *San Carlos* sufrió mucho.

⁴⁹ Diario en *Escritos*, tomo 1, p. 209.

⁵⁰ Ib. p. 211.

⁵¹ Diario en *Escritos*, tomo 1, p. 214.

El problema había sido que no encontraban el puerto de San Diego, creyendo que estaba a la altura de 33 a 34 grados, cuando en realidad estaba en los 32 grados y 34 minutos. Por ello les faltó el agua y arribaron a una isla para conseguirla, pero era tan mala que todos se enfermaron de escorbuto.

Murieron todos los de la tripulación menos un cocinero y un marinero. Y de los 25 soldados, murieron tres y los demás estaban muy enfermos, de modo que tuvieron que ser atendidos por los misioneros en tierra hasta su recuperación.

El 16 de julio, en un cerro frente al puerto, el padre Junípero plantó una gran cruz y cantó la misa, ayudado por los padres Parró y Vizcaíno. Así quedó fundada la misión de San Diego, que más parecía un gran hospital, pues en total había 35 soldados enfermos.

Los indios de esos lugares eran intrépidos y más altos que los de la Baja California. Eran inteligentes y hábiles comerciantes, pero suspicaces, pérfidos, avariciosos y muy dados al robo. Los hombres iban desnudos, pero las mujeres iban cubiertas con mandiles hechos de hojas, o de pieles de ciervo o de foca. Tanto hombres como mujeres mostraban la cara pintada y los varones llevaban taladrados los lóbulos de las orejas. Vivían en chozas primitivas hechas de arbustos y cañas. No sabían escribir y practicaban cierta forma de idolatría con relación al sol y a la luna, y con ciertos seres que suponían vivían en el cielo.

Alrededor de San Diego había unos 20 poblados indios y las guerra eran frecuentes entre ellos. Cada poblado era gobernado por un jefe que tenía una sola esposa, pero que la despedía a voluntad para conseguirse otra. Quemaban los cuerpos de los difuntos y todo lo que era suyo para olvidar su memoria. Tenían hechiceros o curanderos que fingían curar, chupando las partes afectadas y extrayendo objetos de su propia boca, como si los sacasen de la herida o llaga.

Los indios comenzaron a visitar la misión. Los padres regalaban algunas chucherías de su gusto, pero empezaron a robar. Molestaban a los soldados enfermos en sus lechos y se burlaban de ellos. Remedaban las armas de fuego disparadas al aire para alejarlos, pero su insolencia aumentaba cada día. Una noche fueron sorprendidos cortando la tela de una vela del *San Carlos*. Después de un mes, estos indios se volvieron obstinados y se empezaron a cansar de la presencia de los españoles, decidiendo asaltarlos para robarles todo.

En una carta que escribió al padre Andrés, Superior del Colegio San Fernando, le decía: *Los indios, a quienes al principio se consintió por los soldados cualquier llaneza (confianza), viéndonos tan pocos, tantos que continuamente enterrábamos y tanto número postrado en cama, el día de la Asunción (15 de agosto de 1769), pensaron poder fácilmente acabar con*

*nosotros; principalmente, cuando de los pocos vieron salir cuatro para la playa que iban a remudar escolta... Entraron de golpe y los cuatro soldados que había tomaron las armas. Se rompió la guerra y hubo heridos de los nuestros y de los suyos, pero quien llevó más recio golpe fue un mozo español... al primer tiro se me entró en mi enramadita, derramando tanta sangre de las sienas y boca que, al poco rato de haberlo absuelto y auxiliado a bien morir, murió a mis pies, ahogado en su sangre... Sólo cuatro hombres dispararon de los nuestros y de ellos más de veinte. Yo me estaba con el difunto, considerando muy factible el acompañarlo, pero pidiendo a Dios que sin pérdida de alma alguna quedase el triunfo por la fe católica. Así fue gracias a Dios. A más del difunto, quedaron heridos el padre Vizcaíno, un herrero de Guadalajara y un indio cristiano*⁵².

A los pocos días vinieron los indios a pedir paz y que atendieran a sus heridos. El doctor Prat, que aún estaba convaleciente, los curó a todos. A los indios les conmovió ver que no les guardaban rencor y, a partir de ese momento, se presentaron a la misión sin armas. Sus mujeres procuraron a su manera completar la reconciliación. Al ver en la capilla el pendón que representaba a la Virgen con el Niño Jesús, pensaron que la Virgen demacrada, carecía de leche para criar a su hijo y pensaron en suplirla. Entonces, varias indias, metiendo sus abultados senos por entre los barrotes de la puerta de la capilla, pedían con insistencia que le trajeran al Niño Jesús para amamantarlo.

Un día, fray Junípero recibió un gran desplante. Vino un grupo de indios para que bautizaran a una niña. El cabo de coraceros iba a ser el padrino. Sus padres estaban de acuerdo, pero, al momento de echarle el agua bautismal, la niña se puso a gritar y sus padres agarraron a la niña y huyeron veloces, dejando a fray Junípero con el bautismo a medias. Era el primer bautismo que iba a hacer en San Diego. Para él fue un sentimiento de dolor, que se le notaba en el rostro. Para empeorar las cosas, él se enfermó de escorbuto y pasaba mucho frío. Escribió al Colegio de San Fernando para que le enviaran dos túnicas interiores, pues se helaba y tiritaba de frío. Sin embargo, todo lo ofrecía por la salvación de los indígenas. Felizmente, poco a poco, se normalizó la situación y pudo ver con el tiempo en la misión de San Diego a 1.046 bautizados.

La expedición de Portolá, que había ido a reconocer el puerto de Monterrey, regresó sin pérdida de vidas el 24 de enero de 1770, aunque habían padecido mucha hambre y debieron comerse varias mulas. No habían encontrado el puerto de Monterrey y creyeron que no existía. Portolá, como jefe militar de la expedición, haciendo recuento de los víveres que tenía en San Diego para las

⁵² Carta al padre Juan Andrés del Colegio San Fernando, San Diego a 10 de febrero de 1770; *Escritos*, tomo 1, pp. 236-237.

cien personas, decidió que, si para el día 14 de marzo no llegaban víveres, abandonarían la misión de San Diego

Fray Junípero sólo le rogó que esperara hasta el día 19, fiesta de san José, diciéndole: *Confío en que el patrono de la expedición no nos abandonará*. Así se decidió. A medida que pasaban los días, se perdían las esperanzas de continuar en la misión. Empezaron a empaquetar las cosas, pero fray Junípero ya había tomado una decisión heroica: quedarse con el padre Crespi, aunque no tuvieran que comer. Así se lo escribió al padre Andrés del Colegio San Fernando de México: *Yo pido a Vuestra reverencia la santa bendición y licencia para andar por estas tierras, a la providencia del Altísimo, cuando faltan las humanas providencias y, para mi compañero, el padre Crespi, que supongo no se apartará de mi lado hasta que Dios disponga otra cosa*⁵³.

Nadie conocía esa decisión excepto el jefe militar, Portolá. El 9 de marzo comenzaron una novena preparatoria para la fiesta de san José. En la mañana del 19 cantó la misa solemne y predicó. Y, al atardecer, cuando ya parecía perdida toda esperanza, vieron al barco *San Antonio*, cargado hasta el tope de víveres, dando así esperanza a todos de que ya no abandonarían la misión. El barco entró al puerto de San Diego el día 24 por ciertas dificultades, pero todos entendieron que san José había hecho el milagro de salvar la misión. El padre Junípero, en agradecimiento, durante toda su vida celebró la fiesta de san José con misa cantada todos los 19 de cada mes.

MISIÓN DE SAN CARLOS DE MONTERREY

Una vez establecida la misión de San Diego sin problemas, se decidió la fundación de Monterrey, cuyo puerto aún no había sido encontrado, pero se conocía por haber sido descubierto por el navegante Sebastián Vizcaíno en 1603.

El padre Junípero embarcó en el *San Antonio* y encontraron el puerto el 31 de mayo, mientras la expedición de tierra lo había hecho el 24 del mismo mes del año 1770.

El padre Serra escribió sobre este gran acontecimiento: *El viaje fue penosillo... Duró mes y medio cabales, y el 31 de mayo (de 1770) entramos y dimos fondo en nuestro pleiteado puerto, sin duda de ser en sustancia y circunstancias el mismo invariado, que fondearon los antepasados españoles el año 1603... Cíté a todos para el día del tercer domingo, Pascua del Pentecostés,*

⁵³ Carta al padre Andrés del Colegio San Fernando, San Diego, el 10 de febrero de 1770; *Escritos*, tomo 1, p. 238.

para la función de primera misa y erección del Santísimo estandarte de la cruz en esta tierra y quedamos en uno convenidos.

Llegó el día, se formó la capilla y el altar, junto a la misma barranquita y encino, cerca a la playa, donde se dice haberse celebrado en los principios de la centuria pasada. Veníamos a un mismo tiempo al paraje por distintos rumbos los de mar y los de tierra, nosotros cantando en la lancha las divinas alabanzas y los señores de tierra en sus corazones.

Llegados y recibidos con repiques de las campanas colgadas del encino, dispuesto todo lo necesario, habiéndome revestido de alba y estola, hincado con todos ante el altar, entoné el himno “Veni Creator Spiritus”, el cual concluido, e invocada por este medio la asistencia del divino Espíritu para cuanto íbamos a ejecutar, bendije sal y agua, y nos encaminamos todos a una cruz grande prevenida, y tendida en el suelo, la que entre todos levantamos, canté la bendición, la fijamos, y adoramos todos con ternura de nuestros corazones, rocié con agua bendita aquellos campos, y levantando así el estandarte del Rey del cielo, se erigieron los de nuestro católico monarca, celebrándose uno y otro con altas voces de ¡Viva la Fe! ¡Viva el Rey!, que acompañaban repiques de campanas y tiros de fusilería, y cañones del barco.

Y concluido comencé la misa cantada, que llevó desde el evangelio su sermón y toda fue muy acompañada de cañonazos. Concluida y depuesta la casulla, cantamos todos la Salve en romance ante la bellísima imagen de Nuestra Señora, que ocupaba el altar y la dio el Ilustrísimo señor visitador general para esta función “cum onere” (con cargo) de devolvérsela después, como lo haré así que marche el barco.

Y para conclusión, puesto en pie, entoné el “Te Deum Laudamus”, que pausada y solemnemente seguimos hasta su fin, que se dio con los versos y oraciones de la Santísima Trinidad, de Nuestra Señora, del santísimo san José, patrón de la expedición y de san Carlos, que lo es de este puerto, presidio y misión.

A Dios sean dadas las gracias por todo, que mientras yo las daba (dejadas ya las vestiduras sagradas) de la misa de aquel día, los señores oficiales hicieron el acto y auto de posesión de aquella tierra en nombre de su majestad católica, levantando y tremolando de nuevo el real estandarte, arrancando yerbas, removiendo piedras, y demás ceremonias del derecho, todo

*acompañado de sus vítores, repiques, tiros etc., y con esto, y comer después todos juntos en la playa, se concluyó la función*⁵⁴.

Después de la fundación de la misión en Monterrey, se dio cuenta fray Junípero de que, aunque el puerto era importante para las relaciones comerciales y que el presidio (fortín militar) estaba bien allí, la misión debía ser trasladada un poco más lejos. Escribe a su Superior de México: *No hay ranchería alguna (de indios) en las inmediaciones de este puerto, circunstancia por la que reconocemos especial dificultad en ellos para avecindarse acá. Puede que sea preciso, dejando acá el presidio, mudar con alguna escolta la misión hacia las cercanías del Carmelo a dos leguas cortas al sur; paraje deliciosísimo y capaz por la mucha y excelente tierra y agua para rendir abundantísimas cosechas*⁵⁵.

El día 14 de junio, fiesta de Corpus Christi, el alma de fray Junípero manifestó todo su fervor y agradecimiento al Rey de los cielos y tierra que se hace nuestro amigo cercano en la Eucaristía. Ese día, en la capilla provisional, los marineros alzaron estandartes de varios santos; cerca del altar colocaron seis faroles adornados, mientras dos estaban cerca de la custodia para la procesión. *La hermosa imagen de María Santísima (que pertenece a Vuestra Señoría Ilustrísima) ocupaba el lugar medio, sobre la custodia de su Santísimo Hijo, y quedó la Señora guardando la iglesia, mientras yo andaba paseando por estas tierras incultas, su Santísimo Hijo sacramentado en mis indignas manos*⁵⁶.

La fundación de la misión de Monterrey significaba una gran paso de España en la Alta California para asentar allí sus dominios, que se extendieron desde Velicatá unos 1.500 kilómetros hacia el norte. Pero todavía eran los comienzos de la evangelización y colonización. En Monterrey había 40 españoles, incluyendo a los dos franciscanos, y algunos indios de la Baja California. En San Diego sólo había 23. Las expediciones hasta Monterrey habían costado el precio de 150 muertos y la desaparición del barco *San José*, aparte de la sublevación india.

Cuando llegaron los españoles a Monterrey, vieron que la cruz que habían colocado en la primera expedición, estaba rodeada de flechas y con plumas de colores hincadas en tierra y una sarta de sardinas todavía medio frescas, colgadas de una vara al lado de la cruz y otra con un trozo de carne y un montoncito de almejas. Cuando los recién bautizados pudieron expresarse en español, explicaron que la primera vez que vieron a los españoles advirtieron *que todos traían en el pecho una muy resplandeciente cruz y que, cuando se volvieron de*

⁵⁴ Carta del padre Junípero al padre Andrés desde Monterrey el 12 de junio de 1770; *Escritos*, tomo 1, pp. 249-250.

⁵⁵ Carta al padre Andrés desde Monterrey del 12 de junio de 1770; *Escritos*, tomo 1, p. 251.

⁵⁶ Carta al Visitador general Gálvez desde Monterrey el 2 de julio de 1770; *Escritos*, tomo 1, p. 262.

allí, dejando aquella cruz grande en la playa, fue tanto el temor que se les infundió que no les permitía acercarse a tan sagrada señal, pues la veían llena de lucidos resplandores, cuando, ausentados aquellos (resplandores) con que el Sol ilumina al día, prevalecían las sombras de la noche, advirtiéndola con tales creces que les parecía elevarse hasta la suprema celsitud; pero mirándola de día sin estas circunstancias y en su natural extensión, se arrimaron a ella y procuraron congraciarla para con ellos, para que no les hiciese daño alguno. Y le ofrecían en obsequio aquella carne, pescados y almejas; y, causándoles admiración el ver que no comía, le ofrecieron sus plumajes y flechas en significación de que querían paz con la santa cruz y con las gentes que allí la habían puesto.

Esta declaración la hicieron varios de los indios en distintos tiempos y últimamente en el año 1774, en que volvió de México el padre Presidente (Junípero) ante quien la repitieron sin la menor variación ⁵⁷.

El padre Junípero escribió sobre esto: Hablando a mi Juan Evangelista sobre la señal de los cristianos que en todas partes había visto, que era la santa cruz, le pregunté: ¿Por qué aquella que dejó plantada la primera expedición junto a la playa de Monterrey, cuando volvimos después, encontramos que los gentiles le habían colocado por los brazos sartas de sardinas, raciones de carne, de venado y plumajes y, al pie muchas flechas quebradas? A lo que me respondió que aquello hacían para que no se les enojase, porque le tenían mucho temor, y explicando la causa de éste dijo ser el que los bailadores, que suelen andar de noche, la veían todas las noches que se subía hasta el cielo, y no así oscura como es el palo, sino muy luciente y hermosa y clara como el Sol.

Dijo también que a todos les pareció que aquello era cosa muy buena, aunque no sabían por qué y la estimaban mucho. De esta noticia que en extremo me alegró hice ánimo de informarme con la posible exactitud en llegando acá. Hice la diligencia y, no sólo hallé convenir en ello todos, sino el asegurarme que más sucedía con los santos cristos de pecho de los padres y de las cruces de los rosarios de los soldados...

Otra cosa, según dicen, es que en varias ocasiones vieron bajar del cielo una gran muchedumbre de pajaritos de varios colores, hermosísimos y cuales nunca habían visto, y que salían al encuentro y como a recibir a los nuestros; y que, topándolos, los acompañaba largo rato ⁵⁸.

⁵⁷ Palóu Francisco, *Relación*, p. 106.

⁵⁸ Carta al padre Francisco Palóu desde Monterrey, el 18 de julio de 1774; *Escritos*, tomo 2, pp. 225-226.

PROBLEMAS CON LAS AUTORIDADES

El padre Junípero no sabía cuánto iba a sufrir con los gobernadores militares del lugar, ya que el centro de mando de la Alta California, ya no estaba en Loreto, sino en Monterrey, donde pasaría los siguientes 14 años.

El gobernador Portolá había sido un caballero, muy amigo de los jesuitas, y ayudó mucho a los misioneros en la tarea evangelizadora. Una vez establecida la normalidad en Monterrey, fue nombrado gobernador el joven teniente Pedro Fages, de espíritu mezquino, autoritario y susceptible, que hizo todo lo posible para que no se fundaran nuevas misiones, haciendo la vida imposible a los misioneros, a quienes quería tener a su disposición y obediencia total.

En el informe que los suboficiales enviaron al virrey, decían: *En Monterrey a partir de julio de 1770, nos pegaba, apaleándonos, nos obligaba a comprarle por tres veces su valor los higos y pasas con que comerciaba, obligaba a los enfermos a ir bajo la lluvia a talar árboles y, si protestaban, los dejaba sin cenar. Nos ponía a todos media ración, aunque los víveres se pudrieran en el almacén. Para no perecer de hambre tuvimos que atracarnos de ratas, coyotes, víboras, cuervos y de cuanto se mueve, salvo de escarabajos. Nos convertimos casi todos en herbívoros, comiendo hierba cruda como los caballos*⁵⁹.

A los misioneros les abría la correspondencia para leer lo que venía y lo que enviaban; a veces, ni mandaba las cartas por correo. *Las tiranteces eran casi diarias. Pleitos por la iglesia, por el cementerio, por la cruz del cementerio, porque enterré un difunto un poco más allá de lo que él quería*⁶⁰.

El padre Junípero tuvo que escribirle al virrey: *Con mucho ceño el oficial me vino a reprender: “¿Por qué los padres bautizan a tantos?”. Eso no se debe hacer hasta que los misioneros levanten cosechas. Lo hacía receloso de que le pidiésemos comida para ellos. Pero toda aquella cristiandad le salió barata, porque, a pesar de haber dos barcos bien cargados y anclados en el puerto, no probaron ni una cucharada de pozole ni de atole (gachas de maíz)*⁶¹.

El padre Junípero sufría por verse desautorizado como Superior de los franciscanos de Alta California y por verse paralizado en su proyecto de fundar nuevas misiones. Por allí cerca no había indios y debía vivir junto al presidio del

⁵⁹ Miglioranza Contardo, o.c., p. 180.

⁶⁰ Carta al padre Francisco Palóu desde Monterrey del 21 de junio de 1771; *Escritos*, tomo 2, p. 40.

⁶¹ Miglioranza Contardo, o.c., p. 181.

Gobernador o comandante militar. Sólo logró atraer a algunos indios de los alrededores, que lo llamaban el *anciano padre*, y bautizar a 20 de ellos.

Otro problema que le hizo sufrir mucho fue la enfermedad del padre Juan Crespí. Sufría de escrúpulos, tiritaba de frío, tosía noche y día, padecía de la vista, de dolor de cabeza y de pecho. Y, por ello, deseaba alejarse de aquel lugar, que para él era malsano.

Felizmente el 21 de mayo de 1771 llegó el barco *San Antonio* en el que venían diez nuevos misioneros para fundar nuevas misiones. Había mucha correspondencia. A Fages lo ascendían a capitán con órdenes de ayudar a los misioneros a fundar cinco misiones. El padre Junípero escribía al virrey De Croix: *De los diez religiosos recientemente llegados, seis embarcarán próximamente con Don Pedro Fages en el "San Antonio": dos van a sustituir en San Diego a los padres Gómez y Parrón; los otros cuatro van destinados a San Gabriel y a San Buenaventura. Tan pronto marchen, me ocuparé de trasladar la misión de San Carlos de Monterrey al Carmelo*⁶² *y después partiré a fundar las dos misiones del sur.*

MISIÓN DE SAN ANTONIO

El 7 de julio de 1770 el padre Junípero, con los padres Pieras y Sitjar, acompañado de siete soldados, tres marineros y algunos indios de la Baja California, salieron del Carmelo hacía la sierra Santa Lucía. A las 25 leguas encontraron la cañada de los Robles, por estar muy pobladas de estos árboles. Y allí fundaron el 14 de julio la misión de *San Antonio*. Colgaron las dos campanas en la rama de un árbol y el padre Junípero comenzó a repicarlas con tanto entusiasmo que decía: *Vengan paganos, vengan a la Santa Iglesia, vengan a recibir la fe de Jesucristo.* El padre Pieras le hizo notar que no había ninguno y que era ocioso tocar las campanas, pero el padre Junípero contestó: *Déjeme, padre, explayar mi corazón. Yo quisiera que esta campana la oyese todo el mundo o, al menos, que la oyesen los indios que viven en esta sierra.* Colocaron una gran cruz y celebraron la misa.

Atraído por el sonido de la campana acudió un indio y, al leer el Evangelio y verlo, dijo: *Espero en Dios y en el patrocinio de san Antonio que esta misión ha de ser un gran pueblo de muchos cristianos. En ninguna otra misión se vio que asistiese la primicia del paganismo y éste no dejará de comunicar a los otros lo que ha visto*⁶³.

⁶² Fue trasladada el 24 de agosto de 1771.

⁶³ Miglioranza Contardo, o.c., p. 186.

Junípero lo acarició y agasajó y esa misma tarde comenzaron a venir otros, intercambiando regalos. Los misioneros se preocuparon de aprender el idioma de los nativos cuanto antes. Fue la única misión que nunca les dio problemas y sí muchos consuelos.

En carta al virrey decía: *Ellos traen el agua y la leña para el gasto de la casa. Las semillas que cosechan por los campos se las llevan a los mismos padres para que se las administren en tiempo de necesidad. Ellos han declarado a los padres en qué parte está la cueva de sus ídolos... El bautismo lo piden con instancia muchísimos. De estos, dándoles una mediana comida y supuesto que no los prevariquen los malos ejemplos y vejámenes de los soldados, en breve se puede esperar una cristiandad numerosa*⁶⁴.

El padre Pieras, en una carta que escribió el 2 de junio desde San Antonio, escribía que un día había bautizado 29 adultos. Escribe Palóu que a los dos años de fundada la misión de San Antonio ya había 158 cristianos. *Entre ellos había una mujer que nombraron Águeda, tan anciana que, según su aspecto, representaba tener de edad cien años. Fue ésta a pedir a los padres el bautismo y, habiéndole preguntado la causa de querer ser cristiana, respondió que, siendo ella de corta edad, oía referir a sus padres la venida a aquellas tierras de un hombre que vestía el mismo hábito que los religiosos y que, acordándose de esto se había movido a ser cristiana. No dando crédito los padres al dicho de la anciana mujer, se informaron de los neófitos y, unánimes todos, respondieron que así lo habían oído decir a sus antepasados, y que era general tradición de unos a otros. Al oír esta noticia me acordé luego de la carta que en el año 1631 escribió la Madre Sor María de Jesús de Ágreda a los misioneros empleados en las espirituales conquistas del Nuevo México en que, entre otras cosas les dice que Nuestro Padre San Francisco llevó a estas naciones del norte a dos religiosos de su Orden para que predicasen la fe de Jesucristo, los cuales no eran españoles, y que, después de haber hecho muchas conversiones, padecieron martirio*⁶⁵.

El padre Pieras, que fue quien bautizó a Águeda, le contó este suceso por carta del 2 de junio desde San Antonio a su Superior del Colegio San Fernando de México. Águeda le dijo que el misionero franciscano había realizado cuatro visitas al Valle de los Robles y que vino solo, descendiendo del cielo. Esto se lo había oído ella a su abuelo, que había visto al padre “volador”. Y lo mismo aseguraban otras mujeres indias que contaban lo mismo.

⁶⁴ Al virrey Bucareli de Ciudad de México, el 21 de mayo de 1773, *Escritos*, tomo 2, p. 122.

⁶⁵ Palóu Francisco, *Relación*, p. 124. Sobre este punto hemos hablado en el capítulo sobre la Madre María de Jesús de Ágreda.

En la misión de Santa Cruz de California, que fue fundada en 1791, también existía la misma tradición, semejante a la de San Antonio. Los padres Marcelino Marquínez y Jaime Escude, al responder un cuestionario el 30 de abril de 1814, declararon que los indios conservaban la tradición de sus antepasados de que en ciertos tiempos pasados una famosa mujer extranjera vino como misionera a estas regiones. Esto parece confirmar el hecho de la predicación apostólica de la venerable María de Jesús de Ágreda en California. Este documento se guarda en los archivos de la misión actual de Santa Bárbara en California.

Otro punto importante de esta misión de San Antonio, que cuenta Palóu, se refiere al año 1780. *Fue tan fuerte la helada que cayó el día primero de Pascua de Resurrección que una gran sementera de trigo, espigado ya todo y en flor, quedó tan seco como el rastrojo por el mes de agosto. Fue este accidente de grande desconsuelo para los indios, y mucho mayor para los padres, considerando los muchos atrasos que se siguen cuando falta el alimento a la misión, pues es preciso vayan los neófitos por los cerros en busca de semillas silvestres para alimentarse como cuando eran gentiles.*

*Avivando la fe los padres y confiando en el patrocinio de san Antonio, convidaron a los cristianos nuevos a hacerle la novena. Asistieron a ella todos con mucha puntualidad y devoción y, al empezarla, mandaron los padres soltar el riego a las heladas milpas, que estaban enteramente secas. Dentro de pocos días, advirtieron que nacía de nuevo o retoñaba desde la raíz el trigo. Y, al acabar la novena estaba ya todo el campo verde. Continuaron el riego y creció con tanta prisa que a los 50 días, en el de Pascua del Espíritu Santo, estaba ya el trigo tan alto como el seco con las espigas floridas y grandes, que granaron y sazonaron por el mismo tiempo que los años anteriores, lográndose una cosecha tan crecida y de grano tan abultado, que jamás habían visto otra semejante*⁶⁶.

MISIÓN DE SAN GABRIEL

El 26 de julio de 1769, mientras la expedición de Portolá descansaba en la ribera oriental del río Santa Ana, sintieron todos que temblaba la tierra. El padre Crespí, que iba en la expedición, llamó a aquel lugar *El dulcísimo nombre de Jesús de los temblores*, pues en un solo día sucedieron cuatro, pero los soldados lo llamaron al lugar Santa Ana y su nombre ha prevalecido. Ése fue el emplazamiento escogido por el padre Junípero para fundar la misión de San Gabriel o San Gabriel de los temblores. El 15 de agosto de 1771, mientras

⁶⁶ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 125-126

buscaban el sitio concreto para construir la misión, un nutrido grupo de indios armados se presentó en son de guerra.

*Con espantosos alaridos pretendían impedir la fundación. Recelando los padres que rompiese la guerra, y se verificasen algunas desgracias, sacó uno de ellos un lienzo con la imagen de Nuestra Señora de los Dolores y lo puso a la vista; pero, no bien lo hubo hecho, cuando rendidos todos con la vista de tan hermosa imagen, arrojaron a tierra sus arcos y flechas, corriendo presurosos los dos capitanes a poner a los pies de la soberana reina los abalorios que al cuello traían, como prendas de su mayor aprecio, manifestando con esta acción la paz que querían con los nuestros. Convocaron a todas las rancherías cercanas y en crecidos grupos de hombres, mujeres y niños, venían a ver a la Santísima Señora, cargados de varias semillas, que dejaban a los pies de la Santísima Señora, entendiéndolo que comía como los demás*⁶⁷.

El padre Junípero escribió sobre esta misión de San Gabriel: *Se fundó y en ella se cantó la primera misa el día de la Natividad de Nuestra Señora, 8 de setiembre de 1771... Las indias, en cuanto les enseñaron los padres una bellísima efigie de María Santísima de buen pincel, quedaron tan embelesadas que no sabían apartarse de su presencia. Iban a sus casas y volvían cargadas con sus semillas y comidas que ofrecían a la santa imagen, dejándolas delante del altar. Y, aunque es fácil discurrir que lo hacían con la vana creencia de que la Virgen Santísima las había de comer, con todo, el ver su afán y demostraciones, causaba ternura y hacía muy creíble que mucho mejor obsequiarían a la gran Señora, cuando a la luz de la fe conociesen su grandeza*⁶⁸.

La Virgen se había convertido así en la evangelizadora de los indios a orillas del río Santa Ana. Esta misión estaba ubicada entre la misión de San Diego y de San Antonio. El lugar había sido bien escogido. Abundaba el agua de riego, había un gran bosque de robles, que proporcionaba abundantes bellotas a los indios y madera para la misión, y abundaban los ciervos y antílopes, conejos, coyotes, zorros, lobos, etc. San Gabriel fue la iglesia madre de donde surgiría con el tiempo la gran ciudad de Los Ángeles o de Nuestra Señora de los Ángeles.

Los indígenas eran cortos de estatura, de caras redondas y andaban desnudos, mientras las mujeres llevaban pieles de ciervo, aros en las orejas y brazaletes en los brazos. Tanto hombres como mujeres llevan el pelo corto. Creían en un Dios supremo y respetaban mucho a los brujos o hechiceros, que

⁶⁷ Palóu Francisco, *Relación*, p. 130.

⁶⁸ Carta al virrey Bucareli desde Ciudad de México el 21 de mayo de 1773, *Escritos*, tomo 2, pp. 124-125.

decían que curaban, provocaban la lluvia, consultaban a los buenos espíritus y recibían sus repuestas. Al búho, precursor de la muerte, jamás lo mataban; al águila calva la respetaban y celebraban una fiesta en su honor.

Todo iba bien. *Pero no duró más que lo que tardó el señor oficial Fages ejercer su dominio sobre aquella tierna planta... Mandó al cabo que no permitiese entrar en la misión más que cinco gentiles. Si venían seis, habían de desechar uno y, si había alguno dentro, aquéllos habían de salir primero, porque no podían estar dentro más de cinco. Como los soldados con las armas en la mano ejecutaban dicha orden, mientras los indios venían sin arma alguna, comenzaron a disgustarse... Con esto y más se iban alborotando los gentiles, pretendiendo entrar por fuerza y como los soldados hacían su oficio con más rigor, cuanto mayor hallaban en los gentiles resistencia, comenzaron éstos a hacer corrillos por los contornos de la misión con indicios de guerra.*

A pocos días, en una salida a recoger el ganado o fuese por defenderlo o por asegurarse de una mujer (que, según se dijo después, parece lo más cierto) mató un soldado con otros al capitán principal de los gentiles y, cortándole la cabeza, la trajeron a la misión en señal de triunfo, estando en ella un hijito de dicho capitán que de antes había entregado a los padres...

No paró en eso la desdicha de aquella pobre misión... Solían salir por la mañana seis o más soldados, o con licencia del cabo o sin ella. Iban a las rancherías, aunque a muchas leguas distantes, y, cuando hombres y mujeres al descubrirlos arrancaban a correr, se valían (según repetidas declaraciones y quejas de los gentiles) de la habilidad que tienen de coger con el cabestro a lazo una vaca o una mula y así lazaban a las indias para cebo de su desenfrenada lujuria. Y por ocasión de procurar defenderlas los indios varones, mataron a balazos a varios.

*De los dos padres el más antiguo en vista de tales desórdenes y que por sus ojos vio a un soldado en actuales manoseos impúdicos con un gentil venido a la misión y que, ni aun los muchachos se libraban de sus torpezas, se llenó de tristeza, cayó en cama y, de consejo de los demás, se retiró a San Diego*⁶⁹.

Por este motivo y por las repetidas deserciones de soldados por el maltrato que les daba el capitán Fages hubo de suspenderse el establecimiento de la misión de San Buenaventura. Felizmente los indios fueron olvidando los agravios y a los dos años había ya 73 bautizados y 13 años más tarde había 1.019.

⁶⁹ Carta al virrey Antonio Bucareli y Ursúa desde Ciudad de México el 21 de mayo de 1773; *Escritos*, tomo 2, pp. 124-127.

MISIÓN DE SAN LUIS OBISPO

Los primeros meses de 1772 fueron muy duros y tristes para el padre Junípero. Debido a los sucesos de San Gabriel, Fages no quiso dar escolta para fundar la misión de San Buenaventura. Ese año los españoles padecieron mucha hambre, porque los barcos que debían llegar con víveres, se retrasaron tres meses por el mal tiempo. Fages tuvo que enviar soldados al valle de los osos para traer carne de oso y paliar un poco el hambre.

El padre Junípero, pensando en la fundación de la misión de San Luis obispo⁷⁰ salió con el padre Cavaller el 22 de agosto de 1772, acompañados del indio Juan Evangelista. Tardaron dos días en llegar a San Antonio desde Monterrey. Allí administró el bautismo a un niño. Fundaron la misión de San Luis obispo el 1 de setiembre de 1772. Esta misión sufrió sucesivamente tres incendios. La primera vez le prendió fuego la flecha inflamada de un indio y las otras dos por causas desconocidas. Para evitar semejantes peligros, los misioneros se las ingeniaron para inventar una techumbre con tejas y así se vieron libres del fuego.

De San Luis obispo llegaron a San Diego. El 11 de octubre, estando en San Diego, Fages le enseñó al padre Junípero una carta del virrey Antonio Bucareli en la que decía que todos debían obedecerle y cumplir sus órdenes. Parece que Fages había enviado una carta al virrey, lamentándose de que los religiosos y, en concreto, el padre Junípero no le obedecía. Como era una acusación muy grave y sin motivos razonables, *por el honor del santo hábito franciscano*, fray Junípero tomó la decisión de ir a México a hablar personalmente con el virrey.

VIAJE A MÉXICO

El 20 de octubre de 1772 se embarcó en el *San Carlos* acompañado del indio Juan Evangelista, arribando a San Blas el 3 de noviembre. Por este tiempo, los dominicos lograron tres cédulas reales para instalarse en los territorios de California como misioneros. Después de conversaciones entre los Superiores dominicos y los del Colegio San Fernando, se llegó al acuerdo de que los dominicos se hicieran cargo de todas las misiones de la Baja California, que en total abarcaban sólo 7.149 almas. Y los misioneros franciscanos quedarían así libres para trabajar en la Alta California.

⁷⁰ Hijo de un rey de Nápoles, san Luis de Anjou o San Luis obispo, nació el año 1274. Se hizo franciscano y murió obispo de Tolosa (Francia) en 1297.

Entretanto nuestro impetuoso Junípero seguía su camino a México. Después de recorrer 250 kilómetros llegaron a Guadalajara, a 120 leguas de México. Él con su compañero Juan Evangelista cayeron gravemente enfermos con sarampión y fiebres malignas. Él oraba mucho para que el Señor sanara al menos al indígena para que no dijeran en su tierra que lo habían matado y echaran la culpa al padre Junípero. Felizmente, pudieron recuperarse y continuaron su camino. Recorrieron otros 450 kilómetros y llegaron a Querétaro. El padre sufrió otra recaída y se pensó en sacramentarlo por lo grave que estaba, pero pudo recuperarse. Después de otros 270 kilómetros llegaron a México, donde pasaron una noche en oración en el santuario de la Virgen de Guadalupe. Allí le contó al indio las maravillas de la Virgen de Guadalupe y su aparición a Juan Diego. Al día siguiente entraron al Colegio San Fernando. Era el 6 de febrero de 1773. Junípero estaba *muy cansado, desfigurado y flaco*⁷¹.

Sobre este viaje a México escribió a su sobrino: *Esta venida a México me ha sido de mucho quebranto, pues de lo estropeado del camino, llegué a la ciudad de Guadalajara, ardiendo en calentura. A pocos días me mandaron sacramentar, y estuve muchos de peligro; después que la calentura continua quebró en tercianas, proseguí con ellas mi camino y llegué a la ciudad de Querétaro, otra vez tan caído que también me mandaron sacramentar. Mas en breve tuve alivio y, en fin, llegué a este santo Colegio el 6 de febrero del corriente año*⁷².

LA CIUDAD DE MÉXICO

La ciudad de México tenía entonces unos 100.000 habitantes, de los cuales la mitad eran blancos, españoles o criollos, descendientes de españoles nacidos en México. Unos 40.000 eran mestizos y unos 8.000 indios puros. Había unas 107 iglesias y capillas, 21 conventos de religiosos y 25 de religiosas, además de 13 hospitales, 7 colegios de educación y otras casas de retiro. Los religiosos eran más de 1.100, de los cuales 420 eran franciscanos. También había unas 2.000 religiosas.

En los mercados había toda clase de objetos de los más diversos países. Había sedas y brocados, abanicos, piezas de lino y tejidos de terciopelo, artículos de marfil o cobre, toda clase de alimentos, porcelana de China y del

⁷¹ Palóu Francisco, *Relación*, p. 151.

⁷² Carta a su sobrino Miguel de Petra desde Ciudad de México, el 4 de agosto de 1773; *Escritos*, tomo 2, p. 148.

Japón. Había calles con distintos artesanos como la calle de los plateros, de los orfebres, de los carpinteros, herreros...

También había barrios pobres, donde reinaba la suciedad y por la noche, estando poco iluminados, eran peligrosos. En 1762 se había ordenado que cada balcón tuviera hasta las diez de noche una antorcha encendida. Para andar de noche había que ir con linterna o antorcha de resina.

Por la ciudad circulaban muchos coches de caballos, de los que había unos 3.000. A primera vista se notaban las diferencias sociales entre los blancos, los mestizos y los negros. El centro de la ciudad lo ocupaba la plaza de Armas con el palacio virreinal y la catedral; y muy cerca estaban las universidades Real y Pontificia.

Además, había dos notables acueductos, que abastecían de agua la ciudad, y, por supuesto, había muchas casas de estilo europeo con grandes patios y fuentes que daban realce a la ciudad.

De todo ello lo que más le impresionó al indio Juan Evangelista fue la visita al palacio virreinal, donde fue presentado al virrey, y la capilla arzobispal donde fue confirmado por el arzobispo de México. También pudo comprobar que había mujeres entre los españoles, pues, al no haberlas visto nunca en su tierra, creían sus paisanos que los españoles eran hijos de las mulas.

ENTREVISTA CON BUCARELI

Al llegar a México fray Junípero tuvo que guardar cama en la enfermería, pero, en cuanto se recuperó, fue a visitar al virrey Bucareli, quien lo recibió con mucha estima y se hicieron grandes amigos. El virrey Bucareli lo apoyó en todo y fue un gran promotor de la fundación de nuevas misiones en la Alta California hasta San Francisco, con la intención política de evitar que los rusos tomaran la delantera.

El virrey le pidió que escribiera un informe sobre todo lo habido y conocido por él sobre la Alta California, al que llamó *Representación*. El 15 de marzo de 1773 se lo entregó al virrey. En él ponía por escrito las recomendaciones que creía convenientes para el éxito de la empresa evangelizadora y colonizadora de California. Había 32 puntos. Entre estos puntos, en uno pedía el cambio del comandante Fages por sus arbitrariedades y malos tratos. Los soldados escandalosos debían ser retirados de las misiones por su mal ejemplo.

La formación y el gobierno de los indios debía corresponder a los misioneros, a no ser cuando se tratara de delitos de sangre. La capital de la comarca y el cuartel general debía estar en Monterrey y no en Loreto. Cada misión necesitaba algunos agricultores, vaqueros y arrieros, para autoabastecerse con la agricultura y ganadería y enseñar estos oficios a los indios. Se debía favorecer la inmigración de colonos y familias cristianas. Era necesaria la inviolabilidad del correo de los misioneros como lo tenían los soldados. Había que llamar seriamente la atención al comisario del puerto de San Blas por enviar maíz agorrojado y costales tan gastados, que se perdía mucha harina. Era urgente tener más mulas de carga, se debía enviar cuanto antes un médico, ya que el único que había, el doctor Prat, había fallecido. Había que favorecer con alguna gratificación, como una par de vacas, una mula y un terreno, a los soldados que se casasen con indias. Se debía conceder amnistía a los soldados desertores, a la llegada del nuevo comandante.

El virrey aceptó sus puntos de vista y dio las órdenes del caso para que se cumplieran. El punto más importante de todos era que el gobierno, control y educación de los indios bautizados, debía corresponder exclusivamente a los misioneros.

Antes de que fray Junípero regresara a su amada California con sus indios, el virrey le pidió su consejo sobre la conveniencia de abandonar el puerto de San Blas, como pedían algunos, y que el transporte se hiciera con caravanas de mulas. El padre Junípero se lamentó de semejante disparate y le escribió en diez páginas el por qué de la necesidad de conservar este puerto. Porque el tipo de transporte en mulas sería más difícil y, a veces, moralmente imposible; y también más costoso que el actual por barco. Además, los males físicos y morales que ocasionaría serían más graves que toda ventaja. El virrey atendió su consejo. Por eso, algunos historiadores han llamado al padre Serra el salvador del puerto de San Blas.

Otro tema que el virrey le puso a su consideración era la conveniencia de continuar el reconocimiento y registro de la costa del Pacífico Norte para implantar nuevas misiones. El padre lo animó en este punto y le pidió que considerara a su paisano, el capitán de barco Juan Pérez, como un experto apropiado para ello. Así fue un promotor de la conquista de California por el reconocimiento del Pacífico hasta Alaska y por el establecimiento de misiones por encima de la actual San Francisco.

En el informe sobre las misiones le decía al virrey: *Las misiones están todavía tiernas y poco medradas por ser nuevas... Mis deseos de ver aquellas vastas regiones incorporadas al seno de la santa Madre Iglesia y a la corona de*

nuestro católico monarca, ha sido el único móvil de mi trabajosa venida a México.

EL REGRESO

Fray Junípero regresaba a su California con doce mil pesos que le había proporcionado el virrey. En Querétaro compró cientos de metros de paño azul. En Guadalajara contrató artesanos y obreros para las construcciones y compró dos mil cuartillos de maíz y de harina. Allí se enteró de que el sustituto de Fages era el capitán Fernando Rivera. Llegó al puerto de San Blas a primeros días de 1774 y allí encontró la fragata *Santiago*, ya terminada. Se embarcó en ella el 24 de enero y, después de hacer escala en San Diego y Monterrey, el *Santiago* tenía órdenes de proseguir viaje para reconocer las costas del Pacífico Norte para prever futuras misiones.

Durante las siete semanas de viaje a San Diego tuvo que lamentar la muerte de uno de los obreros contratados, el joven Francisco Ramírez. Fue la primera vez que vio echar un cadáver al mar. Desembarcó en San Diego el 13 de marzo de 1774. Con la fragata llegaban los víveres y se acababa el hambre que habían padecido. Se habían salvado gracias a la ayuda del maíz cosechado en San Gabriel. A partir de entonces, ya las misiones pudieron bastarse a sí mismas y no hubo más hambre.

Una gran alegría que recibió y que, en parte, se debió a sus gestiones con el virrey, fue la llegada de la expedición de Juan Bautista Anza que, desde Sonora, atravesando el río Colorado, había arribado a San Gabriel, abriendo así un camino por tierra para el futuro establecimiento de colonos y sus familias en la región cercana a la bahía de San Francisco.

Fages siguió en Monterrey hasta el 19 de julio de 1774, en que marchó por tierra a San Diego. Ese mismo día fray Junípero le escribió al virrey Bucareli sobre Fages, pues no le guardaba rencor y sentía su tristeza. Le decía al virrey: *Si me pusiera a considerar de algún valimiento para con vuestra Excelencia, me empeñaría en suplicarle lo mirase con piedad y lo favoreciese y honrase. Pero, considerando que nada soy, sólo digo lo siguiente: “Yo, a más del servicio religioso que he hecho a mi santo Colegio e Instituto apostólico en la asistencia de estas misiones por solo Dios y la obediencia, considero haber hecho siquiera de camino alguno al Rey, mi señor, en lo que he tenido de parte, poca o mucha, en la conquista de estas tierras. He andado entre soldados, entre peligros y entre necesidades, En fin, he hecho lo que he podido. Si lo dicho es de algún mérito en la línea militar, todo por entero lo aplico, lo cedo y lo renuncio a favor de Don Pedro Fages, sin que él sepa nada de esto ni me haya rogado sobre tal asunto,*

sino que yo lo hago “motu proprio”, de mi sola y espontánea voluntad. No sepa el mundo que este inútil religioso ha hecho servicio alguno a la corona y repútese todo a Don Pedro Fages como si él lo hubiese ejecutado, y yo, con el favor de Dios, procuraré aumentarle el tal mérito, haciendo, mientras me dure la vida, cuanto alcanzasen mis fuerzas para dilatar en estas tierras la fe santa y los dominios de nuestro católico soberano, a quien Dios guarde”⁷³.

LLEGADA A MONTERREY

Cuando llegó a Monterey, después de visitar las misiones de San Gabriel y San Antonio, fue grande la alegría de todos. Juan Evangelista se encontró con sus padres y la novia, que le estaba esperando. Y pudo contar sus aventuras en México. Se hizo terciario franciscano y el padre Junípero lo casó con Tomasa María el 2 de diciembre de 1775. Tomasa murió el 1 de agosto de 1776 y nueve días después murió Juan Evangelista, a quien enterraron con el hábito de la Orden franciscana. El padre Junípero escribió en el libro de entierros: *Di sepultura eclesiástica a Juan Evangelista, indio muchacho, de como 18 años, hijo de Carlos Tapia, de la Misión de Nuestra Señora de Guadalupe en California, de donde salió conmigo con la bendición de sus padres, espiritual y carnal, para mi servicio; él murió recibidos todos los santos sacramentos de penitencia, eucaristía y extremaunción; y lo enterré con mortaja de nuestro santo hábito, misa cantada de cuerpo presente y con toda la solemnidad*⁷⁴.

Una de sus mayores alegrías era ver cerca de cien niños, rezando, cantando y jugando felices. Escribe al respecto: *El ver aquí (en Monterey) un centenar entre niños y niñas casi de un mismo tamaño cómo rezan y responden solitos a todas las preguntas de la doctrina cristiana, cómo cantan, van vestiditos de manta y sayal rayado, juegan contentos y se pegan al padre, como si siempre lo hubiesen conocido, es espectáculo tierno y muy para alabar a Dios.*

De rancherías bien remotas y embreñadas entre la sierra van cada día ocurriendo (viniendo). En la actualidad están unos como enviados de “Eslen”, alias “La Soledad”, paraje de la medianía del camino entre ésta y la Misión de San Antonio, a distancia como de doce leguas de una y otra, y dan bien a entender el gusto que tendrían de tener padres en su tierra. Ven la iglesia que está con aseó, ven las milpas de maíz, que están hermosísimas, tanto muchacho y demás gente como ellos vestidos, que cantan y comen en abundancia, aunque

⁷³ Carta al virrey Bucareli desde Monterey el 19 de julio de 1774; *Escritos*, tomo 2, p. 236.

⁷⁴ Libro de entierros de San Diego del 18 de setiembre de 1776; *Escritos*, tomo 5, p. 216.

*trabajan. Todo lo que junto con los que debe obrar Dios Nuestro Señor a sus interiores, ¿quién duda que los ha de enamorar?*⁷⁵.

*Cuando veo en esta Misión (de Monterrey), donde ayer no se había oído el nombre de Dios ni de Jesucristo, más de doscientas almas entre cristianos y catecúmenos que tres veces al día comen de nuestra mano, rezan, cantan y trabajan y por ellos tenemos unas sementeras de trigo, maíz, frejol, habas, ajos y una huerta con miles de coles, lechugas y todo género de hortalizas y que, cuando nos desocupemos de quehaceres del barco, podremos aumentar el número de cristianos casi cuanto quisiésemos, ¿cómo no tengo que desear ver multiplicados estos establecimientos en tanto campo inculto (sin cultivar) en donde, si se pusiese mano a la labor, sucedería lo mismo así en lo espiritual que en lo temporal?*⁷⁶.

En otra oportunidad dice: *Las cosechas de este año, incluyendo San Diego, son todas abundantísimas. Gracias a Dios. Si tuviesen salida los víveres sobrantes a un moderado precio, casi todos podrían tener a sus indios por más que se aumentasen sobre bien comidos y vestiditos como un garbayo. Pero contentémonos con que no hay hambre*⁷⁷.

Pero su mayor alegría la recibía con los bautismos y la conversión de los indios. En el libro de bautismos de San Carlos de Monterrey escribió con el número 353: *El 10 de setiembre de 1775 en la iglesia de esta misión de San Carlos de Monterrey bauticé solemnemente a un adulto de unos 50 años, llamado Tatlun en el paganismo, capitán de la ranchería de ichxenta, alias san José, padre de varios hijos e hijas que son ya cristianos, los últimos de los cuales son Engracia María, Junípero y Juan Bautista; el cual fue patrocinador de los cristianos desde el principio de la conquista espiritual de esta provincia y le puse por nombre Antonio María Bucareli, que es el actual virrey de esta Nueva España. Don Bruno de Eceta, teniente naval de la marina real y capitán de la fragata de su Majestad llamada “Santiago”, alias “La Nueva Galicia”, que se halla ahora en este puerto, fue padrino.*

Otro caso con el número 350: *El 19 de mayo de 1775 en la ranchería de Xasauan en la sierra, a unas diez leguas de esta misión de San Carlos de Monterrey hacia el este, bauticé privadamente a un adulto de 90 años en peligro de muerte, casado, y que es capitán del territorio de Excelen y le impuse el nombre de Miguel Gregorio. La mayor parte de los nativos de ambos sexos de esta ranchería estuvieron presentes al bautismo y dieron señales de felicidad al*

⁷⁵ Carta al virrey Bucareli desde Monterrey el 24 de agosto de 1774; *Escritos*, tomo 2, pp. 244-245.

⁷⁶ Carta al virrey Bucareli desde Monterrey, del 21 de junio de 1774; *Escritos*, tomo 2, p. 201.

⁷⁷ Carta al padre Juan Sancho desde Monterrey, del 6 de agosto de 1784; *Escritos*, tomo 5, p. 171.

ver ahora cristiano a su jefe y ofrecieron buena esperanza de imitarlo. Firmo en testimonio de todo. Fray Junípero Serra.

EXPEDICIONES AL PACÍFICO NORTE

Cuando en 1774 la fragata *Santiago* llegó a Monterrey, se preparó la primera expedición hacia el Pacífico Norte, a la cual se anotaron como capellanes los padres Crespí y de la Peña. El barco se portó muy bien y llegaron a la altura de 55 grados cerca de las islas de la Reina Carlota (Columbia británica), pero no plantaron ninguna cruz ni bajaron en ningún momento a tierra. Por eso, fray Junípero hablaba de una expedición *bien pobre, mustia y baldía*.

Sin embargo, en varias oportunidades los habitantes de aquellas regiones septentrionales se acercaron al barco para intercambiar sus artesanías.

Al año siguiente el virrey Bucareli decidió enviar otra expedición marítima al Pacífico Norte con la fragata *Santiago* al mando de Don Bruno y la goleta *Sonora*. Ambos barcos zarparon el 16 de marzo de 1775. El 30 de julio, ambos se separaron y no se encontraron hasta su regreso a Monterrey. El *Santiago* sólo llegó hasta el grado 49, donde una enfermedad, que sobrevino a los marineros, los obligó a regresar a Monterrey, pero Eceta deseó ver el puerto de San Francisco, por donde habían pasado sin entrar, y con un grupo de soldados y marinos volvió a visitarlo. Era el 22 de setiembre de ese año 1775 y quedaron admirados de las maravillas de la naturaleza en aquel puerto tan singular.

Los tripulantes de la fragata regresaron antes, porque sus hombres habían sido atacados de escorbuto, y agradecieron todas las atenciones de los misioneros para curarlos y especialmente el haberles proporcionado toda clase de verduras frescas, carnes, leche, etc. De modo que en un mes recuperaron la salud.

Por su parte, la goleta *Sonora* alcanzó el grado 58 de altitud, donde halló un puerto al que los españoles llamaron el puerto de *Nuestra Señora de los Remedios* y que ha sido identificado con *Klokachef Sound* en Alaska. Tomaron posesión en nombre del rey y erigieron allí una cruz. ¡Habían llegado más lejos que nunca, hasta Alaska! El padre Junípero aseguró que Dios había obrado milagros, pues la tripulación estuvo en peligro de perecer en seis ocasiones. De todos modos, habían muerto cuatro en la travesía, desertaron dos y se perdieron seis en una lancha. En los momentos de mayor peligro, los marinos habían prometido visitar la imagen de *Nuestra Señora de Belén* en la misión de San Carlos y celebrar una misa de acción de gracias, si regresaban sanos y salvos. La imagen de Nuestra Señora de Belén estaba en la misión de San Carlos de Monterrey y había sido bautizada por el visitador general Gálvez como la

Conquistadora. El visitador se la había prestado al padre Junípero para la toma de posesión de Monterrey y fue devuelta a su dueño, pero, más tarde, el mismo Gálvez la devolvió y se quedó definitivamente en la misión de San Carlos ⁷⁸.

Uno de los oficiales de la goleta, Esteban José Martínez, escribió: *El 15 de octubre, el capitán y el piloto de la goleta, con toda la tripulación que se hallaba disponible, vinieron a esta misión de San Carlos del río Carmelo (en Monterrey) para cumplir sus promesas hechas en medio de sus dificultades y peligros, a saber, celebrar una misa cantada en honor de Nuestra Señora de Belén, la Conquistadora, que se venera en la iglesia de esta misión y que su Excelencia Don Francisco Lorenzana, hoy arzobispo de Toledo, regaló; y asistió a misa y recibió la sagrada comunión. Al hacerlo así, dieron buen ejemplo y edificación a los neófitos. Gracias a Dios y a Madre Purísima en cuyo honor y gloria y para la propagación de su santa fe católica redunden todas estas expediciones. Amén* ⁷⁹.

El padre Junípero escribió al virrey Bucareli: *La llegada de la fragata y las noticias de su feliz éxito se celebró en esta misión con largos repiques, Te Deum y misa de gracias, que, como somos muchos, todo se hizo con solemnidad, lo que se repitió después de la llegada de la goleta que colmó notablemente las empresas de dicha fragata... Allá quedan las cruces, aunque falta quien les explique a aquellos pobres lo que significan, pero espero en Dios que todo se hará con el tiempo* ⁸⁰.

⁷⁸ La imagen de Nuestra Señora de Belén era objeto de especial veneración por los marinos que recalaban en Monterrey. Los marinos portugueses, antes de zarpar de Lisboa, la visitaban en su gran santuario a las afueras de la ciudad. Esta devoción pasó de Portugal a España. Los marinos de la goleta *Sonora*, al regresar a Monterrey, visitaron la imagen agradecidos. El año 1798 hasta le pusieron una corona de plata en cumplimiento de otro voto; y le colocaron la siguiente inscripción: *Por devoción del teniente naval Don Juan Bautista Matute, comandante de la fragata Purísima Concepción. Dedicada esta corona en cumplimiento del año 1798*. En la época de la confiscación de los bienes de la iglesia a la hora de la independencia de México, fue entregada esta imagen a una dama de origen hispano-indio, que la traspasó a sus herederos. La familia la devolvió en 1944 a la misión de San Carlos y fue colocada en un nicho del retablo del presbiterio al lado del evangelio, no lejos de la sepultura del padre Junípero. Esta imagen es, sin duda, la más antigua e histórica imagen de California.

⁷⁹ Geiger Maynard, o.c., tomo 2, p. 18.

⁸⁰ Carta al virrey Bucareli desde Monterrey del 12 de octubre de 1775; *Escritos*, tomo 3, p. 120.

DESTRUCCIÓN DE SAN DIEGO

Desde la fundación de esta misión en 1769 por fray Junípero, los misioneros habían bautizado ya a 400 indios, pero la mayor parte de ellos no vivían en la misión a causa de la pobreza de ésta y debían vivir en sus rancherías entre sus hermanos paganos. Los cristianos debían venir a la misión a misa los domingos y fiestas. Pero en la práctica todavía seguían sus costumbres paganas. Esto sin contar que, desde el principio de la conquista, los indios de San Diego fueron considerados los peores de todas las misiones. Eran ladrones y faltos de generosidad e indignos de confianza.

El 2 de octubre de 1775, el jefe de un poblado, un indio cristiano llamado Carlos, con su hermano Francisco, robaron a algunas ancianas indias sus cargas de simientes y pescado. Algunos fueron a quejarse de ello a los padres de la misión. Pero a los dos ladrones se les juntaron otros y, pensando que serían castigados, organizaron una rebelión.

Algunas rancherías cercanas se les unieron, porque habían sufrido algunos abusos de los soldados. Y, contando con que había poca gente en la misión, dado que habían ido a fundar la misión de San Juan de Capistrano, la noche del 4 de noviembre de 1775 fueron al asalto. En la misión había algunos indios cristianos, que habían venido a la misa del día siguiente. Los dos padres se recogieron en sus habitaciones. Además estaba un hijo y un sobrino del teniente Ortega, dos herreros y el carpintero Urcelino con un cabo y tres soldados. En total once personas. Los indios cristianos dormían aparte y a ellos los asaltantes los dejaron encerrados para que no participaran en la lucha, amenazándolos de muerte, si intentaban escapar. Los asaltantes entraron a la iglesia, llevándose las imágenes de la Inmaculada y la de san José con los objetos de culto y ornamentos de la sacristía. Lanzaron flechas incendiarias sobre los techos, que comenzaron a arder, y todos se despertaron.

El padre Jaime, al ver que algunos de los asaltantes eran cristianos, salió hacía ellos, gritando el saludo acostumbrado ¡Amad a Dios, hijos! Lo cogieron y lo llevaron al arroyo cercano, lo desnudaron y le arrojaron más de una docena de flechas, masacrando su rostro. Todos los que quedaban en la misión empezaron a rezar, pidiendo la ayuda de la Virgen y de San Diego. Los soldados disparaban sin cesar. El padre Fuster escribió al padre Junípero una carta quince días después, narrando los acontecimientos: *Despertado sobresaltado hacia la una de la madrugada por disparos y gritos, me precipité al cuerpo de guardia, en donde los soldados estaban disparando. Sólo el incendio, prendido acá y acullá, iluminaba la noche. Los indios rodeaban la misión aullando a muerte, unos disparando flechas, otros piedras, otros tizones y ramas encendidas. El recinto*

había sido forzado por ese lado, y ya ardían la fragua y la residencia. El tejado del cuerpo de guardia empezaba a arder.

- Venid más bien debajo del cobertizo, les grité a los soldados.

Retrocediendo unos catorce pasos, los soldados, sin dejar de disparar, llegaron hasta el cobertizo, pegado al almacén. Yo regreso para tranquilizar a los niños Ortega y nos ponemos a rezar juntos. De pronto, pienso en el padre Luis. Salgo disparado, cruzando por en medio del fuego, conteniendo mi respiración. Llego a la residencia. Llamo. Corro a la cama del padre Luis: el padre no estaba. Escapo en el instante en que el techo se desploma en llamas.

Cuando regreso, el fuego había prendido en el almacén. Los niños y yo empujamos ante la puerta tres enormes arcones llenos de telas, y nos reunimos con los soldados debajo del cobertizo. En ese instante suena un tiro por el lado de la fragua. Casi al momento llega Romero, fusil en mano:

—¡Que Dios acoja el alma de José Arroyo! —dice—. Acaba de morir traspasado por saetas cuando se abalanzaba sobre los indios empuñando la espada. A uno lo maté de un tiro; los otros huyeron. Y así pude salvarme.

También el carpintero Urselino había sido mortalmente herido en la fragua.

Pero en esto empieza a arder el tejado del cobertizo. Sólo la cocina permanece aún intacta. Era una pequeña construcción aislada, formada por tres paredes de ladrillo crudo, sin fachada y sin techo.

—¡Refugiémonos en la cocina! —grité yo—. Allí no prenderá el fuego.

Los soldados se llevan del almacén costales de balas y un cajón de pólvora. Dos de ellos nos ayudan, a Romero y a mí, a transportar a la cocina los tres grandes arcones. Los ponemos pegados el uno al otro: ocupaban la mitad de la fachada ausente. Detrás de ese parapeto fue donde los cuatro soldados, los dos niños, Romero y yo pasamos el resto de la noche, lapidados con ladrillos, piedras y ramas encendidas, asaetados y expuestos a cada instante a morir.

Tres de los soldados habían sido heridos en el trayecto: dos, al punto de tener los brazos paralizados; el tercero, lo bastante gravemente para ya no poder disparar. Sólo el cabo podía hacerlo todavía. Disparó durante cinco horas seguidas, como enloquecido, enfrentándose a los asaltantes, no parando de gritar, junto con sus compañeros, en contra de los indios. Romero y el menos herido de los soldados cargaban y le pasaban los fusiles. Los niños Ortega

estaban tumbados de bruces. Yo tenía el cajón de pólvora en las rodillas; con una mano lo resguardaba con mi hábito; con la otra, me protegía la cabeza con una almohada. Las flechas volaban en enjambre en derredor nuestro. Una se clavó en mi almohada. Rechazábamos las ramas en ascuas a medida que nos llegaban. Varias cayeron encima del cajón en el momento en que lo abrían. Pero Dios permitió que ninguna rozara la pólvora. El cabo recibió una herida, de la que no dijo palabra para no asustarnos. Únicamente se enfureció aún más... Pero esa noche de horror, venerado padre, no se puede contar. Eso debe ser el purgatorio. ¡Cuántas promesas y oraciones le hicimos al cielo! ¡Cómo anhelábamos la luz del día para salir de aquellas tinieblas llenas de gritos de muerte y de incendios!...

Poco antes del alba registróse cierta calma. Los arqueros dejaron de disparar, aunque los demás no dejaron de aullar y de lapidarnos. Los guerreros se reagrupaban; se concertaban con los que regresaban del presidio. El combate se reemprendió con el día. Entonces creí de veras que estábamos perdidos. Ahora los asaltantes ya eran más de mil. En ese momento fue cuando tuve el dolor de reconocer a algunos de nuestros neófitos, mis amadísimos hijos, recorriendo las filas, transmitiendo órdenes y excitando a los guerreros para que acabaran con nosotros.

El cabo disparaba cada vez más rápidamente, gritaba cada vez más fuerte y, ahora que ya podía ver, con cada disparo abatía a un hombre. El enemigo apenas si podía llevarse a sus muertos y a sus heridos. Hasta que Dios permitió que una última descarga provocara el pánico y la retirada general.

Por pequeños grupos, los neófitos de las rancherías vecinas empezaron entonces a mostrarse con sus armas. Si en la noche no habían venido a auxiliarnos era, según confesaron, porque en verdad habían tenido demasiado miedo. Después, salieron de sus cabañas los indios de la misión. A lo primero, me pregunté si aquello no sería una celada; después me arriesgué a ir hacia ellos. Se abalanzaron sobre mí, abrazándome. Me desmayé en sus brazos... Mi primer pensamiento, al volver en mí, fue para el padre Luis: “¡Id en su busca!”, les dije a los que me rodeaban. Envié a otros a avisar al presidio; a otros, a ver los caballos; a otros, por último, por agua para apagar el fuego, que acababa de consumir el trigo del almacén. Fue uno de estos últimos quien se encontró al padre Luis, a media legua de la misión.

- *El padre está en el arroyo, gritó, corriendo hacia nosotros.*
- *¿Muerto o vivo?*
- *¡Muerto!*

- ¡Tráiganlo!

No pude reconocer a mi compañero en el cadáver colocado ante mí. El pecho, el vientre, todo el cuerpo, hallábanse acuchillados; la cabeza, aplastada a pedradas. Ni un solo hueso que no estuviera roto en aquella sanguinolenta papilla. A no ser por el color blanco de su piel y su tonsura, no era más el padre Luis que otro cualquiera. Las manos consagradas del joven sacerdote permanecían intactas... Nos enteramos después que, despertado uno de los primeros, el padre se había ido al encuentro de los indios, saludándoles con su acostumbrado: “¡Amad a Dios, hijos míos!”, y que, apresado y llevado por ellos hacia el bosque, junto al arroyo que corre al pie de la colina, se había dejado dar muerte sin proferir una palabra, sin un gesto de resistencia.

Me desvanecí de nuevo sobre los restos de mi venerado compañero, tan amado.

Cuando recobré el conocimiento, ya habían llegado los soldados del presidio. Se fabricaron cinco parihuelas; dos para los muertos: el padre y Arroyo; las otras tres, para los dos soldados gravemente heridos y para Urselino. Unos neófitos cargaron las parihuelas sobre sus hombros y el cortejo se puso en marcha hacia el presidio. A pesar de sus heridas, el valiente cabo y su arrojado compañero hicieron el camino a caballo. Tuve fuerzas para ir a pie, caminando junto a los muertos. Todos los heridos ya están restablecidos, salvo Urselino, quien murió a los cinco días.

Es un milagro, mi venerado padre, el que el presidio no haya sido también destruido. Lo salvó la impaciencia de nuestros asaltantes. La misión, según el plan concebido, había de ser atacada sólo cuando el presidio ardiera. El grupo de nuestros agresores no esperó esta señal para empezar. Al ver esto, el segundo grupo, que en aquel momento llegaba al presidio, creyó que los centinelas iban a dar la alarma, y al suponer fallado el efecto de la sorpresa, regresaron.

El padre Luis fue enterrado al día siguiente, 7 de noviembre, en la capilla del presidio. Ese día, el cabo y algunos soldados regresaron a El Cosoy. Salvo algunos vasos sagrados, retorcidos por el fuego, las dos campanas y aproximadamente cincuenta fanegas de trigo, todo ha quedado destruido. Pocas bestias han sido muertas, a pesar de que los paganos procuraran matarlas.

Ya el día 6, anocheado, salieron para San Capistrano tres soldados. El teniente Ortega abandonó en seguida la nueva fundación y tornó aquí, el ocho, con algunos de sus hombres. Los demás regresaron el once, junto con los padres Lasuén y Amurrio. A pesar de que el teniente ha tomado toda clase de medidas

*de seguridad, y de que la guardia patrulla a caballo en torno al puesto, vivimos en estado de alerta continua. Una noche oímos gritos de guerra, respondiéndose de un bosque al otro, en las montañas. Nuestros enemigos se vanaglorian de que pronto han de regresar en número más crecido para dar el asalto final, ya que el primer ataque, cual ellos dicen, sólo ha sido un ensayo destinado a probar nuestras fuerzas... Aguardo las instrucciones de vuestra reverencia para reconstruir la misión... ¿Os diré, empero, que perdí confianza en mis propios neófitos? Y esto es, ¡ay!, lo que más pena y desaliento me causa*⁸¹.

Al leer esta carta, fray Junípero exclamó: *¡Alabado sea Dios! Sobre la tierra regada con la sangre de ese joven misionero, en adelante se multiplicaran las conversiones.*

Inmediatamente le escribe al virrey Bucareli para informarle de lo sucedido. Le dice: *Acabo de recibir la trágica noticia de la total destrucción de la misión de San Diego y la muerte del principal de sus dos religiosos, el padre fray Luis Jaime a manos de los gentiles y cristianos neófitos levantados. Sucedió el cinco de noviembre como a la una o dos de la noche, en que juntos los gentiles de 40 rancherías (según declaraciones) pegaron fuego (después del saqueo) a la iglesia y consecutivamente al granero, a la casa de los padres, a la guarda de los soldados y a todas las demás oficinas.*

Mataron a un carpintero de Guadalajara y a un herrero de Tepic y flecharon a los cuatro únicos soldados que asistían en dicha misión y, aunque dos de ellos se vieron muy agravados, están ya todos sanos.

*El otro religioso, llamado fray Vicente Fuster, no sacó más que una pedrada en un hombro, que le dolió algunos días. Y, en el inmediato de aquella noche triste, se retiró, con los pocos que habían quedado, al presidio, cargando los indios cristianos, que habían permanecido fieles, a los difuntos y gravemente heridos*⁸².

*Con sólo dos hombres que hicieron fuego en todo tiempo, se libraron muchas vidas, que, sin dicha defensa, se hubieran perdido. Ahora, después de muerto el padre, abrasada la misión, perdidos sus muchos y ricos ornamentos, vasos sagrados, imágenes, libros de bautismos, casamientos, entierros, todos los utensilios de sacristía, casa y campo, ahora se juntan las fuerzas de los presidios para remediarlo*⁸³.

⁸¹ Englebert Omer, o.c., pp. 220-223.

⁸² Carta al virrey Bucareli desde Monterrey del 15 de diciembre de 1775; *Escritos*, tomo 3, pp. 166-167.

⁸³ *Ib.* p. 169.

En esta misma carta le pide al virrey clemencia para los asesinos. Le escribe: *Excelentísimo señor, una de las cosas principales que pedí al Visitador general en el principio de estas conquistas fue que, si los indios, fuesen gentiles o cristianos, me mataban, se les había de perdonar; y lo mismo pido a Vuestra Excelencia... Que mientras el misionero vive, le guarden y escolten los soldados es muy justo. Yo no desprecio para mí este favor; pero, si ya lo mataron, ¿qué vamos a buscar con campañas (de represalia)?*

*Dirán que escarmentarlos para que no maten a otros. Yo digo que, para que no maten a otros, hay que guardarlos mejor; y al matador dejarle para que se salve, que es el fin de nuestra venida y el título que la justifica. Darle a entender con algún moderado castigo que se le perdona en cumplimiento de nuestra ley, que nos manda perdonar injurias; y procúrese, no su muerte, sino su vida eterna*⁸⁴.

RECONSTRUCCIÓN DE SAN DIEGO

El comandante Rivera tomó prisioneros a quince indígenas que habían participado en el asalto; a algunos menos culpables los soltó, después de darles 50 latigazos. Entre los presos estaba el cabecilla Carlos, quien, sabiendo que existía el derecho de asilo en las iglesias, corrió hacia la iglesia para que tuviera inmunidad contra los castigos previstos. No obstante, el comandante Rivera, desautorizando ese derecho, que existía en España y que sólo fue abolido en el siglo XIX, lo sacó de la iglesia. El padre Fuster, ante la negativa de Rivera de respetar el derecho de asilo, lo excomulgó.

El padre Junípero llegó a San Diego el 22 de junio de 1776 y comenzaron a reconstruir la misión con algunos marineros que habían llegado con él en el barco *San Antonio*. Sobre esto escribió: *La gente de mar comenzó a trabajar con gusto y empeño, entreverados indistintamente y sin melindre con los indios, en todos los oficios de pisar el lodo, hacer adobes, cavar la tierra, sacar piedras... Había más de 7.000 adobes nuevos, a más de los que se habían de aprovechar de lo antiguo, y de mil y más que hacían cada dos días, dispuesta ya piedra y maderas, ya que iban a abrir los cimientos*⁸⁵.

Pero, llegó Rivera y mandó parar la obra con el pretexto de un posible ataque de los indios. Después de un mes, llegaron a Junípero tres cartas del virrey, ordenando el restablecimiento de San Diego y de San Juan de Capistrano. Rivera, por su parte, con estas órdenes del virrey dio todas las facilidades para la

⁸⁴ Ib. p. 170.

⁸⁵ Carta al padre Francisco Pangua desde San Diego, del 7 de octubre de 1776; *Escritos*, tomo 3, p. 227.

restauración de las misiones. El padre Junípero restaurada la misión de San Diego, a fines de octubre, emprendió el camino de Capistrano. Escribió al virrey sobre el lugar escogido para la misión de Capistrano: *Se escogió un sitio abundante en agua, tierra, pastos, madera, leña y, principalmente, en rancherías que he visitado; se me pintan (muy agradables). Su instrucción no será difícil, como ha sido en las demás misiones antes de ésta fundadas, y porque, aunque el idioma no sea enteramente el mismo de San Gabriel, muchos de ellos saben el de acá y viceversa* ⁸⁶.

NUEVA INSURRECCIÓN

En 1778 varios jefes indios de la zona de San Diego intentaron de nuevo rebelarse para matar a los españoles. Al descubrirse la conjura, el teniente Ortega hizo capturar a los jefes y los condenó a muerte. Sobre este asunto, el padre Junípero le escribió al padre Lasuén: *Me compadezco bastante de esos pobres sentenciados, aunque dudo mucho que se les aplique la sentencia (de muerte); pero, si hubiere de ser, me parece que vuestra Reverencia la tarde antes les exhiba (administre) en la misma prisión el bautismo solemne para que no carezcan sin necesidad de cuantas cosas tiene ordenadas nuestra piadosísima Madre la santa Iglesia, y que el tiempo que después reste hasta el suplicio, procuren empleárselo en actos de fe y jaculatorias santas, y exhortaciones a llevar con paciencia aquel trabajo, y demás preparativos para bien morir.*

Alguna fatiga será sin duda, pero muy santa y meritoria, ponerles ante “omnia” (ante todo) la cruz y rosario benditos. Y, si para el “accipe vestem candidam” (recibe la vestidura blanca), el padrino de cada uno y otro bienhechor les hiciese una túnica talar; y que muriesen y fuesen sepultados con ella, sería, a mi ver, piedad a Dios muy acepta. Con esta ocasión, volveré a importunar sobre el refuerzo de la escolta de esa misión. Si fuere sin fruto, lo dicho, dicho.

No es poco consuelo el que, si vuestras reverencias han de morir de mano de tales gentes, será porque son cristianos. Yo lo tomaría de buena gana con la gracia y favor de Dios. Pero como los necesitamos vivos y alentados, es justo hacer las diligencias para que estén bien defendidos y expeditos para aumentar el número de cristianos, aunque les pese a los (indios) de Pamo, y al de patas (diablo) ⁸⁷.

⁸⁶ Carta al virrey Bucareli desde Monterrey del 1 de noviembre de 1776; *Escritos*, tomo 3, p. 249.

⁸⁷ Carta al padre Fermín Lasuén desde Monterrey del 22 de abril de 1778; *Escritos*, tomo 4, pp. 71-72.

De hecho la sentencia no se cumplió y Neve conmutó la pena capital de Ortega por trabajos forzados.

MISIÓN DE SAN JUAN DE CAPISTRANO ⁸⁸

El 24 de mayo de 1775 fray Junípero recibía una carta del virrey Bucareli en la que le informaba su determinación de establecer misiones en la zona de San Francisco. Aviso similar había sido enviado al comandante Rivera, que había sustituido a Fages. Rivera resultó ser un problema tan grande como Fages para los misioneros. Era poco inteligente, caprichoso, colérico y avaro; no aceptaba razones en contra. Y lo peor es que no aceptaba a los indígenas, desconfiaba de ellos y no le importaba que se convirtieran o no. Por todo ello sufría mucho el padre Junípero, pues no le daba ninguna facilidad para su trabajo misionero y, varias veces, tuvieron discusiones por este motivo.

Sin embargo tuvo que obedecer las órdenes del virrey y decidió la fundación de la misión de San Juan de Capistrano entre San Diego y San Gabriel. Cuando llegó el padre a Capistrano, ya había pasado un año desde la fundación. Encontraron la cruz erigida por el padre Lasuén, se desenterraron las campanas, se colgaron de una rama y fray Junípero las repicó con ardor, acudiendo a su toque muchos indios. El 1 de noviembre de 1776, fiesta de *Todos los Santos*, se cantó la misa y se declaró fundada por segunda vez la séptima misión de California.

El padre Junípero, deseando que las obras de Capistrano avanzaran rápidamente, fue a San Gabriel a reclutar mano de obra, víveres y traer el ganado que estaba reservado para ese lugar. Al volver de nuevo a Capistrano, quiso adelantarse al paso lento de la recua, que llevaba escolta, y avanzó con un neófito y un soldado. De pronto, *a medio camino, como diez leguas de la nueva misión, se vio en evidente peligro de que lo mataran los gentiles, y según me contó la primera vez que después nos vimos, creyó ciertamente que lo mataban, porque les salió al camino un gran pelotón de gentiles, todos bien armados, con sus espantosos alaridos, enarbolando sus flechas en ademán de matar al padre y al soldado, con el interés sin duda de quedarse con el ganado. Librólos Dios por medio del neófito que, viendo la acción de los gentiles, les gritó que no matasen al padre, porque atrás venían muchos soldados que acabarían con ellos. Oyendo esto en su propia lengua e idioma, se contuvieron. Los llamó el padre y se le arrimaron todos, ya convertidos en mansos corderos, los persignó a todos, como*

⁸⁸ San Juan de Capistrano fue un santo franciscano italiano (1386-1456). Tuvo una carrera prodigiosa de predicador. Se le atribuye en buena parte la victoria de Belgrado, lograda por los cruzados contra los turcos.

*siempre acostumbró, y después les regaló abalorios (cuentas de vidrio que estiman mucho) y los dejó ya hechos amigos*⁸⁹.

*Era tanta la sed del venerable padre Junípero de la conversión de las almas que, ni el ver radicada la misión de San Diego, ni la fundación de la de San Capistrano lo saciaban, y lo tenían con mucho cuidado las fundaciones de este puerto de Nuestro Padre San Francisco... y para dar mano a su fundación se encaminó a Monterrey, visitando de paso las tres Misiones de San Gabriel, San Luis y San Antonio, teniendo el gusto de verlas con grandes aumentos en lo espiritual y temporal; y a sus ministros muy contentos. Y logró bautizar algunos catecúmenos para dejar en todas partes hijos y llegó a su misión de San Carlos de Monterrey en el mes de enero de 1777*⁹⁰.

MISIÓN DOLORES O DE SAN FRANCISCO

El 17 de junio de 1776 salió la caravana fundadora compuesta de un sargento, 16 soldados casados y con familias, 7 pobladores casados con su familia y algunos vaqueros, arrieros, más una recua con víveres y útiles de consumo. Las cosas más pesadas, como las campanas viajaban a bordo del *San Carlos*. Iban con ellos los misioneros Francisco Palóu y Benito Cambón. El 27 de junio llegó la expedición a la laguna de los Dolores, donde acampó.

Dice Palóu: *El día 27 de Junio llegamos a la cercanía de este puerto (San Francisco) y se formó el Real, que se componía de 15 tiendas de campaña, a la orilla de una grande laguna... En cuanto la expedición paró, ocurrieron (vinieron) muchos gentiles de paz, y con expresión de alegrarse de nuestra llegada y, mucho más, cuando experimentaron la afabilidad con que los tratamos y los regalitos que les hacíamos para atraerlos, así de abalorios como de nuestras comidas; frecuentaron sus visitas, trayéndonos regalitos de su pobreza, que se reducían a almejas y semillas de zacates (hierbas silvestres).*

Al día siguiente, se hizo una enramada y se formó un altar en el que dije misa el día de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo. Mi padre compañero inmediatamente celebró y continuamos diciendo misa todos los días del mes entero que nos mantuvimos en dicho sitio, en cuyo tiempo, que no apareció el barco, nos empleamos en explorar la tierra y visitar las rancherías de los gentiles, que todos nos recibieron de paz y se expresaban alegres de nuestra llegada a su tierra...

⁸⁹ Palóu Francisco, *Relación*, p. 198.

⁹⁰ *Ib.* p. 200.

Viendo la tardanza del barco se determinó empezar a cortar madera para las fábricas del Presidio cerca de la entrada del puerto, y para las de la misión en este mismo sitio de la Laguna... El barco entró el 18 de agosto... Se hizo la solemne posesión del presidio el día 17 de setiembre, día de la impresión de las llagas de Nuestro Padre San Francisco, patrón del presidio y puerto. Canté dicho día la primera misa, después de bendita, adorada y enarbolada la santa Cruz. Concluida la función con el "Te Deum", hicieron los señores el acto de posesión en nombre de nuestro Soberano con muchos tiros de cañones de mar y tierra y de fusilería de la tropa ⁹¹.

Después de haber investigado el terreno de le comarca cercana y en vista de que el barco debía regresarse a Monterrey y no había orden de fundación de la misión por parte de Rivera, se procedió a ella el 4 de octubre, bendiciendo la capilla. Y el día 9 se realizó la solemne inauguración y toma oficial de posesión. Ese día no había ningún gentil asistiendo a la misión, porque habían huido a unas islas despobladas, porque sus enemigos los indios de la nación Salcona les habían caído de sorpresa y habían quemado sus rancherías. Esto ocasionó demora en su conversión, pues hasta marzo de 1777 no se dejaron ver.

Palóu refiere: Los naturales de este sitio y puerto son algo trigueños por lo quemados del Sol, aunque los venidos de la otra banda del puerto son más blancos y corpulentos. Todos, hombres y mujeres, acostumbra a cortarse el pelo a menudo, principalmente cuando se les muere algún pariente o tienen alguna pesadumbre, y en estos casos se echan puñados de ceniza sobre la cabeza, en la cara y en otras partes del cuerpo... En ninguna de las misiones que pueblan el tramo de 200 leguas, desde esta misión hasta la de San Diego, no se ha hallado en ellas idolatría alguna, sino una mera infidelidad negativa, pues no se ha hallado la menor dificultad en creer cualquiera de los misterios. Sólo se han hallado entre ellos algunas supersticiones y vanas observancias y, entre los viejos, algunos embustes, diciendo, que ellos envían el agua, hacen la bellota, hacen bajar las ballenas, el pescado, etc.

Siempre que se enferman, lo atribuyen a algún indio enemigo que les ha hecho daño y queman a los que mueren... Manteníanse los gentiles de este puerto de las semillas de las yerbas del campo, corriendo a cargo de las mujeres el recogerlas cuando están en sazón, las que muelen y hacen harina para sus atoles y entre ellas tienen una especie de semilla negra y de su harina hacen unos tamales a modo de bolas, del tamaño de una naranja, que son muy sabrosos, que parecen de almendra tostada muy mantecosa. Ayúdanse para su manutención del pescado que de distintas especies cogen en las costas de ambos mares, todo muy sano y sabroso, como también del marisco, que nunca les falta,

⁹¹ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 209-210.

de varias especies de almejas, como también de la caza de venados, conejos, patos, codornices y tordos. Logran en alguna ocasión el que vare en la playa alguna ballena, lo que celebran con gran fiesta por lo muy aficionados que son a su carne, que es todo manteca. Hacen de ella trozos, la asan bajo tierra y la cuelgan en los árboles y, cuando quieren comer, cortan un pedazo y lo comen junto con otra de sus viandas; lo mismo hacen con el lobo marino. Tienen bellota, de la que molida, hacen sus atoles... Hay mucha fresa muy sabrosa y más grande que la de España, que se da en los meses de mayo y junio, como también moras de zarza... Van desnudos y, para librarse del frío que todo el año hace en esta misión, principalmente en las mañanas, se embarran con lodo, diciendo que les preserva del frío y, en cuanto empieza a calentar el sol, se lavan. Las mujeres usan un delantal que hacen de hilos de tule que no pasa de la rodilla...

Para sus casamientos no conocen el parentesco de afinidad. Antes bien, éste los incita a recibir por sus propias mujeres a sus cuñadas y aun a las suegras, y la costumbre que observan es que el que logra una mujer tiene por suyas a todas sus hermanas, teniendo muchas mujeres sin que entre ellas se experimente la menor emulación, mirando a los hijos de sus hermanas, segunda o tercera mujer, con el mismo amor que a sus propios hijos, viviendo todos en una misma casa⁹².

MISIÓN DE SANTA CLARA

El 5 de enero de 1777, el teniente Moraga con algunos soldados de escolta y sus familias salieron de San Francisco hacia el río Guadalupe para erigir la nueva misión de Santa Clara, a unos 75 kilómetros de San Francisco. Llegaron a su destino y el 12 de enero se cantó la primera misa en el lugar. En breve se presentaron los gentiles a visitarlos y ya en el mes de mayo se lograron *los primeros bautismos; porque habiendo entrado una gran epidemia en los párvulos, lograron el bautismo muchos con el trabajo de ir los padres (misioneros) por las rancharías; con lo que consiguieron el enviar a muchos párvulos al cielo como primicia para que pidiesen a Dios la conversión de sus parientes, de los que se van logrando muchos, gracias a Dios, pues vio el venerable padre presidente antes de morir ya bautizados en sola esta misión 669, continuando sin novedad en el catecismo, y aumentándose el número de cristianos... Esta misión está fundada en los grandes llanos de San Bernardino, que tienen más de treinta leguas de largo y de ancho tres, cuatro y cinco. Tiene buenas tierras para labores, y logran grandes cosechas de trigo y maíz y toda especie de legumbres, no sólo para que se mantengan los neófitos, sino para*

⁹² Ib. pp. 215-217.

regalar a los gentiles para atraerlos al gremio de la santa Iglesia, como también para proveer a la tropa de los presidios a trueque de ropa para vestir a los neófitos... Se logran buenas truchas por el verano, que he visto una pesar unas cuatro libras, de la que comí y me pareció trucha asalmonada muy sabrosa. A más de la abundancia de agua del río, tiene varios manantiales que, corriendo por zanjas, la conducen a las sementeras para regarlas y logran ya con abundancia frutas de España de cuantas se han sembrado, nacidos todos los frutales de los huesos y pepitas que se sembraron al principio, hasta de la uva...

*Están los llanos de San Bernardino muy poblados de gentiles y muchos de ellos concurren a esta misión de Santa Clara, así hombres como mujeres, principalmente en tiempo de cosechas, por lo mucho que comen y llevan a sus rancherías*⁹³.

*El padre Junípero en carta al virrey le escribe: Para esta misión (Santa Clara) yo traje de camino el ganado vacuno a ella destinado, que estaba en San Luis obispo: y de 18 cabezas que fueron al principio, se halló ser el número presente ciento ocho. Ya lo llevaron allá con la sola pérdida de un par de chiquillos (crías). Llevaron la parte de galleta que les cupo, de la que me entregó Don Bruno Heceta. Víveres de los almacenes, y de las misiones algunas herramientas y lo preciso para comenzar el giro de lo que hacemos todos. Y la llamamos misión de Santa Clara*⁹⁴.

*Pero él quería más y su corazón tenía ansias de infinito, ansias de Dios y todo le parecía poco para Él. Por eso, le decía un día a Palóu: Esta procesión de misiones está muy trunca. Es preciso que sea vistosa a Dios y a los hombres y que corra seguido. Ya tengo pedida la fundación de tres en el canal de Santa Bárbara. Ayúdenme a pedir a Dios que se consiga y después trabajaremos para llenar los otros huecos*⁹⁵.

*También el padre Junípero fundó el pueblo de españoles de San José de Guadalupe, señalándoles la ubicación arriba de la misión de Santa Clara al otro lado del río hacia al nacimiento de él, distante de las casas de la misión tres cuartos de legua. En dicho sitio formaron los colonos su pueblo, dando principio a él los primeros días de noviembre de 1777. Todos, gobernados por un alcalde de los mismos vecinos, escoltados de tres soldados y un cabo, concurriendo todos a oír misa a la misión. Se mantienen de las cosechas que logran de trigo, maíz y frijol, y, con lo sobrante que venden para la tropa se visten, teniendo para el mismo fin crías de ganado mayor y menor*⁹⁶.

⁹³ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 220-221.

⁹⁴ Carta al virrey Bucareli desde Monterrey del 1 de marzo de 1777; *Escritos*, tomo 4, p. 22.

⁹⁵ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 224

⁹⁶ *Ib.* p. 225.

PROBLEMAS CON NEVE

Ese año de 1777, Monterrey fue elegida como la nueva capital de ambas Californias. Fernando Rivera fue trasladado a Loreto como comandante militar y Junípero, como Presidente y Superior de las misiones, recibió la facultad apostólica de la Sagrada Congregación para confirmar. El nuevo gobernador de Monterrey era Felipe de Neve, que fue para él una pesadilla. Puso en duda su facultad de confirmar; porque, según él, de acuerdo al patronato real, los reyes españoles eran los que debían aceptar esas facultades y, por tanto, él también como gobernador militar. Y que, dado que ya no eran misiones, según él, sino doctrinas o parroquias, cualquier facultad dependía también del visto bueno del obispo correspondiente.

Otro grave asunto fue el nombramiento de alcaldes indios en las misiones, porque, según Neve, al igual que en los pueblos españoles, ellos también podían gobernar a sus súbditos. El domingo de Ramos, 29 de mayo de 1779, Neve y fray Junípero discutieron acaloradamente. En una carta al padre Lasuén, el padre Junípero escribe sobre esto: *He clamado por la suspensión de esas elecciones (de alcaldes) y ayer domingo de Ramos, que celebré en el presidio, con pocas palabras que hablamos antes de la misa, me dijo una cosa tan fuera de verdad que me inmuté y le grité, y le dije que ninguno jamás me dijo tal, porque no han podido decírmelo.*

Díjome con risita que él también era lógico, dándome a entender que lo que él me decía, aunque en sí no era, pero se infería. A lo que repliqué que era aquella muy mala lógica, porque tal inferencia no la había, ni de leguas, como es así...

En fin cesó la porfía y aquella fue mi preparación para la misa de un día tan solemne. Estuve mi gran rato ante el altar, procurando serenar mi interior. Dije misa y con una corta parla (predica), después de cosas indiferentes, me vine a cantar acá con los compañeros el "Passio" (Pasión) como me esperaban.

Lo restante del día lo tuve penoso, haciendo mil cavilaciones sobre lo que convendría hacer. Púseme a escribir una carta a dicho señor con ánimo de incluirle la de Vuestra Reverencia y la del padre Juan, en que me pedían su retiro en caso de verificarse dichas elecciones, aunque, de palabra, ya se lo había dicho con otras muchas cosas.

Y en cada cláusula así que la había escrito, se me ofrecía un inconveniente. Me paraba, pensaba y repensaba y, atribuyéndolo a lo apasionado de mi interior, después de haber bregado con la infeliz carta como hasta media noche, para ver si me refrescaba, tomé nuevo papel y me puse a escribir una carta al padre Sánchez y, con no haber salido corta, la acabé y cerré y puse el sobreescrito y llevé a su lugar y volví a porfiar y me sucedió como antes.

En eso reflexioné en que la noche ya iba muy adelante y que, si no tiraba un rato (aunque nada de sueño tenía), estaría inútil para todo el día de hoy; y determiné hacerlo así vestido. Y en cuanto entré en la alcoba y pensé en acostarme a lo racional, levantando tantito la mente a lo alto, me hallé inepto, lo que me obligó a romper en un: ¿Qué es esto Señor?

Y parece que me respondió el interior con harta viveza: “Prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbae” (Prudentes como serpientes y sencillos como palomas). Y dije: “Sí, Señor, Sí, Señor. Así será con vuestra gracia”.

Me dormí y a la hora acostumbrada me he levantado a rezar mi feria. Y luego después he cantado la misa en acción de gracias de haberle nacido al príncipe de Asturias una hija, que se llama María Luisa.

He pensado que se haga lo que el caballero pide; pero de manera que no pueda causar la menor novedad en los indios ni en el régimen que vuestras reverencias tienen establecido⁹⁷.

El tiempo demostró que no estaban los jefes indios preparados para asumir la responsabilidad de alcaldes y usaron su poder para cometer tropelías y abusos. Así se lo escribe en carta al gobernador Felipe de Neve: *Baltasar en el tiempo de su alcaldía, desde que conoció sus privilegios y exención del castigo de los padres, hizo lo que quiso; tuvo un hijo en una cuñada suya, dio de palos a un indio californio, porque cumplió una orden del padre, a más de sus omisiones en encargos de su oficio. Ahora conoce todo el pueblo las circunstancias en que se halla de desertor, amancebado, enviando recados a la gente de acá y comunicando presencialmente con los que salen de licencia y diligenciando aumentar en el monte su cuadrilla con nuevas deserciones de los naturales de esta misión.*

Estando pues las cosas en este estado, ¿Cómo dudar que hoy uno, porque lo castigaron, o regañaron; mañana otro, porque tuvo miedo; otro día otro,

⁹⁷ Carta al padre Fermín Lasuén desde Monterrey del 29 de marzo de 1779; *Escritos*, tomo 4, pp. 141-143.

porque tiene allá amigos; se vayan, poco a poco, desfilando por allá y sea como lo decía, aumentar enemigos?...

De la misión de San Gabriel me escriben que, habiendo los padres de ella averiguado y comprobado que su alcalde Nicolás proveía de mujeres a cuantos soldados se las pedían, por no castigarlo o mandarlo castigar, sus reverencias lo entregaron al cabo, quien en efecto lo castigó, pero que después les han informado de que el hecho fue reprobado por Vuestra Señoría y declarado que el cabo no puede hacer semejante castigo y que sólo, en caso de sublevación o muerte, podrá aprehender al alcalde y dar aviso...

En la de San Luis, su alcalde cogió una mujer ajena y huído con ella estuvo bastante tiempo hasta que le cogieron. Hizo lo mismo el padre como el de San Gabriel, de entregarlo al cabo, quien le dio un castigo tan tenue que él mismo confesó que nada equivalía del delito; pero, viendo que el padre nada pedía, lo soltó ⁹⁸.

El tema de las confirmaciones parecía que estaría superado, al llegar las cédulas reales de Madrid, aprobadas por el virrey. Para que no se perdiera el original, se guardó en el Colegio San Fernando y a fray Junípero se le remitió una copia certificada con la firma del guardián (Superior) del Colegio.

Comenzó a confirmar el 29 de junio de 1778 en Monterrey y, para no tener ociosa esta facultad, comenzó a recorrer las diferentes misiones. En esta gira confirmó a 1.897 indios, incluidos algunos españoles. Todos quedaban muy contentos. Pero el 6 de abril de 1779 murió su gran amigo y bienhechor, el virrey Bucareli, y Neve se sintió con nuevo poder.

Al regresar a su puesto de Monterrey, el gobernador Neve le exigió ver el original de la facultad de confirmar, que no podía presentar, porque estaba en México, y le prohibió confirmar sin su permiso. Quiso el padre ir a confirmar a San Francisco y Santa Clara, pero Neve no le dio las facilidades. Los religiosos de San Fernando debieron acudir al virrey para hacerle entender a Neve que todo estaba en orden. Con la nueva autorización, fechada el 24 de diciembre de 1780 y llegada a sus manos el 16 de agosto de 1781, le dio su permiso.

Junípero ahora, con todas las facilidades, quiso aprovechar la facultad de confirmar, a pesar de sus fuertes dolencias en la pierna, que no le dejaban caminar; de sus problemas de bronquios y de los achaques de la edad, pero su voluntad férrea se impuso y comenzó nuevas giras hacia el norte y sur, llegando a confirmar hasta 5.307 personas.

⁹⁸ Carta a Felipe de Neve desde Monterrey, del 7 de enero de 1780; *Escritos*, tomo 4, pp. 218-222.

Sin embargo, los problemas con Neve no cesaron. Era anticlerical y masón. No le interesaba mucho la religión y trató de poner freno a las actividades misioneras, prohibiendo que se hiciera algo sin su consentimiento. Los misioneros sólo debían ceñirse a lo espiritual. Los indios cristianos no podían vivir, como hasta entonces, en las misiones, sino en sus rancherías. Toda la organización se reservaba a los soldados y colonos, sin intervención de los religiosos, que sólo podían celebrar misas, bautizar y poco más.

LA TRAGEDIA

Con las nuevas ideas, Neve quiso fundar misiones entre las yumas del río Colorado, entre Sonora y la Alta California. El comandante general, Teodoro de Croix, lo apoyó y ordenó a los misioneros fundar dos misiones en las bandas del río Colorado, según las pautas del nuevo reglamento, según el cual, no se entregarían a los religiosos herramientas ni otras cosas útiles para enseñar oficios a los indios. Los misioneros se negaban a fundar en esas condiciones, porque así no se conseguiría la conversión de los paganos. Mientras vivieran en sus rancherías, desnudos y hambrientos, no se lograría su evangelización ni civilización. Al final cedieron y acudieron cuatro sacerdotes para las dos misiones, pero la situación era insostenible. Los soldados usurparon sus tierras a los indios, abusaban de sus mujeres... Y esto exacerbó sus ánimos hasta el punto que el domingo 17 de julio de 1781 asaltaron a las dos poblaciones establecidas con el resultado de 47 españoles asesinados, entre ellos los cuatro misioneros y el anterior gobernador Fernando Rivera; y se llevaron 60 prisioneros (20 mujeres y 40 niños), que después de negociaciones y darles valiosos regalos, pudieron ser liberados.

Palóu escribe sobre esta tremenda tragedia: *Los indios yumas, al principio que se fue a fundar, se manifestaron de paz y no hicieron resistencia, sino al parecer se alegraban de la vecindad de los nuestros, cuando se fundaron las dos misiones de la Purísima Concepción y de San Pedro y San Pablo, a distancia de tres leguas la una de la otra... Como los padres misioneros no tenían con qué atraerlos ni congratularlos, ni que tratar mucho con ellos, se dificultaba su reducción. No obstante, no dejaban los gentiles de frecuentar los dichos pueblos, pero sólo de paso a hacer sus tratos y cambalaches con los soldados y pobladores, como también por el interés de conseguir alguna ropa a trueque de maíz que ellos cogían alguno en las orillas del río. Lograron bautizar a algunos, aunque pocos; y como éstos no vivían en los pueblos, sino en sus rancherías con los gentiles, con la misma libertad y costumbres de ellos, se arrimaban muy poco a la misión a rezar, viéndose precisados los misioneros de ir a buscarlos a las*

rancherías y a estar con ellos algunos días para rezar la doctrina y enseñarles algo y para atraerlos a que fuesen a misa los días festivos.

A esto se agregó el sentimiento que causaba a dichos gentiles el ver que las bestias y ganados de los soldados y pobladores se comían los zacates, quedando ellos privados de las semillas, de las que antes la mayor parte del año se mantenían. Veían al mismo tiempo que los pobladores se habían apropiado los cortos pedazos de tierra que se pueden aprovechar, y que ellos ya no los podían sembrar como hacían antes, cuando ellos sembraban maíz, frijol, calabazas y sandías, aunque de todo poco...

Viéndose privados de esto, que reputan por grande heredad, y que se aprovechaban los nuevos vecinos, no aprovechándose ellos siendo naturales de aquella tierra, les incitó el enemigo en la cabeza una gran ojeriza contra los españoles y resolvieron echarlos, no sólo de su tierra, sino del mundo, acabando con ellos para quedarse con la caballada, de que son muy codiciosos...

Un domingo, acabada la misa última, a un mismo tiempo cayeron en ambas poblaciones muchísimos gentiles, que quitaron la vida al comandante, al sargento y a todos los soldados y vecinos, menos unos pocos que se pudieron esconder, y a los cuatro misioneros, que en cuanto vieron el estrago empezaron a ejercer su ministerio apostólico, confesando a unos, ayudando a otros a morir con fervorosas exhortaciones y les quitaron con mayor crueldad la vida, estando en el actual ejercicio de la caridad. Asimismo quitaron también la vida al capitán Fernando Rivera y a los soldados de Monterrey, que todos ocho estaban con la caballada a la otra banda del río, no obstante que pelearon bastante hasta morir; y se quedaron con toda la caballada.

Uno de los pocos soldados que se pudieron esconder, se escapó y fue a salir al primer presidio de Sonora y dio cuenta de lo sucedido al capitán del presidio y éste al comandante general, quien mandó juntar la tropa... Encontraron los cuerpos de los misioneros juntos, ceñidos con sus cilicios. Allí hizo un hoyo y los enterró una india gentil vieja que en vida quería y estimaba mucho a los padres y, viéndolos muertos, hizo un hoyo y los enterró...

Entre las declaraciones hechas he leído la siguiente: Después de haber sucedido el incendio de las misiones y luego que entraba la noche, se veía una procesión de gente vestida toda de blanco, todos con velas encendidas en las manos y delante su cruz con ciriales y daban vueltas alrededor del recinto en donde había estado la misión y que cantaban no saben qué; y que después de haber dado muchas vueltas, desaparecían. Y que esto lo vieron muchas noches, no sólo los cristianos, sino también los gentiles, y que a éstos les causó tal horror e infundió tal temor que desampararon sus tierras y se mudaron como

ocho leguas más abajo, también a la orilla del río, que allí llevaron los cautivos cristianos, aunque a éstos no causó dicha visión ni horror ni temor, sino alegría...

Consiguieron en buenas, así de lejos, rescatar todos los cautivos a trueque de ropas y, viendo el comandante que no podía hacer otra acción, determinó volver para Sonora con todos los rescatados y con los cuerpos de los difuntos y dar cuenta al comandante general ⁹⁹.

Parece que los señores comandante general y gobernador provincial quedaron desengañados de que el nuevo método que habían ideado para la reducción de los indios no era tan a propósito como el que en estos establecimientos tenemos; por lo que, desengañados con los gastos que habían hecho, tan excesivos y sin efecto alguno, parece que les hizo ceder del intento y proyecto que tenían de que los establecimientos del canal fuesen con el ideado método de que los misioneros corriesen sólo en lo espiritual y que los gentiles, que se convirtiesen, viviesen y se mantuviesen como cuando eran gentiles y en la misma libertad ¹⁰⁰.

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES

La actual gran ciudad de Los Ángeles en el Oeste de Estados Unidos fue fundada como un pueblo de españoles y no como misión. Felipe de Neve firmó la carta de fundación el 26 de agosto de 1781. Otros dicen que fue fundado oficialmente el 4 de setiembre de 1781. El futuro pueblo se hallaba situado junto al río de la porciúncula (que significa porción pequeña) a 15 kilómetros, al nordeste de San Gabriel

La fundación tuvo como propósito poblar la llanura con un pueblo de españoles que pudieran abastecer con grano y verduras a los soldados de los presidios. El pueblo fue dedicado a Nuestra Señora de los Ángeles y se llamó oficialmente *El pueblo de Nuestra Señora la Reina de los Ángeles del río de la porciúncula*, pero el pueblo lo llamó sencillamente como Los Ángeles. Cuando se descubrió este lugar, el padre Crespí llamó al río Porciúncula, haciendo referencia a la capilla de las afueras de la ciudad de Asís, que le habían dado los benedictinos a san Francisco y que es como el centro de la fundación de la Orden Franciscana.

⁹⁹ En setiembre hubo una expedición de castigo, pero no se consiguió la pacificación, aunque mataron a muchos gentiles.

¹⁰⁰ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 248-254

El padre Crespí, con los expedicionarios de 1769, acamparon en ese lugar el dos de agosto, fecha en que se celebra en la Orden franciscana la fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles de la porciúncula, fiesta importante, en la que el Papa concedía una indulgencia plenaria *toties quoties* (tantas veces cuantas se hiciera una visita a la capilla de la porciúncula el 1 y 2 de agosto) y que después se extendió a todas las iglesias franciscanas; y más tarde a todas las del mundo.

El gobernador Neve iba ya a instalar a los reclutados en Sinaloa, pero, al enterarse del desastre ocurrido a las dos parroquias del Colorado, cuyos supervivientes habían tenido que pelear como leones para escapar de los yumas, se detuvo la fundación cuatro meses. A fines de diciembre, se comenzó la verdadera fundación. El cabo que iba como jefe militar fue el que diseñó la plaza mayor de Los Ángeles, dándole 300 pies de largo por 200 de ancho. Los lotes fueron sorteados en su presencia. Cada cabeza de familia recibió, además de un terreno cultivable, cuatro caballos, dos pares de bueyes, dos vacas y una ternera, dos ovejas, dos cerdos, una mula, un arado, una pala, un machete, una hoz, un fusil y un gran escudo. Y se les consoló, diciendo que no tardaría en llegar el sacerdote para atenderlos y que, mientras tanto, podían recurrir a los de San Gabriel.

En total, la población de Los Ángeles, en su fundación, era de 48 personas, de los que cuatro eran soldados y once cabezas de familia con sus esposas e hijos. Los hombres tenían un promedio de 36 años y estaban todos casados. Dos eran españoles, 4 indios mexicanos, un mestizo, dos negros y dos mulatos. Seis mujeres eran indias mexicanas y cinco mulatas. Era una población cosmopolita. El padre Junípero los visitó a los siete meses de fundada, el 18 de marzo de 1782. Los que eran devotos iban los domingos a misa a San Gabriel, aunque todos, adultos y niños, besaban la mano al *ancianito cojo*.

MISIÓN DE SAN BUENAVENTURA

El 26 de marzo de 1782 partió la caravana de fundación al comienzo del canal de Santa Bárbara, una zona estratégica por ser un cruce obligado de las comunicaciones entre el norte y el sur. Iban unas 250 personas, entre ellas el padre Junípero y el padre Benito. Llevaban una recua de caballos de labranza, mulas, cabras, ovejas, vacas y otras

Palóu escribió: *El último día de marzo bendijo el padre Presidente el terreno y la santa cruz y, adorada, la enarbolaron y fijaron, y cantó su*

*Reverencia la primera misa en la que predicó del soberano misterio a la tropa y tomó posesión del sitio para la misión del seráfico doctor san Buenaventura*¹⁰¹.

El padre Junípero le escribió al padre Lasuén: *Ya que Dios Nuestro Señor nos separó por medio de sus criaturas (Neve), cuando yo pensaba en nuestra mayor cercanía y me vi preciso a pasar la Semana Santa por caminos gentílicos, ha sido servido de darme hoy el consuelo de tantos años deseado de ver fundada la santa misión de nuestro seráfico doctor San Buenaventura. Y que de ella se pudiese decir lo de la canonización del santo: “Quo tardius, eo solemnius” (Cuanto más tarde, más solemne)*¹⁰².

El padre Junípero le escribió también al padre Pangua: *Bailaban de contentos (los soldados) destinados a la fundación, no tanto por su devoción al santo, cuanto por la indevoción a otro patrón (Fages). Llegamos al paraje, lo reconocimos de nuevo menudamente. Preparamos lo necesario y el día de Pascua y domingo de Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo (31 de marzo de 1782). Se hizo la fundación con mucho júbilo de todos, con todas las circunstancias que en tal acto se acostumbra, cuando se hace solemne y gustosamente.*

*Se mató un novillo de los del señor gobernador para la gente, y carnero para nos y la oficialidad... No puedo dilatarme en referir el gusto y demostraciones de los gentiles inmediatos y la excelencia del paraje. Es el mismo que hace más de diez años que se le destinó*¹⁰³.

Esta fue la última misión que fundó fray Junípero y la última gran alegría de su vida. Por eso, le decía al padre Lausén: *Ya nació San Buenaventura, Dios me ha concedido la dicha tras la cual he suspirado durante tantos años. Y sépalo, mi misión no tiene mala cara. ¡Perdón! Una vez más, perdóname, por haber dicho, “mi misión” al hablar de mi amado doctor San Buenaventura.*

LOS DOMINICOS

Un problema que le hizo sufrir mucho a fray Junípero el año 1783, un año antes de su muerte, fue que se hablaba de reunificar las dos Californias (Baja y alta) bajo el mando de una Orden religiosa. Algunos franciscanos pensaron que debían dejarse las misiones de la Alta California a los dominicos, que ya

¹⁰¹ Palóu Francisco, *Relación*, p. 247.

¹⁰² Carta al padre Lasuén desde san Buenaventura el 31 de marzo de 1782; *Escritos*, tomo 5, p. 57.

¹⁰³ Carta al padre Francisco Pangua desde Monterrey, del 17 de julio de 1782; *Escritos*, tomo 5, p. 81.

misionaban en la Baja California, pero el padre Junípero sufría sólo en pensar ser sacado de aquellas tierras y de sus queridos indios.

Él escribe: *Si los que vengan a echarnos, lo hacen mejor que nosotros, no tendremos razón de sentirlo, pues debemos desear el aumento de la causa de Dios; aunque nos parezca que podrían hacerlo según su fervor en otra gentilidad, sin quitarnos de lo poco que hacemos en ésta; pero los juicios de Dios son inescrutables*¹⁰⁴.

Sin embargo antes de que semejantes medidas fueran presentadas al Consejo de Indias, el obispo del lugar quiso consultar con Felipe de Neve en su condición de comandante general. La respuesta de Neve, a pesar de sus ideas y de los continuos choques con los misioneros, reconoce lo mucho bueno que han hecho y escribe con hidalguía al obispo Reyes el 29 de diciembre de 1783: *Es mi deber informar a Vuestra Excelencia que los religiosos del apostólico Colegio de San Fernando de México que administran las misiones de Alta California, han sobrepasado lo esperado en su desarrollo. En todos los sentidos son hoy enormes, cuando se las compara con sus comienzos. El incremento del ganado a partir de las pocas cabezas que se introdujeron al principio y sus cosechas, exceptuada una misión (San Diego), son considerablemente mayores de lo que exige el consumo de los nativos. El entrenamiento que dan a los nativos, aunque algo severo, los ha mantenido sometidos y su número ha aumentado. Ellos han aprendido a comprender el carácter, las costumbres, los modos de vida de los paganos del país, que son numerosos, y mantienen con los jefes esas relaciones civiles que son las adecuadas para preservarlos en paz, de tal manera que rara es la ranchería a distancia de ocho, diez o más leguas que no tiene en las misiones muchos de sus jóvenes y adultos. Es notable también que, cuando una mujer pagana da a luz, se lleva rápidamente a la criatura a la misión para bautizarla y, aunque es criada en la ranchería, los padres la llevan con frecuencia a los religiosos quienes la visten con prendas de lana u otros vestidos y le regalan maíz y otras bagatelas hasta cierta edad en que el misionero pide al niño para que pueda convertirse en miembro de la comunidad misional. Esto con el fin de educarlos, enseñarles cómo rezar e instruirlos en las creencias de nuestra santa fe católica. De este modo y mediante prudentes normas, mantienen a aquellos paganos sumisos y obedientes. En una palabra, han traído a estos establecimientos el estado de progreso que gozan hoy en día, comparados con los cuales no hay otras misiones como las de ellos en todas estas provincias. Han convertido en fértil y fecunda una porción de tierra que encontraron cual extensiones incultas*¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Carta al padre Juan Sancho desde Monterrey en la fiesta del Corazón de Jesús de 1784; *Escritos*, tomo 5, pp. 140-141.

¹⁰⁵ Maynard Geiger, o.c., p. 389.

QUINTA PARTE SU MUERTE Y HERENCIA

ENFERMEDAD Y MUERTE

Durante el año 1783 se agravaron los males del padre Junípero. La úlcera del pie izquierdo estaba muy hinchada, le agobiaba el asma y tenía momentos de ahogo. Se sentía en vísperas de la muerte, pero su espíritu era indomable y, a pesar de la debilidad de su cuerpo, quería trabajar hasta el último momento. Le urgía administrar la confirmación, porque el 16 de julio de 1784 vencía el plazo del indulto concedido por diez años, aunque había perdido dos años con los problemas de Neve, que le impidió salir a confirmar.

A fines de agosto de 1783, se embarcó en Monterrey para San Diego, donde inició su última gira de confirmaciones por la zona sur. En San Gabriel tuvo una grave recaída de salud. En una carta al guardián de San Fernando le decía: *Tiemblo al pensar en las más de cien leguas que me restan para llegar al Carmelo en medio de mucho despoblado. Si Dios me deja llegar allá, intentaré pasar a Santa Clara y a San Francisco para hacer las últimas confirmaciones antes que se me acabe el indulto.*

Considero que ésta es mi última peregrinación. Que Dios Nuestro Señor sea servido dejármela concluir, si fuere su santísima voluntad. Para después podrá usted proveer a su sucesor con mayores fuerzas y espíritu que este pecador¹⁰⁶.

En enero de 1784 llegó a *El Carmelo* y, a fines de abril, continuó su gira hasta Santa Clara, donde bendijo la iglesia y después fue a confirmar a algunos cristianos que estaban enfermos en sus rancherías; Y después fue a San Francisco. A principios de junio de 1784, estaba de regreso en Monterrey. Había confirmado en su última gira a 5.307. No quedó ningún neófito sin confirmar.

El 18 de agosto llegó a visitarlo el padre Palóu y lo encontró *muy postrado de fuerzas y con mucha cargazón de pecho, pero animoso*. El día 19 no pudo cumplir su voto de cantar la misa en honor de san José y le pidió a Palóu que lo hiciera por él.

¹⁰⁶ Miglioranza Contardo, o.c., p. 276.

El 22 de agosto llegó a Monterrey el *San Carlos* y el médico real, Juan García, fue a visitarlo. Sugirió aplicarle sanguijuelas y cauterios. Junípero accedió y soportó esos sufrimientos sin quejarse, aunque no hubo mejoría. En sus momentos de tranquilidad se dedicaba a sacar un fardo de tela, que le había traído el barco, y con la tijera la iba cortando para regalarla a los neófitos.

El 24 de agosto llegó una anciana de 80 años, neófita, diciéndole que no podía dormir, porque tenía frío. Junípero entró a su celda y cortó su manta en dos, dándole la mitad. Al retirarse la anciana, Palóu le dice: *¿Ha venido a pagar los pollos?* Resulta que en los comienzos de la fundación de la misión *El Carmelo* sólo había una gallina con sus pollitos. Era la primera gallina de la región y esta anciana le aconsejó a su nieto que con su arquito cazara los pollos uno a uno, que después comían entre los dos. Descubierta, a partir de entonces, la llamaron la vieja de los pollos. Junípero le pagaba con bien el daño pasado.

El 26 de agosto pasó una mala noche. Al visitarlo Palóu, le pidió que consagrara una hostia de más y la reservara, porque quería comulgar. Para ello quiso ir personalmente a la iglesia y no que le llevaran la comunión a su habitación. Se formó una pequeña procesión con neófitos y soldados y lo acompañaron los cien metros hasta la iglesia. Allí Junípero entonó el *Tantum ergo sacramentum* con voz sonora, mientras le brillaban las lágrimas y, después, recibió la comunión.

En la noche del 27 de agosto se sintió peor y pidió la unción de los enfermos. Pasó toda la noche sin dormir; a veces, sentado. Otros ratos se sentaba en el suelo, reclinando su cabeza en el regazo de sus indios neófitos que lo amaban como a un padre. Al agravarse, Palóu le dio la absolución y la indulgencia plenaria en el momento de su muerte. Palóu le dijo: *Padre Presidente, si Dios es servido de llevarlo para sí, pido a vuestra paternidad, por el amor y cariño grande que siempre me ha tenido, que, llegando a la presencia de la beatísima Trinidad, la adore en mi nombre y que no se olvide de mí y de pedirle por todos los moradores de estos establecimientos; y principalmente por los que están aquí presentes. Prometo —dijo— que, si el Señor en su infinita misericordia me concede esta eterna felicidad, que desmerecen mis culpas, que así lo haré por todos y para que se logre la reducción de tanta gentilidad que dejo sin convertir*¹⁰⁷.

El sábado 28 de agosto, fiesta de san Agustín, llegaron a visitarlo los oficiales de fragata José Cañizares con su capitán y el capellán real Cristóbal Díaz. Los recibió gozoso y ordenó en su honor repique solemne de campanas.

¹⁰⁷ Palóu Francisco, *Relación*, p. 275.

Luego hablaron un poco, recordando viejos tiempos. Al final, les dijo: *Señores, yo les doy las gracias de que después de tanto tiempo que hace que no nos vemos, y después de tanto viaje como han hecho, hayan venido de tan lejos a este puerto para echarme un poca de tierra encima... Sí, sí, háganme esta caridad y obra de misericordia de echarme una poca de tierra encima que mucho se lo agradeceré. Y poniendo sus ojos en mí, me dijo: “Deseo que me entierre en la iglesia, cerquita del padre fray Juan Crespí por ahora, que cuando se haga la iglesia de piedra me tiraran donde quisieran”*¹⁰⁸.

Momentos después pidió que rociaran con agua bendita la habitación, pues sentía agitación. Dijo: *Mucho miedo me ha entrado, mucho miedo tengo. Léame la recomendación del alma en alta voz, que yo lo oiga... En cuanto acabé, prorrumpió lleno de gozo, diciendo: “Gracias a Dios, gracias a Dios, ya se me quitó totalmente el miedo. Gracias a Dios, ya no hay miedo”*¹⁰⁹.

Los presentes lo dejaron solo un rato para ir a comer y, al regresar, lo encontraron dormido en el Señor con la cruz sobre su pecho. Tenía 70 años y nueve meses. De ellos 54 de vida religiosa y más de 35 de vida misionera. Fue el gran caminante, anduvo mucho por tierra y por mar. Se calcula que habría recorrido tantos kilómetros como para dar la vuelta al planeta.

Dice Palóu: *En cuanto me cercioré que había muerto, mandé a los neófitos que allí estaban que hiciesen señal con las campanas. Luego que con el doble se dio el triste aviso, concurrió todo el pueblo, llorando la muerte de su amado padre, que los había reengendrado en el Señor y estimado más que si hubiera sido su padre carnal. Todos deseaban verlo para desahogar la pena que les oprimía el corazón, y llorarlo. Fue tanto el tropel de la gente, así de indios como de soldados y marineros, que fue preciso cerrar la puerta para ponerlo en el cajón. Y, para amortajarlo, no fue menester hacer otra cosa que quitarle las sandalias, que heredaron el capitán del paquebote y el padre capellán, que se hallaban presentes. Se quedó con la mortaja con que murió, esto es, con el hábito, capilla y cordón, sin túnica interior, pues las dos que tenía para los viajes, seis días antes de morir, las mandó lavar con los paños menores de muda y no quiso usar de ellas, queriendo morir con el solo hábito y capilla con la cuerda.*

Puesto el cajón con seis velas encendidas, se abrió la puerta de la celda, en la que ya estaban los tristes hijos neófitos con sus ramilletes de flores del campo de varios colores... Fue continuo el concurso que entraba y salía, rezándole y tocándole rosarios y medallas a sus venerables, manos y rostro,

¹⁰⁸ Palóu Francisco, *Relación*, p. 274.

¹⁰⁹ *Ib.* p. 275.

llamándole a boca llena padre santo, padre bendito y con otros epítetos nacidos del amor que le tenían y del ejercicio de virtudes heroicas que en él habían experimentado en vida ¹¹⁰.

El médico Juan García recibió como regalo un pañuelo. En la enfermería a un marinero que estaba muy enfermo con fuertes dolores de cabeza, el médico le aplicó el pañuelo y amaneció sano y bueno. A los pocos días el médico le dijo al padre Palóu: *Con este pañito, espero hacer más curas (sanaciones) que con mis libros y botica* ¹¹¹.

El padre Paterna llegó con tres días de retraso para verlo y llegó casi moribundo. Le dieron los santos sacramentos y el padre Palóu, para aliviar sus dolores, le propuso ceñirse el cilicio de cerda del padre Junípero y quedó sano.

Las exequias se celebraron el 29 de agosto. En ausencia del gobernador Fages, decidieron con el capitán Cañizares hacerle honores de general con mando. Desde el alba y durante todo el día, el cañón mayor del fuerte tronó cada media hora, alternando con las salvas de la fragata. El padre Palóu celebró y cantó la misa. Todos los oficiales de mar estaban de gala. Hacia las cuatro de la tarde, llevaron el féretro a hombros, dándole vueltas por la misión. Los presentes echaron un puñado de tierra sobre su tumba. Al poco rato atardecía y las campanas de la misión tocaron para el rezo del *Angelus*. Así despedían al más santo de los conquistadores de California.

El padre Junípero fue enterrado junto al padre Crespí en la iglesia de la misión de El Carmelo, de Monterrey, donde murió.

Dice el padre Palóu: *Acabada la función, se me amontonó toda la gente, pidiéndome alguna cosita de las que hubiese usado el padre; y como eran tan pocas las que el venerable padre tenía de su uso, no era fácil contentar a todos. Para evitar el tropel de gente que pedía, saqué la túnica interior que había usado el padre y la entregué al comandante del paquebote para que la repartiese entre toda la gente de mar a fin de que hiciesen unos escapularios que los trajesen a bendecir... A otros particulares repartí los paños menores, haciendo tiras de ellos, como también dos pañitos de narices* ¹¹².

Numerábanse, cuando murió, cinco mil y ochocientos los bautizados, que con los que se bautizaron en la antigua California, pasaban de siete mil; y dejó confirmados en esta California a cinco mil trescientos siete ¹¹³.

¹¹⁰ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 276-277.

¹¹¹ *Ib.* p. 281.

¹¹² Palóu Francisco, *Relación*, p. 280.

¹¹³ *Ib.* p. 285.

Y sigue diciendo Palóu: *En medio de la pena que nos causó la noticia de su muerte, nos consuela con el crecido número de hijos con que se va aumentando este espiritual rebaño... Viendo que el número de bautizados que había en las misiones el día que murió era de cinco mil y ochocientos, el día último del mismo año 1784, según consta de los informes que me remitieron los padres misioneros, era ya de seis mil setecientos treinta y seis... y me escribieron los misioneros que proseguía la conquista con grande aumento, atribuyéndolo a la intercesión y ruegos del venerable padre fundador, que en el cielo pedirá a Dios por la conversión de toda esta inmensa gentilidad*¹¹⁴.

SEMBLANZA DE FRAY JUNÍPERO

Fray Pablo Font, del Colegio San Fernando, escribió a fray Jaime Alaxó, su antiguo profesor de Cataluña, lo siguiente: *Fray Junípero Serra es hombre de ancianidad muy venerable, ex-catedrático de la universidad de Palma que, después de 24 años que es misionero de este Colegio, nunca ha perdonado ningún trabajo para la conversión de fieles e infieles y que, en medio de su larga y trabajada edad, tiene las propiedades del león, que sólo a la calentura se rinde. Ni los achaques habituales que padece, especialmente de pecho y sofocación, ni las llagas en los pies y piernas han podido detenerle jamás un punto de sus tareas apostólicas.*

La temporada que ha estado aquí nos ha pasmado, pues, habiendo estado muy malo, nunca ha dejado de venir al coro de día y de noche, menos cuando ha tenido calentura; y tan en breve lo hemos visto muerto como resucitado; y si algún tiempo ha atendido a la necesidad de su cuerpo en la enfermería, ha sido mandado por la obediencia. Algunas veces, en los caminos entre fieles e infieles, se ha visto tan malo, ya por llagas ya por otras enfermedades, que ha sido preciso llevarlo en andas, sin querer detenerse a curar el cuerpo medio muerto, y luego le veían sano a solos influjos de la divina providencia.

Verdaderamente para estas cosas —por la austeridad de su vida, humildad, caridad y demás virtudes— es digno de ser contado entre los imitadores de los apóstoles.

Ahora vuelve a Monterrey, mil leguas de camino de mar y tierra, como quien no dice nada, para visitar aquellas misiones, alegrarlas con su presencia y

¹¹⁴ Ib. pp. 286-287.

*providencias que ha alcanzado, presidirlas y fundar otras hasta que muera. ¡Dios le dé muchos años de vida!*¹¹⁵.

*Para mortificar su cuerpo, no se contentaba con los ordinarios ejercicios del Colegio de disciplinas, vigiliias y ayunos, sino que, a solas, maceraba su carne con ásperos cilicios... Y no fue menor su mortificación en la privación del sueño por sus continuas y largas vigiliias. Su descanso solía de ordinario reducirse, mientras estuvo en el Colegio, hasta las doce, que iba a Maitines; y a las doce y media, que es cuando concluye la oración, proseguía haciendo sus ejercicios, variando todas las noches hasta las cuatro de la mañana y, después se recogía, no para dormir, sino continuando en oración hasta la hora de Prima o de decir misa*¹¹⁶.

*El padre Junípero no se desdeñaba de practicar los oficios más bajos y más humildes como de peón de albañil, de acarrear piedra para la fábrica de la iglesia, hacer mezcla con los muchachos como si fuese uno de ellos, y con los grandes acarrear maderas para la dicha fábrica, metiéndose también entre los albañiles a llenar los huecos entre las piedras con ripios para macizar las paredes, con un traje humildísimo, con el hábito hecho pedazos, envuelto en un pedazo de manto viejo, siendo así que es una tierra muy caliente; y por sandalias traía un pedazo de cuero crudo, que es el calzado de aquellos indios, que en su lengua llaman “apats nipís”, que es lo mismo que guaracha o abarca*¹¹⁷.

*En cuanto a la comida era tan parco y moderado que con poco o casi nada se contentaba... Me decía que, teniendo una tortillita (que no pasaba de dos onzas) y yerbas silvestres del campo, ¿qué más nos queremos? Carne pocas veces la probaba, contentándose con las yerbas que acompañaban la ración y con fruta siempre que había, que entonces esto era sólo la comida. Y diciéndole yo cómo no comía, me respondía; “Esta fruta y el pescado es la comida que tomaba la Virgen Santísima”. Parece que esa consideración le causaba una extraordinaria afición a la fruta y pescado de modo que, mientras había pescado, comía como los demás*¹¹⁸.

¹¹⁵ Miglioranza Contardo, o.c., p. 207.

¹¹⁶ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 312-313.

¹¹⁷ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 294-295.

¹¹⁸ *Ib.* p. 310.

VIDA ESPIRITUAL

*Frecuentemente invocaba a los santos de su especial devoción como sucedió con el patrocinio de san José; como también con san Bernardino de Siena, por cuyo patrocinio consiguió para un indio neófito de su misión de San Carlos (de Monterrey) librarlo de las fauces de la muerte, cuando los circunstantes lo tenían ya por muerto y aplastado de un grande pino que le cayó encima. Y, agradecido nuestro venerable padre a su santo bienhechor, solicitó le pintaran un lienzo que puso en aquella iglesia para mover la devoción en aquellos neófitos*¹¹⁹.

También consiguió pinturas de san Carlos Borromeo, de San Buenaventura y de San Diego para sus respectivas Misiones. Los santos eran sus amigos y hermanos del cielo, a quienes invocaba con mucha frecuencia para ayudarle en sus necesidades.

Su amor a la Virgen María era excepcional. A ella había consagrado las misiones y la llamaba *“Purísima Prelada”*. *Sentía mucho gozo en las solemnidades de la Virgen y en las festividades de sus misterios. Y cuando veía a sus hijos neófitos que con mucha devoción asistían y cantaban la sacratísima corona (rosario) de María y la antífona “Tota pulchra” (toda hermosa), derramaba lágrimas de ternura y devoción*¹²⁰.

También le emocionaba manifestar su amor a María por medio de sus imágenes como la de Nuestra Señora de Belén, que estaba en Monterrey. *Todos los domingos por la tarde se rezaba la corona (rosario) a la madre de la misericordia. Y para más aficionar a los indios, el venerable padre pidió a México una imagen de bulto de la dulcísima Señora que, puesta en sus andas, la sacaban en procesión por el pueblo todos los sábados en la noche, alumbrando con faroles y cantando la corona... Asimismo procuró imprimir en sus tiernos corazones la devoción a san Miguel arcángel, al santísimo patriarca san José, a nuestro padre san Francisco y otros santos, de suerte que quedó aquel pueblo tan instruido y devoto como si fuera de españoles los mas católicos*¹²¹.

En cuanto a la Eucaristía, digamos que celebraba la misa todos los días y pasaba varias horas de la noche, adorando a Jesús sacramentado. En la carta de despedida a sus padres, desde Cádiz, les decía: *A todos os encargo que seáis cuidadosos en ir a la iglesia a confesar y comulgar con frecuencia*¹²².

¹¹⁹ Palóu Francisco, *Relación*, p. 322.

¹²⁰ Ib. p. 325.

¹²¹ Palóu Francisco, *Relación*, pp. 31-32.

¹²² Carta al padre Francisco Serra desde Cádiz del 2 de agosto de 1749; *Escritos*, tomo 1, p. 125.

Se preocupaba de que en todas las misiones hubiera una custodia para hacer solemnes exposiciones del Santísimo Sacramento, en especial el día del *Corpus Christi*. Por eso, dice en carta al virrey: *Deseaba pedirle una custodia por pobrecita que fuese y aseguro que, si con sangre de mis venas la pudiese adquirir, no se quedarían sin ella para que hiciesen la procesión del Corpus como yo la hago acá* ¹²³.

La misión de San Carlos, a pocos días de fundada, hizo la tal procesión y la ha continuado todos los años con custodia muy buena que tenemos tan desde los principios como haberla yo traído conmigo, cuando vine a la fundación ¹²⁴.

Una de sus grandes alegrías era hacer estas procesiones con el Santísimo Sacramento alrededor de la Misiones y pasear a Jesús Eucaristía por aquellos campos para que el Señor les diera su bendición con todos sus habitantes. El padre Palóu nos dice cómo hacía las procesiones solemnes con el Santísimo: *Los instruyó para que preparasen y adornasen con enramadas el camino por donde había de transitar la procesión del Corpus. Formábanse cuatro capillas con sus respectivas mesas para que en ellas posase el Señor sacramentado, y, después de cantada en cada una la correspondiente antífona, verso y oración, se paraba un indio de corta edad y recitaba una loa al divino sacramento en idioma pame y en castellano. Después se cantaba la misa y se predicaba el sermón de este sacrosanto misterio* ¹²⁵.

En su celebración diaria encomendaba a todos los indios y, de modo especial, a su familia lejana. En carta a su sobrino capuchino Miguel de Petra, le escribe: *Yo, aunque tibio y malo e inútil, todos los días en el santo sacrificio de la misa tengo muy presente a mi única y muy amada hermana Juana, tu madre, y a sus hijos y muy en particular a mi capuchino* ¹²⁶.

Su amor a los indios era paternal y sin condiciones. Dice: *Los neófitos son nuestros hijos, pues ninguno otro los ha engendrado en Cristo y es consiguiente estimarlos como los estimamos paternalmente. En cuya virtud solicitamos, y con mucho consuelo obtuvimos, el perdón general de los que incendiaron la misión de San Diego y quitaron crudelísimamente la vida a su principal ministro el padre fray Luis Jaime. Todos son estimados y atendidos por los religiosos de esa misión* ¹²⁷.

¹²³ Carta al virrey Bucareli desde Monterrey del 27 de junio de 1776; *Escritos*, tomo 3, p. 203.

¹²⁴ Carta al padre Rafael Verger desde San Diego del 2 de octubre de 1778; *Escritos*, tomo 4, p. 123.

¹²⁵ Palóu Francisco, *Relación*, p. 31.

¹²⁶ Carta desde Ciudad de México del 4 de agosto de 1773; *Escritos*, tomo 2, p. 146.

¹²⁷ Carta a Teodoro de Croix desde Monterrey del 22 de agosto de 1778; *Escritos*, tomo 4, p. 113.

*En muchas leguas no se les oye más salutación que: “Amar a Dios”, “¡Viva Jesús, María, José y la santa cruz!”. Y en sus suspiros “¡Ay Jesús!”. Y semejantes expresiones*¹²⁸.

Fray Junípero fue un misionero a carta cabal, entregado totalmente al servicio de los indios, por quienes estaba dispuesto a dar la vida. Por ello, algunos lo han llamado el más santo de los conquistadores, el apóstol y fundador de California.

NUEVAS MISIONES

El padre Junípero había fundado nueve misiones entre muchas dificultades y peligros por ser las primeras. Después le sucedió como presidente y Superior de las misiones de la Alta California el padre Fermín Lasuén, quien fundó otras nueve misiones: Santa Bárbara en 1786; La Purísima Concepción en 1787; La Santa Cruz en 1791; Nuestra Señora de la Soledad en 1791, donde lograron pronto convertir a 2000 nativos; y San José en 1797; la de san Juan Bautista y San Gabriel en 1797; la misión de San Fernando rey de España, y la de San Luis, rey de Francia, en 1798. En esta última misión tenían muchísimo ganado, incluyendo vacas, cerdos, cabras, caballos, etc.

El padre Esteban Tapis fundó en 1804 la misión de Santa Inés. La misión de San Rafael arcángel fue fundada por el padre Vicente de Sarria en 1817. El padre José Altimira fundó la misión de San Francisco Solano en 1823. En total, 21 misiones, que fueron centros de evangelización y civilización; 21 rubíes o perlas de oro que los misioneros podían ofrecer a su Reina y Madre, la Inmaculada Concepción, a quien el padre Junípero había consagrado las misiones en general. Veintiún misiones que dieron lugar a veintiún grandes ciudades con el correr de los tiempos. Ello sin contar algunos pueblos de españoles que, sin ser fundados por los misioneros, fueron atendidos espiritualmente por ellos, como Los Ángeles.

En cada lugar se construyeron grandes estructuras de adobe, fueron alzadas elegantes iglesias, instaláronse presas y acueductos para el riego, que, en parte, se usan todavía. Miles de hectáreas produjeron trigo, maíz, cebada, legumbres, avena y forrajes. La producción de vinos era excelente y millares de cabezas de ganado pastaban en los ranchos. Al concluir el período misional en 1834, vaqueros indios vigilaban 400.000 vacas, 60.000 caballos, 320.000 cerdos,

¹²⁸ Carta de padre Rafael Verger desde Monterrey del 8 de agosto de 1772; *Escritos*, tomo 2, p. 51.

ovejas y cabras; y se cosechaban más de cuatro millones de grano. Sesenta y cinco años antes no había allí ni una vaca, ni un caballo ni un grano de trigo ¹²⁹.

Según un famoso historiador franciscano, el padre Jacinto Fernández Largo: *El padre Junípero roturó el terreno; el padre Lasuén, su sucesor, lo sembró; y la cosecha plena llegó con el padre Esteban Tapis, el tercer presidente.*

MÉXICO INDEPENDIENTE

El año 1821 México consiguió la independencia de España. En 1827 los nuevos gobernantes decretaron el destierro de todos los religiosos españoles. En 1829 con otro decreto expulsaron a todos los españoles de México. Las misiones de California fueron secularizadas en 1833, porque la prosperidad de las misiones excitó la codicia de gobernantes y aventureros. En dos años fueron dilapidadas todas las riquezas acumuladas en 60 años de duro trabajo y sabia administración. Las leyes de secularización de 1834 prometían a los indios semillas, utensilios y tierras, pero sólo un cortísimo número los recibieron; la inmensa mayoría, incapaces de adaptarse a las nuevas circunstancias, se dispersaron o se entregaron a la vagancia y a la bebida.

En 1845 estalló la guerra con Estados Unidos. Al año siguiente, ocuparon los norteamericanos los territorios de California y en 1848 México tuvo que concederles la mitad de su superficie a los Estados Unidos, incluyendo los Estados de Nuevo México y Alta California. Texas había sido anexada en 1845. En la actualidad, las misiones se hallan reconstruidas con fidelidad y millares de estudiosos peregrinan anualmente a esos santuarios de fe y jalones de la civilización norteamericana.

Uno de los frutos espirituales más hermosos, producidos por la fama de fray Junípero, ha sido la creación del *Serra Club International*. Hombres de negocios católicos, deseosos de promover la difusión de la fe católica, decidieron en junio de 1935, conceder ayuda económica a jóvenes necesitados que aspirasen al sacerdocio; para promover también el pensamiento católico por medio de conferencias. El *Serra Club International* es madre de más de 400 *Serra Club*, diseminados en más de 35 países. Apoyan las vocaciones sacerdotales y religiosas, fomentan la oración y colaboran con los obispos diocesanos.

¹²⁹ Edith Webb, *Agriculture in the days of the early California padres*. En *The Americas*, vol IV, enero de 1948, pp. 235-344; *Escritos*, tomo 1, p. 59-60.

La estatua del padre Junípero se encuentra en el Capitolio de Washington como uno de los padres de la patria, en unión de otros misioneros católicos como el padre José Kino, representante de Arizona, o de San Damián de Veuster, representante de las islas Hawai.

Al colocar su estatua en el Capitolio, el senador Dockweilwe dijo: *Este hombre, cuyo recuerdo se halla indisolublemente unido a la epopeya de California, fue grande en su humildad... Triunfó por su audacia, cuando todo debía haberle desalentado y abatido... Merece un primer lugar entre los héroes inmortales que crearon nuestra nación... Por eso, su memoria no perecerá jamás y su nombre será bendecido de generación en generación*¹³⁰.

BEATIFICACIÓN

El Papa Juan Pablo II, en setiembre de 1987, en su segundo viaje a Estados Unidos, visitó la basílica de la Misión de San Carlos de Monterrey, donde están los restos del padre Junípero e hizo un bello elogio de su vida como apóstol, misionero y defensor de los indios.

En el subterráneo de la *Old Mission Sta. Barbara* (Santa Bárbara, California) hay un archivador repleto de gracias extraordinarias concedidas por el beato Junípero a sus devotos.

El milagro aprobado por la comisión médica vaticana para la beatificación, considerado inexplicable para la ciencia, fue la curación de la religiosa sor Mary Boniface Dyrda, que vivía en St. Louis, Estados Unidos. En 1959 se había enfermado gravemente de lupus y, pidiendo la intercesión del venerable Junípero Serra, fue curada en mayo de 1960.

Fue beatificado en la basílica vaticana por Juan Pablo II el 25 de setiembre de 1988.

¹³⁰ Miglioranza Contardo, o.c., p. 293.

